

LOLA LAFON

*La pequeña
comunista que
no sonreía nunca*

PREMIO VERSION FEMINA / FNAC



Lectulandia

18 de julio de 1976, Juegos Olímpicos de Montreal. Nadia Comaneci, una jovencísima y desconocida gimnasta de un país remoto, Rumanía, ejecuta su ejercicio en las barras asimétricas. Un ejercicio perfecto. La niña de catorce años deja a todos patidifusos y hace saltar por los aires el marcador electrónico, que no preveía la posibilidad de que un ser humano alcanzara la perfección. Nadia obtiene el primer diez en gimnasia de la historia olímpica. A partir de ese momento epifánico, la historia de la pequeña Nadia es la de una criatura adorable que conquista el corazón del mundo entero: el «hada de Montreal». Pero también la de una niña que en poco tiempo se hace mujer y es sometida por ello a un juicio implacable: «la magia se ha esfumado», sentencia un titular de la época. Y la de una adolescente que vive bajo el régimen comunista de Ceauescu, encumbrada a la categoría de héroe nacional. Y la de una chica sometida a la vigilancia de la Securitate y al asedio de Nicu, el siniestro hijo del dictador. O la de una mujer que, un mes antes de la revolución que derrocará y ejecutará al Conducator, protagoniza una fuga de película a través de la frontera con Hungría y llega a los Estados Unidos como refugiada política para descubrir que el sueño americano no es precisamente un cuento de hadas.

En todas esas Nadias hurga y rebusca Lola Lafon. Pero no como biógrafa, sino como novelista. A través de un intercambio fabulado de correos y conversaciones telefónicas con la propia Nadia Comaneci, teje una especie de documental ficcionado que llena «los silencios de la historia y los de la protagonista». Y así puede hablarnos sobre la dictadura que reina sobre el cuerpo femenino, siempre sometido a exigencias de eterna juventud.

Y sobre la utilización de los mitos populares, en este caso por parte de la propaganda del régimen rumano. Y sobre la Rumanía de los años ochenta, la de la carestía y el racionamiento, la de los decretos demográficos, la del matrimonio Ceauescu más recalcitrante, la del sistema de control y espionaje paranoide de la Securitate. Poniendo voz aunque sea inventada al hada que encandiló al mundo en 1976, en fin, Lafon reinterpreta su historia personal y la de la Guerra Fría antes de la caída del Muro.

«Mientras cuenta la vida de Nadia Comaneci, Lola Lafon hace desfilan la Rumanía de Ceauescu y se pregunta por el papel del cuerpo y por la posibilidad de la libertad. Apasionante» (N. Kaprièlian, *Les Inrockuptibles*).

«Una acróbata de las letras: sus palabras hacen piruetas, dibujan emociones con delicadeza, describen hazañas deportivas con gracia y se posan, como por arte de magia, justo donde deben. 10 sobre 10» (*Le Figaro*).

«Lola Lafon, como la gimnasta rumana, ha firmado una hazaña. Mezclando

con virtuosismo documentación e imaginación, elabora una reconstrucción conmovedora de la locura Comaneci» (*Le Nouvel Observateur*).

«Lola Lafon compone un relato en carne viva sobre unas cuantas guerras frías: la del Este contra el Oeste, por supuesto, pero también la de los hombres contra las mujeres, la de los espectadores contra los pequeños soldados del deporte espectáculo, etcétera» (Baptiste Liger, *L'Express*).

Lectulandia

Lola Lafon

La pequeña comunista que no sonreía nunca

ePub r1.0

orhi 13.01.16

Título original: *La petite communiste qui ne souriait jamais*

Lola Lafon, 2004

Traducción: Francesc Rovira

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Las niñas han dejado el fusil. Se adentran en el mar y se sumergen, con el sudor chorreándoles por el cuello, bajo las axilas, en la espalda.

MONIQUE WITTIG,
Las guerrilleras

Jamás he olvidado el consejo que me dieron entonces: no contar nunca la misma historia de la misma manera a más de dos personas; de lo contrario, cuando informaban a la Securitate, estabas perdida.

ANÓNIMO,
Rumanía, 1980

ADVERTENCIA

La pequeña comunista que no sonreía nunca no pretende ser una reconstrucción histórica de la vida de Nadia Comaneci. Si bien he respetado las fechas, lugares y hechos, he decidido llenar los silencios de la historia y los de la protagonista, así como recoger las múltiples hipótesis y versiones de un mundo desaparecido. Las conversaciones entre la narradora de la novela y la gimnasta son una ficción soñada, una manera de devolver la voz a esa película prácticamente muda que fue la trayectoria de Nadia C. entre 1969 y 1990.

L. L.

Primera parte

Cuántos años tiene, pregunta la juez principal, incrédula, al entrenador. El número, catorce, le provoca un estremecimiento. Lo que la pequeña acaba de hacer manda a freír espárragos cualquier concatenación de cifras, palabras e imágenes. Ya no se trata de lo que podemos comprender. Nadie sabría explicar lo que acaba de ocurrir. La niña se echa la gravedad por encima del hombro, su cuerpo frágil se hace un lugar en la atmósfera para acurrucarse en él.

Pero por qué nadie los ha avisado de que había que mirar en esa dirección, maldicen los que se pierden el momento en que, sobre los diez centímetros de anchura de la barra de equilibrio, Nadia C. se echa hacia atrás y, con los brazos abiertos en cruz, da una patada a la luna, salta a ciegas, y se vuelven los unos hacia los otros, ¿alguien lo ha entendido, lo habéis entendido?

El marcador electrónico anuncia COMANECI NADIA, ROMANIA, seguido de 73, su dorsal, y donde debería aparecer su puntuación: nada.

La gente espera. Lívidas, las gimnastas soviéticas van y vienen por la zona reservada a los entrenadores y a las deportistas que ya han concluido su ejercicio. Lo saben. En cuanto a las compañeras del equipo rumano, parecen desesperadas, Dorina junta las manos, Mariana susurra una y otra vez la misma frase, una tercera permanece echada, con los ojos cerrados; Nadia, algo apartada, con la cola de caballo torcida, no mira en ningún momento el marcador. Y es a él a quien ve primero, a Béla, su entrenador, de pie, los brazos hacia el cielo, la cabeza echada hacia atrás; al fin se vuelve y descubre su nota, ese terrible 1 sobre 10 que aparece en cifras luminosas frente a las cámaras del mundo entero. Uno coma cero cero. Repasa mentalmente posibles fallos, quizá la recepción del mortal atrás, no demasiado estable, ¿qué ha podido hacer para merecer eso? Béla la abraza, no te preocupes, pequeña, presentaremos una reclamación. Pero ella se fija en uno de los jueces. Porque el sueco se levanta. Porque tiene lágrimas en los ojos y la mira fijamente. Y todos contarán ese instante tantas y tantas veces que hoy ya no está segura de haberlo vivido, a lo mejor lo ha visto en la televisión, a lo mejor es un episodio que forma parte del guión de una película.

El público se ha puesto en pie y de sus dieciocho mil cuerpos procede la tempestad, los pies rugen rítmicamente contra el suelo y, en medio del fragor, el sueco abre y cierra la boca, pronuncia palabras inaudibles, miles de flashes forman una lluvia de destellos heterogéneos, y ella entrevé al sueco, qué hace, abre las dos manos, y el mundo entero filma esas dos manos que le muestra el juez. Entonces la pequeña le tiende también sus dos manos, le pide una confirmación, es un... ¿diez? Él asiente lentamente con la cabeza mientras mantiene los dedos extendidos frente al rostro, centenares de cámaras le tapan a la niña, las compañeras del equipo rumano bailan a su alrededor, sí, cielo, sí, ese uno coma cero cero es un diez.

El marcador gira lentamente de izquierda a derecha, del jurado hacia el público pasando por las gimnastas, mostrando ese uno que hay que entender como: diez. Una coma desplazada. O más bien una coma que se niega obstinadamente a desplazarse.

Un hombre va y viene entre la prensa y los jueces, con la camiseta oficial JUEGOS DE MONTREAL 1976 oscurecida en las axilas, secándose la frente. La juez principal le indica que se acerque, demasiado ruido, le digo que algo ha hecho enloquecer a la máquina, los pitidos les obligan a inclinarse el uno hacia el otro, ¿es una broma? ¡La tierra entera está filmando, es el primer día de competición! ¿Dónde se ha metido el tipo de Longines? El ingeniero que ha diseñado los marcadores para las puntuaciones trata de pasar por encima de los periodistas arrodillados alrededor de la pequeña para alcanzar la mesa de los jueces, que gesticulan: ¡su sistema no funciona! Y él, al representante del COI, que se tapa un oído para oírlo, funciona en las demás competiciones, FUNCIONA, el ordenador es infalible, son ustedes quienes lo han hecho enloquecer, y señala con el dedo a los jueces, pero todo ha cambiado, los jueces ya no le prestan la menor atención, se han convertido en espectadores, lloran y ovacionan a la chiquilla, que se ha sentado junto a su entrenador, ofreciendo su estrecha espalda a la máquina senil, que refunfuña: uno coma cero cero.

Reunión durante el descanso. OK. ¿La rumana (o alguien de su equipo) ha tenido acceso a los ordenadores? ¿No se habrá tomado productos que podrían haber alterado el sistema? Pero oiga, usted se ha vuelto loco, todo eso para cubrirse las espaldas, francamente ¡es increíble! Se lanzan acusaciones unos a otros. En las reuniones preparatorias, el Comité Olímpico nos aseguró que el diez no existía en gimnasia, protestan los ingenieros de Longines, que la prensa ha bautizado sarcásticamente como el equipo «uno coma cero cero». A las dos menos veinte se emite el veredicto: la base de datos se ha bloqueado debido a que se han registrado puntuaciones inusualmente elevadas. La niña ha hecho saltar el ordenador por los aires.

Disponen hasta el día siguiente para adaptar el sistema a la muchacha. Pulsan botones, ejecutan programas. Hay que añadir una cifra. Desplazar la coma. ¿Cuál es la probabilidad de que repita su hazaña, creen que «eso» puede volver a ocurrir mañana? No lo sé, responde el juez inglés. No lo sé, responde el juez checoslovaco. Tratan de imaginar figuras que merecerían un diez en la barra de equilibrio. No lo consiguen. Nadie ha obtenido jamás un diez en gimnasia en unos Juegos Olímpicos. Vuelven a preguntarles. ¿Están seguros de que no se han dejado llevar por el entusiasmo de los espectadores? No, responden. Han escrutado a la pequeña hasta el último detalle, han intentado pillarle algún error, pero nada. Cero errores. Es más: a algunos jueces les habría gustado ir más allá, ¡darle once sobre diez! Doce, puja al momento la juez canadiense. ¡O inventar cifras nuevas! Abandonar las cifras.

«Si Comaneci compitiera contra una abstracción en lugar de contra rivales humanas, ¿podríamos seguir otorgándole un diez?», le preguntan a Cathy Rigby, la ex gimnasta reconvertida en comentarista de los Juegos Olímpicos para la cadena ABC. «Si Nadia hiciera lo que hace completamente sola, en una habitación vacía, creo que seguiría mereciendo un diez», responde Rigby tras reflexionar en la posibilidad de inventar abstracciones más abstractas que la perfección.

Intentan circunscribir el acontecimiento. Al día siguiente, el Comité Olímpico

exige que Nadia se someta a tres controles antidopaje adicionales. Se enciende el debate. ¿Asistimos al surgimiento de una nueva generación de bebés gimnastas, o Nadia será sólo un epifenómeno? Se trata de un seísmo geopolítico. Los entrenadores soviéticos son sermoneados: no vamos a dejar que Rumanía nos humille, camaradas, ¡Ludmila nos salvará! Por la tarde, sin embargo, Ludmila termina su rutina de suelo con una pose trágica de estatua, actuación a la que siguen unos aplausos medibles, y corre a sollozar entre los brazos de su entrenador bajo la mirada de la rumana impasible.

Convocan a los elementos: ¿acaso nada en un océano de aire y silencio? Rechazan el deporte, demasiado brutal, casi vulgar en comparación con lo que está teniendo lugar, hay que tachar, volver a empezar: la chiquilla no esculpe el espacio, es el espacio, no transmite sentimiento, es el sentimiento. Aparece –un ángel–, fijaos en ese halo que la envuelve, un vapor de flashes histéricos, se eleva por encima de las leyes, de las reglas y las certezas, una máquina poética sublime que todo lo subvierte.

Comentan su composición: sí, es cierto, había indicios de Nadia en la Olga de los Juegos Olímpicos de Múnich, en 1972, pero con Nadia ¡uno ve cómo le sirven todos los platos al mismo tiempo! ¡La gracia, la precisión, la amplitud de los gestos, el riesgo y la potencia sin que se note! Se dice que puede repetir su rutina quince veces seguidas. Y esa osamenta... Huesos ensartados con hilo de seda. Morfológicamente superior. Más elástica.

Rebuscan, disponen las palabras así, luego no, en ese otro orden, intentan dibujar sus contornos. La pequeña hada comunista. La pequeña hada comunista que no sonreía nunca. Tachan la palabra «adorable», pues ya se ha utilizado demasiado en los últimos días, aunque bien mirado es exactamente eso: dolorosamente adorable, insoportablemente demasiado encantadora. Y, obligados a contemplarla desde nuestra condición de adultos, sí, ansiamos deslizarnos en su infancia esforzada, estar muy cerca de ella, protegida por el maillot inmaculado, sobre el que no se distingue ni un indicio de sudor. «Una Lolita olímpica de apenas cuarenta kilos, una colegiala de catorce años con silueta de chico que se pliega a todas las exigencias», escriben. Queremos acercarnos a sus destellos de juguete mágico y turbulento. Desprendernos de nuestros organismos repletos de hormonas lentas. La niña frota el deseo, lo anhelamos, ¡oh!, ese deseo de tocarla, de arrimarnos a ella, un deseo en espiral, cada vez más intenso, y de pronto ya está, el ejercicio en la barra de equilibrio ha durado noventa segundos. Es epidémica. Las entradas para la final, que valen dieciséis dólares, se colocan a cien en la reventa, pues todo el mundo quiere ver sus acrobacias encadenadas, durante las cuales uno teme que su ligereza no le permita volver a caer sobre los pies. Y cuando corre hacia sus saltos mortales, los codos le imprimen aún más velocidad, la firmeza absoluta de la piel, compactada dentro del maillot blanco, es una maquinaria fugaz que ha escapado genialmente a su sexo, que se ha evadido hacia una infancia maravillosamente sencilla y superior.

Ya nada se ve igual. Nadia es un nuevo comienzo. Las demás gimnastas son

errores, deformaciones del ideal. Nadia imprime peso a los años que la separan de aquellas a quienes se empieza a llamar «las otras» y que, cuando ella sale a la pista, tiran con gesto nervioso de la ropa que les cubre las nalgas. Recolocar las carnes, esconder todo lo que de pronto parece sobrero, incongruente, incluso ridículo. Mira por dónde, de pronto los maillots se ven demasiado escotados, quizá un poco estrechos para contener esos pechos comprimidos que se mueven imperceptiblemente cuando las chicas corren hacia el potro. Todo eso, pechos, caderas, explica un especialista durante la retransmisión, ralentiza los giros, lastra los saltos, como línea es menos limpio. Ludmila es «terriblemente mujer». En la fotografía de un periódico, al lado de la nínfula rumana, parece desproporcionada, y en cuanto a Olga, con franqueza, resulta casi bochornoso. La cámara se detiene en ella, lívida tras la coronación de su rival rumana. No, no está cansada, está ajada: tiene veinte años, casi una... —y se oyen las risas de los demás periodistas presentes en el estudio—, casi una vieja, se la ha exprimido un poco demasiado, qué le vamos a hacer.

Otros fruncen el ceño, seamos justos. Dama, eso es, no está mal, una gran dama, esa Ludmila. Y Olga, al fin y al cabo, es un hada anciana, un día Nadia pasará por lo mismo que ella. Al mismo tiempo la imagen se fija en la rumana de rostro minúsculo, en su pulgar, que mordisquea nerviosa, y entonces el periodista murmura: «Tiene un pulgar tan pequeño...»

REPLAY

El sonido del vídeo parece manipulado. Como si se hubieran amplificado los chirridos de las barras, que la niña violenta con precisión milimétrica. Se han envuelto de reverberación para que marquen un ritmo angustioso, repetitivo, al cuerpo que se enrolla en las barras. La pequeña aprieta los labios por el esfuerzo, los hombros apenas se le estremecen por el impacto cuando, tras soltar las barras y dar una vuelta sobre sí misma entre ellas, vuelve a agarrarse al aparato. Se inmoviliza un instante en vertical sobre la barra más alta. Un triángulo rectángulo que evoluciona hacia el isósceles, luego una *i*, una línea de silencio, contengamos la respiración, el ejercicio de geometría está a punto de terminar, Nadia anuncia su salida, la espalda se redondea, las rodillas bajo el mentón para un doble mortal que sólo está al alcance de los chicos, creíamos que asistíamos al ejercicio de una sílfide y de pronto toma prestado de los hombres y les inflige la paliza de su vida. Un grito de mujer, un alarido de placer loco, escapa de la masa de dieciocho mil espectadores y acompaña a los pies envueltos en zapatillas blancas en el momento en que impactan con el suelo sin una sola oscilación. La espalda arqueada dibuja una coma hasta los dedos, que cosquillean el cielo, y saluda. Y el ordenador sigue mostrando ese 1,00 mientras ella corre hacia Béla, que le tiende los brazos.

Ahora hace piruetas en la barra de equilibrio, iluminada por los flashes de luciérnagas locas, una luz saltarina. La niña parece contener todas las respiraciones. Se lanza a un doble mortal con tirabuzón y, con un chasquido de los dedos —su recepción en el suelo es absolutamente estable—, las libera, como si alguien hubiera bajado a cero el botón del volumen hasta ese momento, entonces el público ruge de adoración y de alivio porque no ha caído. Y todos corren a las salas de redacción, los teléfonos, diez, diez, escribid eso, *she's perfect*, luce el titular de *Newsweek* en portada, lo nunca visto, la perfección ES de este mundo: «Si buscan una palabra para decir que han visto algo tan bello que así no se podía expresar hasta qué punto era bello, digan que era nadiesco», escribe un editorialista de Quebec. Los jueces se ven obligados a preguntar a Béla qué ha ejecutado realmente la niña, pues no les ha dado tiempo a verlo.

*

Es medianoche en Onești, una ciudad de la Moldavia rumana, al noreste de Bucarest. En la pantalla la niña corre, una pequeña persona agresiva, una maquinaria accionada durante noventa segundos por los que la animan a eliminar a la bella bailarina soviética, cuyos movimientos, en comparación, parecen apáticos y lascivos.

Stefania se ha cobijado bajo la mesa del comedor, se tapa los ojos con las manos, una persiana de precauciones, la abuela y Gheorghe le piden que ponga fin a la comedia. Una oleada furiosa se apodera del televisor, el sonido saturado invade el

cuarto de estar y Stefania, muy sofocada, pierde los nervios: qué, Gheorghe, qué, dime, ha caído, es eso, ha caído, ¿verdad? Su marido se arrodilla junto a ella, le aparta con suavidad los dedos de delante de los ojos, le coge la mano para levantarla mientras murmura: mira, mira. A cámara lenta, el delgado cuerpo de su hija recorre el aire, dislocado, la locura del salto lentamente descompuesta, mientras Stefania solloza y extiende el brazo hacia la silueta minúscula que, de espaldas, saluda a una multitud de miles de adultos con lágrimas en los ojos.

MISIÓN CUMPLIDA

La esperan. Es la primera rueda de prensa y está todo lleno, los quinientos asientos e incluso el suelo, no queda ni un rincón libre. Las paredes están recubiertas con una bonita tela bordada de flores. Cuando al fin hace aparición, enfundada en el chándal del equipo rumano, con las franjas azul amarillo rojo y el escudo comunista en el pecho, su entrenador la levanta y la lleva en volandas hasta su sitio, la muñeca que lleva bajo el brazo luce el mismo chándal y el pelo recogido igual, con dos colitas adornadas con cintas rojas. Encima de ella, un retrato del presidente Ceaușescu.

Los periodistas pueden preguntar lo que quieran a Nadia, anuncia amablemente una chica con marcado acento rumano. Se apiñan a sus pies, pues no queda ni una silla, unos adultos que se vuelven tan pequeños como ella, ¿te gusta el chocolate, Nadia?, unas palabras en francés, ¡en francés! ¡Bravo! ¿Juegas al Monopoly, Nadia?, ¿tienes novio, Nadia?, uno casi esperaría que empezaran a chuparse el pulgar en cualquier momento a la vez que se fijan en sus encantadores colmillos puntiagudos (¿de leche?, no, tiene catorce años). Más, Nadia, más, ella imita al juez que, al verla desconsolada frente al uno coma cero cero, le indicó un diez con las manos abiertas. ¡El diez! *Great!* Y ahora que ha alcanzado la perfección, ¿qué se propone? Puedo hacerlo mejor, promete, seria, con la muñeca de trapo apretada contra el pecho, abrigada por la mirada de su entrenador, un tipo alto y bigotudo de aspecto afable. En ese caso, sin duda tendrá que inventar otro deporte, concluyen. ¿Te ha sorprendido sacar un diez, Nadia? Ella encoge los hombros estrechos y rectilíneos y balbucea en rumano: «Sé que ha sido perfecto, ya he sacado un diez otras veces, para mí no es nada nuevo.» ¿Lo habrá entendido mal? Se lo repiten. Te ha sorprendido ganarlo todo, ella meneaba la cabeza, te sabe mal por Olga y Ludmila, ella repite con firmeza, no, no me sabe mal. Intentan otro enfoque: «¿Cómo celebraste la victoria anoche?» Casi irritada, pone cara de fastidio: «No celebré nada. Estaba segura de que obtendría al menos un título. Me fui a la cama.»

«¿Cuál es tu aparato preferido?»

«Las barras asimétricas, porque puedo hacer figuras que las demás ¡no conseguirán nunca!»

Y... ¿no podría sonreír un poco? Suspira. Lo siento, pero si piso la línea tras una diagonal de piruetas, aunque sea por tres centímetros (levanta la mano y extiende el pulgar, el índice y el dedo corazón), me penalizan. O sea que sí, sabe sonreír, pero una vez que ha cumplido su misión. Estallan en la sala risas seguidas de aplausos: misión... ¡Es tan encantadora, señorita coronela! Un inglés afirma que su técnica está en la línea de la de Olga K., pero el entrenador lo interrumpe al instante: «Representamos a la escuela rumana, no copiamos a nadie.» En la sala, algunos sopesan su grado de infancia. Ese rostro inexpresivo cuando está en pleno ejercicio, esa sangre fría: una vez vista la puntuación, se pone el chándal..., ¡una minifuncionaria de la acrobacia! El otro día me la crucé en la villa olímpica, estaba

pasando la revisión médica, sus ojos no parpadeaban, ni una expresión en su rostro. ¿Qué tiene que decirnos? Le gusta el yogur y no come pan. Genial. Es un robot comunista de cuarenta kilos. Hay que reconocer que tiene cierta gracia, pero es una gracia metálica, eficaz, muy alejada del lirismo de las soviéticas, ¡ah, no!, aquí nada de cisnes ni de Chaikovski, las rumanas son cachorros que se someten a examen, se deben y sirven al Estado. Aquí se trata de geometría, de cálculo.

Empiezan a caer en desgracia los modelos precedentes. Olga, por ejemplo, que en los Juegos Olímpicos de Múnich coqueteaba de un modo francamente excitante y lloriqueaba si caía al suelo, o Ludmila, que lo ganaba todo, una serena dama soviética. He aquí la tradición de danza clásica de la inmensa Unión Soviética hecha añicos por un oscuro país satélite que se acaba de proclamar especialista en niñas bien vestidas (ese episodio trágico en que la bella Ludmila de otro siglo trata de disimular las lágrimas frente a los periodistas entre los brazos de su entrenador y, justo delante de ella, el desfile de mocosas espantosamente flacuchas).

La niña tiene que descansar antes de las últimas pruebas, los periodistas abandonan la sala con las manos llenas de regalos, aguardiente de ciruela, magníficas telas de Transilvania, los rumanos hacen bien las cosas. A la salida se cruzan con colegas que no han podido entrar, les describen ese fantasma de chiquilla pálida, desde el maillot blanco hasta las manos untadas de magnesio pasando por su rostro lívido de cansancio. Todos vuelven al hotel para poner punto y final al artículo que tienen que enviar durante la noche, no han sacado gran cosa de la rueda de prensa. En el salón, la televisión se apresura a resumir la jornada para volver a retransmitir el acontecimiento, puesto que hay uno y sólo uno: ella. Una mujer joven sube precipitadamente el volumen, Nadia empieza su ejercicio de suelo.

Y nos damos cuenta de que todo eso es otra cosa. Ese charleston saltarán sobre el que desarrolla su rutina, ese *Yes, Sir, That's My Baby*, es una melodía impregnada de un júbilo de antes de 1929, *yes yes yes*, nuestra mentirosa cambia las tornas, mezcla lo posible, *yes, sir*, fijaos, ya ni siquiera utiliza las manos para ayudarse con el suelo cuando se lanza, el aire la mantiene en suspenso, *my baby*, y todos estamos convencidos de que sí, *that's my baby baby*, manipula y reordena perfectamente la infancia, pequeño vagabundo de película muda cuyo rostro queríamos tener entre las manos. Qué alegría. Qué ligereza. Y de pronto parecen esfumarse los impedimentos de seguridad de esos juegos, que guardan en la memoria la masacre de los Juegos Olímpicos de Múnich, la toma de rehenes y la ejecución de los atletas israelíes. La chiquilla nos ha cogido de la mano y, juntos, giramos en una espiral de despreocupación. Saluda a la multitud en pie, las rusas, cabizbajas, abandonan la sala en fila detrás de su entrenador; Béla, por su parte, levanta los puños, lucha con el aire, risueño, rodeado de las chiquillas, que dan saltos a su alrededor, con ojeras por la falta de sueño y la boca seca de hambre. Llevan a la niña en hombros, hasta se arrodillarán, si es necesario, ante ese elfo de metro cincuenta y cuatro que barre las metralletas presentes en todos los rincones de la villa olímpica. Ha salvado unos

juegos hinchados de cifras, nueve mil doscientos cincuenta atletas, rodeados de tres mil doscientos treinta y cinco acompañantes, observados por más de ocho mil periodistas, dieciséis mil soldados destinados a evitar una intervención de la banda de Baader, de Carlos, de los kamikazes japoneses, del IRA o de los palestinos, o incluso, quién sabe, de los autonomistas quebequenses.

Entonces, invadidas por el vacío que sigue a la celebración, añorando ya al hada de los Cárpatos, millones de madres apagan el televisor, que ha permanecido encendido todo el día desde el 17 de julio. Se ponen a soñar con tener a una como ésa, tan menuda, una chiquilla paliducha aplicada, buena chica, seria, trabajadora, sobria, sin ñoñerías, que se suba a los podios y luzca grandes medallas sobre un torso plano y firme, que espere su puntuación frente a las cámaras del mundo entero tras haber hechizado a millones y millones de telespectadores, que termine su actuación con esa pose que se ha convertido en una postal que se vende por todos lados, una que venga de un país raro, esa Rumanía, que se consagre a una existencia concienzuda y a la que se le compren lazos para que se los anude con gracia alrededor del pelo, que sea adorablemente lisa e inodora, ese deseo de poseer una criatura cerrada al mundo, que no sepa que no podemos hacer nada por ella y que muy pronto, oh, sí, muy rápido, se verá recubierta por su banal futuro biológico.

Entonces, invadidas por el vacío que sigue a la celebración, añorando ya al hada de los Cárpatos, millones de niñas apagan el televisor, que ha permanecido encendido todo el día desde el 17 de julio, como desconcertadas tras una larga ausencia. Frente al espejo, en el pasillo, ensayan el saludo triunfal, brazos extendidos, el estiramiento de la columna vertebral les abomba los pechos, la camiseta deja adivinar la piel comprimida por la goma de la braguita de poliéster. Se ponen a soñar con tener uno como ése, un cuerpo rápido. Esa misma noche, las niñas de Occidente no repiten de gratinado y rechazan el postre, consagradas a una misión secreta: propagar el blanco, ese blanco maravilloso del maillot y del magnesio y de la vida sagrada de Nadia en la nieve, sin duda, ahí lejos, donde no hay nada.

Tras pedir testimonios para escribir este libro, recibo docenas de cartas y aún más correos electrónicos de fans de Nadia C. En su mayor parte son mujeres que rondan la cuarentena, otras, muy jóvenes, no tienen edad para haberla visto en directo en Montreal. Pero todas se acuerdan del shock. De su estupefacción cuando Nadia C. hizo saltar por los aires el ordenador. De su repentina repugnancia por los cereales demasiado azucarados, esos paquetes llenos de juguetitos desechables, una abundancia desplazada hacia el reino de la privación heroica. De su rechazo de las faldas, tan poco prácticas para jugar a ser Nadia C., cuyo maillot blanco se convirtió en espejo acusador de su vida, demasiado insustancial y desprovista de obligaciones. Pues Nadia C. no es sólo ligera. Es potente y despiadada. Nadia C. no sonríe nunca, jamás dice gracias, son los adultos quienes le suplican que les conceda una mirada. Se mantiene callada, distante y concentrada, rodeada de adultos en chándal, extraños profesores de gimnasia que la felicitan respetuosamente. Ella, que viene de un país que nadie, ni siquiera los padres, conocían antes de que la televisión hablara de él. El póster de Nadia C. pertenece a las niñas del verano de 1976. En cuanto a los chicos, en su cuarto cuelga Farrah Fawcett; bajo el traje de baño ámbar, sus muslos bronceados se abren con suavidad, tibios y sugerentes.

*

Durante nuestra primera conversación telefónica, le puntualizo a Nadia C. que este relato no será necesariamente exacto, que me concedo el derecho de llenar sus silencios. Acordamos que le enviaré los capítulos a medida que los vaya escribiendo para que me dé su opinión.

«Estimada Nadia:

Respondiendo a sus preguntas: cuento los detalles de su relación con Béla más adelante. ¿La cronología? Me parece que hay que empezar con Montreal, casi diría que hay que sacárselo de encima, puesto que todo el mundo lo conoce o, cuando menos, tiene algún recuerdo de ello. Pero ya hablaremos de todo eso durante la semana, cuando la llame. Aquí tiene la continuación, o mejor dicho, ¡sus comienzos!

Cordialmente.»

UN CAMPO DE VĚRAS

Tres años rellenando documentos para dar a luz esa escuela experimental de gimnasia donde el cálculo irá del brazo del aprendizaje de las barras asimétricas. Tres años de reuniones en Bucarest con las autoridades, a las que hay que cubrir de regalos para que las cosas avancen, whisky americano que un amigo de Béla, aduanero, confisca a los diplomáticos, jamón, etcétera. Y ahora que, al fin, han encontrado el lugar adecuado en la pequeña ciudad de Onești, apenas treinta niñas que se correspondan con lo que buscan Márta y Béla. La Federación de Gimnasia muestra su asombro, irritada. ¡Desde luego no faltan niñas que quieran entrar en la escuela, por qué tanto tiempo perdido, por qué todas esas selecciones demasiado duras! Y luego, ese «ellas». Siempre ellas. ¿Por qué rechazar a ese chico que se sostiene boca abajo y salta más alto que su hermana? El asunto intriga en las altas esferas. ¿Qué es esa patraña del deporte sólo para niñas, camarada?

¿Es una teoría? ¿Una intuición? ¿Una constatación? Una idea que toma forma el año anterior, cuando Béla y Márta recorren las competiciones de los países vecinos y se fijan en los puntos fuertes de cada una de las gimnastas, en sus debilidades, en las músicas, en las rutinas que gustan al público. En la Unión Soviética se echa mano del vocabulario propio de la danza clásica, mientras que en Hungría o en Bulgaria los gestos de las chicas son amplios y deportivos, se trata de auténticas montañeras en plena excursión. Si empezaran más jóvenes podrían participar como mínimo en tres Olimpiadas, se exclama Márta, impresionada. Las gimnastas rumanas más conocidas tienen unos veinte años y en su mayoría pierden el interés por la competición tan pronto como se casan. «Toda esa inversión, todo ese tiempo formando buenas esposas que no piensan en otra cosa que no sea abrirse de piernas y preparar la comida», fulmina Béla tras la enésima competición. «Y es más aburrido que una mierda de ballet. ¿Tienen miedo de despeinarse o qué? ¡Hasta mi abuela sabe hacer volteretas mejor que ellas!» Furioso por la prudencia apática de las gimnastas, se sienta junto a Márta en un banco de un parque contiguo: «¡Prefiero ver cómo juegan esos niños!»

Esos niños jadeantes que se cuelgan con torpeza de la rama de un árbol y que no imaginan la caída, pequeños seres que en todo momento temes que se precipiten al suelo. Y que no puedes dejar de mirar, a pesar del temor. O justamente por el temor, ya que podrían lastimarse. O sea que sí, los niños saben saltar, saben correr más rápido que las niñas, les gusta hacer alarde de sus proezas, mientras que las niñas a menudo se limitan a esbozar tímidamente los pasos que les enseñan. Aun así, un niño valiente y saltarín no es más que un niño. En cambio, una niña... Más ligera y flexible, ¡sólo hay que enseñarle a ser más valiente!

*

«¿Ha visto competir alguna vez a Věra, camarada, a Věra Čáslavská?», pregunta Béla al burócrata encargado de su expediente, que le interroga sobre la pertinencia de abrir una escuela sólo para niñas. ¡Pues claro! Todo el mundo conoce a la gran campeona checa, aunque, en ese verano de 1969, parece probable que los nuevos dirigentes checoslovacos le prohibirán competir para siempre en el extranjero después de lo de los Juegos Olímpicos de México del año anterior, cuando dio la espalda deliberadamente a la bandera soviética ante los medios de comunicación internacionales, todo un escándalo. De pronto, el húngaro –que parece tener acceso a una reserva inagotable de bebidas alcohólicas extranjeras, recuerda el funcionario– empieza a vociferar al otro lado del teléfono: ¡Pues yo, de Věras, te voy a plantar campos enteros en mi escuela, sólo habrá que recogerlas! En serio, camarada, ¿te imaginas a chicos con el paquete bien apretado dentro del maillot en medio de mis bellos campos de Věras? ¡Déjame en paz con tus machos, vamos, cuando venga a Bucarest brindaremos por las Věras!

LA APARICIÓN

En este primer inicio de curso, una multitud se agolpa frente a la nueva escuela. Los padres de las seleccionadas, como también los escépticos, quieren ver a ese Béla que acaba de establecerse en Onești con su mujer. Béla. Un nombre de origen húngaro, seguramente de Transilvania. Se cuenta que fue campeón de lanzamiento de peso y boxeador, que también juega al rugby y que formó parte del equipo nacional de balonmano. Pero... ¿y qué hay de la gimnasia?, se inquietan los padres. Bueno, su mujer sabe de danza, anatomía y dietética. Béla, por su parte, pasó dos años tratando de dominar la vertical, hasta que una caída puso fin a sus esquizofrénicas ilusiones de ligereza. Aun así es un tipo francamente simpático, ese gigantón bigotudo que levanta a las niñas entre sus brazos y que pretende revitalizar la gimnasia rumana, adormecida desde hace unos años, que da palmaditas en la espalda a los dubitativos y que escupe al suelo si le mencionan a las campeonas soviéticas.

*

Han prometido resultados a un subalterno de poca monta que le da al whisky y que, con una simple y diligente nota, podría cerrar la escuela. No hay tiempo que perder. Durante veintiún días, Béla y Márta examinan a las niñas. Ellas creen que están jugando, pero las carreras son para evaluar su velocidad. Al cabo de una semana algunas empiezan a andar sobre las manos, a la segunda les proponen hacer un puente con la espalda y dar una patada a la luna. Les dan la mano cuando por vez primera avanzan con precaución sobre los diez centímetros de anchura de la barra de equilibrio. Al finalizar la tercera semana, Béla se queda con apenas cinco nombres. Uno de ellos seguido de un interrogante. ¿Y las demás? Han llorado al caerse. Se le han aferrado y no ha habido manera de que lo soltaran. Otras se han dejado caer al suelo entre risas en plena serie de flexiones o hacían muecas cuando él evaluaba su flexibilidad levantándoles la pierna poco a poco. No es tanto su reticencia lo que ha hecho que las eliminara. Es el hecho de que la exhibieran sin complejos. Lo que busca se va precisando, pero no hay forma de encontrarlo.

Hasta esa mañana en el patio de la escuela primaria de Onești. Al cabo de los años, Béla ha perfeccionado el relato de su encuentro, que siempre empieza así: lo supo desde que la vio. Podría añadir que, tan pronto como la vio, se le escapó, desapareció. Ella, esa niña de pelo castaño que, un jueves por la mañana en el patio, hace una rueda más que aceptable sobre un muro bajo. Lleva coletas, se repite para sí, tratando de acordarse de algún detalle que la identifique, mientras los demás niños corren a ponerse en fila de a dos, ha sonado el timbre. Pero todas llevan coletas, son las diez y cuarto, las blusas azul celeste huyen hacia la oscuridad de las aulas, entre ellas la suya.

Abre todas las puertas, clase por clase, pidiendo disculpas a la profesora por la

interrupción, ensaya un: «¿A quién de aquí le gusta la gimnasia?», de vez en cuando un niño levanta la mano. «¿Quién sabe hacer la rueda?», propone incansable mientras siente que a su cansancio se le une el fastidio de no encontrar a la muchacha. Contentos de romper con la rutina, muchos quieren mostrar sus habilidades al señor, la mediocridad gris de sus movimientos conmueve a la profesora, él se siente cada vez más mezquino, abandona el aula mientras una alumna regordeta vuelve a intentar la rueda, inútil perder más tiempo. Es la última clase de esa planta (¿o es que, al cabo de siete años, mientras cuenta la historia a los periodistas, decide decir que es la última, buscando el efecto veis como todo dependió de ese instante?).

De nuevo pregunta quién sabe hacer la rueda y al fondo de la sala unos brazos se tienden hacia él. Las coletas de la castaña están ligeramente torcidas, seguramente se le han deshecho jugando. «Vosotras dos, ¿queréis hacerme una demostración?» Las niñas se cuchichean algo al oído y, tras lanzar una mirada a la profesora para cerciorarse de que, en efecto, tienen derecho a ponerse cabeza abajo en clase, se levantan. A la derecha. A la izquierda. La castaña no le mira ni por un momento, dedica toda su atención al ejercicio, que recomienza animada por los aplausos de los compañeros. Comaneci Nadia y Dumitriu Viorica. Autorización de los padres concedida en septiembre de 1969. Externas.

Ese comentario de Béla sobre las gimnastas de la época, que «tenían miedo de despeinarse», es lo contrario de lo que parece, una broma misógina, me asegura Nadia cuando charlamos por teléfono sobre ese capítulo.

—Es cierto que tenían miedo de no ser lo bastante «femeninas», puesto que en las chicas los jueces valoraban la gracia y el porte. Sudar quedaba reservado para la gimnasia masculina, las mujeres no debían dar una imagen demasiado deportiva... A Béla le daba igual que fuéramos guapas, cada semana escogía a la más atrevida, o a la más rápida. Todas queríamos ganar la medalla... Valoraba nuestra fuerza, nuestro atrevimiento o nuestra resistencia, ¡no nuestro peinado! Me parece que por eso quería trabajar con muchachas muy jóvenes, porque no nos había dado tiempo a aprender esas... reglas.

Un médico examina a las dos chiquillas durante su ingreso, no llevan más que una braguita blanca, el frío de las baldosas bajo los pies desnudos hace que no se estén quietas, no paran de dar saltitos, les llaman la atención. Les indican que abran los brazos en cruz, les miden la envergadura. Luego les piden que toquen el suelo con las manos. Nueva medición. Caderas más estrechas que los hombros. Les explican cómo deben girar sobre sí mismas lo más rápido posible y dirigirse a un determinado punto de la sala para juzgar su orientación espacial. Las palpan. Sujetas a las espalderas, les suben la pierna hasta que fruncen la nariz.

Son muy pocas las que mantienen los ojos fijos en una línea invisible, con el rostro crispado, cuando se las fuerza un poco. Algunas doblan la rodilla para escapar a la incomodidad del músculo demasiado estirado, o patalean. ¿Y ella? Tiene aguante, escribe Béla en su diario, eso es, pero no tiene nada de extraordinario. No gime cuando él se le sienta –con cuidado de no apoyar todo su peso, la chiquilla sólo tiene siete años– sobre la espalda mientras ella se abre de piernas con la barriga pegada al suelo. Corre alrededor del gimnasio con los puños cerrados, se detiene cuando la llaman, le toma el gusto a obedecer las órdenes, a saludar con el pecho arqueado como un paréntesis. Le insiste a Márta durante semanas: «Señora profesora, ¿en Navidad subiremos a la barra de equilibrio?», decepcionada por tener que aprender a desplazarse sobre esa línea trazada con tiza en el suelo, luego sobre una barra muy baja y rodeada de colchones.

Pasados los tres primeros meses convocan a las niñas junto con sus padres. La madre de Nadia se ha guardado un pañuelo en el bolso para su pequeña, espera que la ceremonia (¿una formalidad, un juicio?) no se eternice, tiene cita con dos clientas para tomarles las medidas, el invierno está al caer y vuelven los pedidos, abrigos de estilo «París», muy solicitados por las mujeres de Onești, que se sacan del bolsillo una página doblada de una revista yugoslava de moda.

En el gimnasio, con una música grabada de fondo, las niñas marchan al paso, el mentón levantado, todas con maillot azul, a Nadia el suyo le va grande. Tras el discurso del alcalde, que se felicita por haber acogido la escuela experimental que formará a la élite de las gimnastas socialistas, Márta llama a quince niñas por su apellido. Estrecha la mano de las perdedoras antes de que corran a lanzarse entre sollozos a los brazos de su madre. Las cinco elegidas se felicitan con alborozo, a través de la ventana del fondo de la sala el sol traza una línea fugaz sobre sus muslos, de una palidez calcárea.

Entrada la noche, se duerme al fin (lo han celebrado, en el cuarto de estar Nadia ha hecho una demostración de cómo camina sobre las manos, hasta que ha tirado una lámpara al suelo), se aprieta contra la mejilla el maillot, hecho un ovillo sobre la almohada.

1970

Nos gustaría decir que todo se perfila con claridad, nos gustaría seguir, maravillados, la evidente trayectoria de una niña mágica. Pero hay ese 23 de junio de 1970, su primera participación en una competición nacional.

Nadia avanza, una figurilla marcial de ocho años y medio, saluda a los jueces, lo que significa que ya está lista.

Está sobre la barra. Sopesa su equilibrio con la gravedad. Las últimas recomendaciones de Márta («¡Demuéstrales a todos!») forman unas cintas en su cabeza que le ralentizan los movimientos. Lo ha soñado tantas veces. En la sala se ha hecho el silencio, se oye el crujido seco de sus plantas de los pies, el magnesio contra la madera en cada una de sus piruetas. Las pequeñas sentadas en el banco, las que ya han terminado su ejercicio, son las primeras en gritar, un coro de desgracia antigua, y provocan el «Ooooooh» del público en el instante en que Nadia cae por el lado derecho de la barra.

Con el semblante serio se ayuda de las dos manos, como en el entrenamiento, y vuelve a encaramarse al aparato. Apenas intenta el desdichado salto cae de nuevo, esta vez a la izquierda. Béla se precipita –ven con papá, cielo– para ayudar a la niña más pequeña de la escuela, esa que nunca se cansa y que continúa con sus ejercicios mucho después del ritual «¡Ya está bien por esta tarde!» de su entrenador.

Y eso es lo que Béla contará centenares de veces durante veinte años: Nadia volvía a intentar el salto como si tuviera que borrar literalmente la imagen de su caída, con las mejillas sonrojadas como tras una retahíla de horribles insultos. Y vuelve a caer. La minúscula chiquilla sube por cuarta vez a la barra de equilibrio, demasiado alta para ella. La gente sonríe, se compadece de ese rostro crispado. Sus manos golpean el aire, su torso apenas llena el azul celeste del maillot. Pero el silencio se vuelve a imponer en ese gimnasio de provincias. Su empecinamiento en aferrarse a esas pocas docenas de puntos que le concederán si persiste. El orgullo, la arrogancia de su mirada, más intensa aún que al principio del ejercicio. Ahora hace piruetas con pasos seguros y precisos. Las risas han enmudecido. Ella en persona viene a arrancarles, a borrarles de la memoria, aquello de lo que ella misma parece no acordarse. Lo único que omite, tras su salida de perfecta ejecución, es saludar a los jueces.

En el banco, Viorica y Dorina lloran, convencidas de que la mala actuación de Nadia les costará el primer puesto por equipos. Ella, con el ceño fruncido, no habla con nadie. Y cuando una de sus compañeras le tiende la mano hacia una de las coletas torcidas, se levanta bruscamente y se aleja a la espera de la puntuación. Es un pobre 6,20, pero Béla levanta los brazos como un boxeador al final de un combate. Si Nadia hubiera sacado un 6,00, sus contrincantes de la ciudad de Oradea habrían ganado, pero ese 0,20 marca toda la diferencia.

A veces, en un rincón del gimnasio, Nadia, con el pie en punta y el pecho

arqueado, acomete una vertical bastante bien ejecutada: sí, sostenerse sobre las manos es algo que domina desde los siete años. Pero hay que estar muy cerca de ella para ver cómo le tiemblan las muñecas, para oír cómo cuenta, la cabeza al revés, el abdomen tenso, la respiración contenida para aguantar un poquito más. En esos primeros años construye meticulosamente su organismo, asegurándose de la eficacia de las juntas y de todos los detalles antes de su utilización. Si le reprenden algo, escucha, como una ingeniera preocupada por corregir los defectos de la instalación, sería hasta la monotonía.

Tras las caídas de Nadia en la barra, Márta ha puesto el grito en el cielo. Qué humillación, qué ridícula payasada, la muy mocosa se ha derrumbado, hasta en las gradas se le notaba el miedo. Presa de la cólera, la han traicionado sus palabras. En el tren de vuelta, arrepentida, se ha inclinado sobre Nadia, dormida, y le ha apartado con la mano los pelos que le caían frente a los ojos, hacía tanto calor ese verano... Entonces, en medio del sueño, la pequeña se ha sobresaltado y se ha dado la vuelta, agazapándose, como si la hubiera rozado un animal.

COPA JUVENIL DE LA AMISTAD

Mayo de 1972

Las seis niñas de Onești suben juntas al podio en el segundo puesto, una medalla de plata alrededor del cuello. En la foto, las checas, las alemanas orientales y las soviéticas pesan de media veinte kilos más que las rumanas, unas orquídeas-soldado a quien Béla ha adornado el pelo con grandes cintas rojas y cuyos huesecillos de la columna vertebral se insinúan a través del maillot azul celeste. Ludmila Tourischeva, la campeona de la Unión Soviética, tiene dieciocho años. La prensa rusa menciona una «polémica sobre la edad de las deportistas»; al pie de una fotografía de Béla, dicen que «el rumano» no sabía que las demás serían posadolescentes.

*

Unos días después de volver a Rumanía, Béla y Márta convocan a Nadia a su despacho, situado debajo del gimnasio. A veces Béla teme que esté enferma, esa palidez silenciosa, esa mirada fija que contradice la determinación de ese cuerpo minúsculo a la hora de desmenuzar sin tregua la dificultad del ejercicio hasta su digestión total. Una anaconda del riesgo, del que nunca queda saciada.

Márta y él las han conocido a montones, a esas que absorben a toda velocidad todo lo que les enseñan sin respirar, y que dejan que sus miembros reciten las dificultades. Las mismas que, al cabo de unas semanas, esperan que les acaricien el pelo, que les dediquen cumplidos o que, al final del entrenamiento, hablen con sus padres de un futuro nacional, sin duda. Márta sabe que de ese batiburrillo sentimental no se puede sacar nada. Haría falta demasiada atención, demasiadas palabras de aliento, demasiados mimos para obtener lo que se quiere de ellas, dedicar un tiempo especial a esas «sensibles», una palabra que escribe en lápiz delante de un nombre subrayado en rojo: sensible, diagnóstico definitivo. Nadia, en cambio, se mantiene imperturbable, incluso cuando alzan la voz. No se la oye. No se nota su presencia. Está como ausente durante las horas inmóviles.

Progresas, Nadia. No has caído, dos medallas de oro, está bien, cielo. Pero. Es frágil, tendremos que trabajar más que con las demás.

Por la noche, durante la cena, aparta el plato y pide permiso a su madre para acostarse. En la cama, echada sobre la espalda, las lágrimas se evaden hacia la almohada como un acompañamiento silencioso a lo que susurra: «Salto en paracaídas, pa-raca-í-das», antes de dormirse con la imagen que le ha sugerido Béla para describir cómo debe afrontar la recepción de los saltos que todavía le producen miedo en la barra de equilibrio.

«En mi primer año en el internado, Márta me dijo una noche: Cierra los ojos,

imagina que tus piernas son pinceles, dibuja el trazo sin parar, sobre todo ¡no hagas tachones! Al día siguiente, muy angustiada, le dije: Señora profesora, esta noche he caído en sueños. Y Márta me felicitó: Adelante, cae, cielo, así ya estará hecho y no hablaremos más de ello. ¿Puede encontrarle un lugar en el capítulo a esta anécdota, por favor?»

OCTUBRE DE 1974

Llama a sus padres desde Varna, donde se celebran los campeonatos del mundo. No puede participar, es demasiado joven. Por teléfono se queja de todo, del viaje, del tiempo, de Béla, del gimnasio, hasta echa de menos a su hermano menor, a quien no presta ni la más mínima atención cuando está en casa. Cuelga tras prometer que se acostará enseguida para no perder el tren por la mañana.

Cumplirá trece años en noviembre. A veces, Gheorghe y Stefania no saben cómo dirigirse a su hija. Qué responderle a esa chiquilla que les suelta, rabiosa, que está «fuera de programa», como si fuera una enfermedad vergonzosa. Raramente asisten al entrenamiento. Sólo han visto una competición. Ignoran que esa misma mañana, en Varna, un periodista francés, maravillado por la demostración «fuera de programa» del equipo rumano, ha pedido entrevistar a Béla, pero, como no había ningún intérprete disponible, al final no ha podido invitarle al programa de televisión, que empieza así: «He visto una niña rumana que, si todo va bien, a buen seguro será una de las más grandes gimnastas del mundo.»

–En aquella época, ¿sabía que era una de las mejores?

–No... Oía rumores, decían que había una chica en el equipo que era muy buena. Pero no sabía que se referían a mí.

Cuando descubro en un artículo de hemeroteca la historia de la gala parisina, me cuesta creer todos los detalles de la anécdota, que me parece ya reescrita para la leyenda, guionada: el error garrafal de la Federación Francesa, que invita a una parte del equipo rumano a una prestigiosa gala pero que, al descubrir la corta edad de las gimnastas de Onești en las fotocopias de sus pasaportes, termina enviándolas a una demostración de juveniles principiantes.

Por teléfono, Nadia me confirma todos los pormenores de la epopeya. Me da la impresión de que todavía le divierte su aventura y espera que yo también la encuentre divertida. Unos días después de nuestra conversación, como no consigo escribir el episodio con la dosis de humor que a ella le gustaría, vuelvo a llamarla y le confieso que la orden que le da Károlyi para que realice una serie de figuras extremadamente peligrosas sin preparación previa para impresionar al público parisino me resulta incómoda.

—Mire, a mí me encantaba ese salto precisamente porque era peligroso, quería hacerlo todo el tiempo. No necesitaba que nadie me obligara.

—¿Sin calentamiento? ¡Era muy arriesgado!

—Para mí, ese episodio pone de manifiesto hasta qué punto Francia no hacía ni caso de Rumanía. ¿Puede mandarme las páginas hoy? Volveré a llamarla mañana. Gracias.

PERO ¿CUÁNTOS AÑOS TIENE?

Hay que rendirse a la evidencia, los franceses no han enviado a nadie a recibirlos al aeropuerto. Hace casi una hora que Béla y las niñas esperan en el vestíbulo de Orly, él no habla francés ni inglés y no entiende los anuncios que las azafatas lanzan por la megafonía. Sólo tiene una dirección anotada en un pedazo de papel y la gala está a punto de empezar.

El taxi, según Dorina, sigue una ruta que «no parece París», y el gimnasio de suburbio frente al que se detienen está situado en una calle desierta. Los reciben amablemente, una mujer con un traje azul marino les ofrece un zumo de naranja y tiende a las niñas un plato de galletas que Béla rechaza, atónito. ¡Galletas a unas deportistas! Los conducen a un vestuario que apesta a colillas aplastadas. Cuando ve a las muchachas listas para empezar los ejercicios, en maillot blanco, con el pelo recogido en coletas atadas con cintas rojas, la azafata se inclina hacia Nadia y se pone a dar chillidos, como frente a un gatito irresistible. En la pista, con una música pregrabada de fondo, unas adolescentes rellenitas intentan torpes ruedas ante la mirada de los padres enternecidos, que dan palmadas a destiempo.

Béla debe de haberse equivocado de gimnasio, de fecha, por Dios, que alguien le confirme que es un error, un atroz malentendido, llama a un tipo en chándal, señala a

las francesas, cuyos muslos demasiado gordos se rozan entre sí cuando corren como patos ciegos hacia el potro, luego señala a Nadia y Dorina, «Ellas, auténticas campeonas», repite. El francés le da unas palmadas en la cabeza a Nadia: «Sí, sí, seguro que algún día serán unas campeonas, están divertidas con esas coletas.»

Están a punto de hacer su entrada cuando Béla, que al fin ha encontrado un intérprete, descubre que la Federación Francesa de Gimnasia los ha conducido a una demostración de amateurs en lugar del acto previsto. La cólera le golpea en el estómago: ¡Menuda capital henchida de ignorancia, de calles sucias y niños atiborrados! En Francia, a los doce años, ¡no saben hacer nada! ¡Menudo país, que ofrece un plato de cartón lleno de galletas industriales reblandecidas a sus prodigiosas ardillas! ¡Qué desprecio!

Está empapado en sudor, han tenido que correr para subir a un taxi, pero al final ha obtenido la dirección de la demostración oficial y ha sabido convencer a la intérprete para que los acompañe. Las niñas están exultantes, es un día glorioso, todavía llevan puesto el maillot debajo del chándal.

«No, no, aquí nada de niñas, aquí sólo gim-nas-tas del más alto nivel.» Los dos guardias jurados bloquean la entrada del Palacio de los Deportes. La intérprete insiste, les señala a Nadia: «¡Una campeona!» Ellos se mofan. Béla les sonríe amablemente y ordena a sus pupilas que estén preparadas. Avanza hacia los vigilantes y empieza a dar saltitos como un boxeador borracho, agita los brazos en todas direcciones, las niñas sólo tienen que agacharse para pasar y correr hacia la pista. Perseguido por los guardias jurados, Béla corre también a través de pasillos oscuros sin parar de animar a Nadia, corre, corre, todo recto, ella acelera el paso, deja atrás a unos bomberos atónitos, seguida por Dorina.

Tras la puerta batiente que empuja al fin, en el inmenso pabellón húmedo, resuenan los flashes, las ovaciones y los tangos: Ludmila acaba de terminar su ejercicio de suelo. Nadia se quita los pantalones de chándal lo más rápido que puede, a lo mejor pronto le toca a ella y tiene que calentar. Pero apenas empieza, aparece Béla retenido por uno de los guardias jurados, sofocado, y le grita que se lance a la pista, ella protesta pero Béla gesticula con el ceño fruncido: «¡Ahora!»

No la han anunciado. No tiene dorsal. No ha tenido tiempo de dar flexibilidad a sus articulaciones. Además, ¿hacia dónde tiene que dirigirse? ¿Hacia las barras asimétricas? ¿Hacia la barra de equilibrio? No, imposible, hay una gimnasta haciendo ejercicios encima de ella. El único aparato libre es el potro.

Apoya un pie tímido sobre la plataforma, jueces y fotógrafos le dan la espalda, todos atentos a una joven alemana que acaba de hacer su entrada. Delante de Nadia, muy cerca, el potro. Junto al aparato, el trampolín se ha desplazado ligeramente a la derecha bajo el peso de la última gimnasta, Nadia no tiene a nadie para ayudarla a colocarlo bien. La alemana saluda a los jueces. Nadia lanza una mirada a Béla, rodeado de policías. El entrenador la anima, grita: «¡Vamos, pequeña! ¡Demuéstrales

lo que vales! ¡Haz un Tsukahara!»

Murmullos perplejos, risas en la sala: la alemana ha retrocedido unos pasos, desestabilizada por la niña que acaba de ponérsele delante y ha saludado a los jueces. Nadia inspira profundamente, pero un funcionario avanza ya hacia ella y le hace signos para que salga de la pista de inmediato. No hay tiempo que perder. Correr. Correr lo más rápido posible, acumular la potencia de la velocidad, 24 km/h, salta con los pies juntos sobre el trampolín y sus manos entran en contacto brutal con el cuero del aparato, una fuerza de entre 180 y 270 kg/cm², vuelta hacia atrás, el ligamento de su muñeca izquierda, falto de calentamiento, se estira violentamente, Nadia se propulsa, tensada en una media vuelta carpada en el aire, venga venga venga venga. Apenas cierra los ojos durante el impacto, su recepción es perfecta y los espectadores elevan el aire con su entusiasmo, espontáneamente se ponen en pie. Estupefacta, la juez principal permanece un instante sin reaccionar. Ese cuerpo delgaducho, acerado. Un salto que sólo ejecutan los hombres. Apenas tiene tiempo de ponerse de acuerdo con los demás jueces cuando aparece un tipo enorme, sujetado por dos guardias jurados y seguido por el entrenador soviético, que grita que aquello es un escándalo.

«Señora juez», el hombre respira fuerte, huele a lavanda y a sudor, junta las manos, jadeando, con el rostro congestionado, «señora, se lo suplico, que Dios le conceda una vida muy larga, anúnciela, diga su nombre. Por favor.»

La intérprete intenta calmar a uno de los organizadores, en traje azul oscuro, que farfulla furioso: «¡Esto no es ninguna guardería!», mientras busca con la mirada a la chiquilla, pero ella se ha volatilizado, y en las gradas todo el mundo da palmadas reclamando a la ausente. Que vuelve a salir de no se sabe dónde, un duende blanco que salta sobre la barra de equilibrio, adelantándose a una soviética atónita.

Y ese hombre, ¿quién es, su padre? ¿Un tío? Los guardias jurados sujetan a duras penas a Béla, que no deja de resistirse, pero él no suelta la mano de la juez, incluso se la lleva al corazón, sin aliento, y no para de suplicarle. Anuncie. Su. Nombre. Señora. Su nombre. Pero ¿cuántos años tiene?, le pregunta la juez. Y el número, doce, le produce un escalofrío. ¿Acaban de ver a una niña de doce años?

Lo que Nadia consigue ese día nadie será capaz de explicarlo, no quedan sino los límites de las palabras que conocemos para describir lo que ningún ser humano ha imaginado jamás.

Acaso se puede decir que atrapa el tiempo. O que se apodera del aire. O que le dicta al movimiento que se pliegue a ella. Esa tarde, los organizadores de la demostración, al borde de un ataque de nervios, se resignan al fin a permitir que Dorina y Nadia realicen su ejercicio de suelo a título oficial. Los asistentes creen contemplar la aguja de un reloj gigante, un cursor, que se desplaza y declara obsoletos esos esbozos de curvas mal contenidas por el maillot ajustado sobre el futuro pecho de las chicas presentes.

CONTRATO DE INSUMISIÓN

Mientras esperan el avión en el aeropuerto de Orly, Béla observa a las pequeñas. Boquiabiertas, como aturcidas por tanta novedad, por ese bombardeo de propuestas: una camiseta del pato Donald en una adolescente que pasa de largo, la boca de color carmín centelleante y entreabierta de una modelo de Rosy en un póster, unos caramelos translúcidos verde pálido con sabor «granny smith» de promoción, unos vaqueros bordados de flores en un chico.

En Montrouge, donde tenían el hotel, lo han arrastrado a unos almacenes Prisunic y han recorrido metódicamente todas las secciones. Las decenas de marcas de detergente –se detienen frente a las que prometen un juguete en el interior–, las esponjas de colores, ¡profesor, ésa de ahí es preciosa! Los cuadernos con tapas satinadas de colores vivos, los paquetes de biscotes, levantan la cabeza para escuchar las explicaciones de Béla y tratan de imaginar qué sabor tiene un pan seco y encogido. ¡Y esas cajas tan curiosas, adornadas con un recuadro transparente! ¡Mire, mire! ¡Se ve la pasta en el interior! Profesor ¿podemos comprar la caja suelta? ¡Es tan bonita! Al final, Béla les ofrece una moneda a cada una para que la metan en la máquina expendedora roja de mango plateado situada a la salida de los almacenes. Esas grandes bolas de color naranja, verde, amarillo... ¿qué son, canicas? Ellas querrían la rosa, ésa de ahí. Lo entendemos, señora, murmuran respetuosamente a la vendedora, que les advierte que no podrán escoger, que saldrá un chicle cualquiera, al azar. Las cortinas de terciopelo rojo del fotomatón las deja maravilladas, aquí todo es automático, se entusiasman, ¡todo tan moderno!

Béla está impaciente por devolverlas a su vida, esa vida que él les inventa desde que tienen seis años. Esos compartimentos de horarios, de alimentos inmutables, de gestos y olores. Y la tranquila sumisión de las niñas a todas las restricciones, porque saben que cada mota de apetencia, cada posible desviación, un sábado a pasear, a jugar en la habitación, una merienda demasiado copiosa, cada uno de esos recodos conduce a otra vida, la vida de las niñas normales, sin objetivo ni futuro.

Nadia C. no hace ningún comentario, pero al día siguiente, cuando le pregunto cómo se explica la obediencia absoluta de las gimnastas, parece molesta por esa palabra, obediencia: «Es un contrato que uno firma con uno mismo, no una sumisión a un entrenador. A mí, las que me parecían obedientes eran las otras niñas, las que no eran gimnastas. Se volvían como su madre, como todas las demás. Nosotras, no.» Luego me cuenta lo que sigue a continuación. El pasaje me parece anecdótico, ella insiste para que lo integre en el texto: «Responde a su pregunta.»

Hace tres meses que viven en régimen de internado, incluso Nadia, que vive en Onești, puesto que ganar el tiempo de ir y volver no es ninguna tontería. Pasan de las once de la noche, están jugando en el dormitorio. Cuando oyen que se acerca Béla

apagan la luz a toda prisa y fingen dormir. Él entra, vuelve a encender la luz. Debe de haberse equivocado, nuestra luz está apagada, señor profesor; ya no pueden parar de reír bajo las mantas, excitadas por su fugaz complicidad.

«¿No tenéis sueño? ¡Pues habrá que cansaros un poco para que durmáis bien!», dice Béla. «¡Vamos!» Ni siquiera les deja tiempo para vestirse –arriba, arriba–, salen con los pies desnudos metidos en las zapatillas de deporte, eufóricas ante la perspectiva de esa sesión nocturna con los cordones desabrochados, en pijama, en el patio de la escuela. Béla da palmadas como cada mañana, ellas corren en círculo como calentamiento. Ríen y se señalan las unas a las otras, menuda pinta, se les cae el pantalón de algodón, se lo suben con las dos manos, Béla no se detiene: «Vamos, ¡a saltar!» Sin dejar de sonreír, las devuelve al dormitorio pasada la medianoche.

A la mañana siguiente, el despertador suena a las cinco. Con la cabeza abotargada y las pantorrillas rígidas por el entrenamiento improvisado sin estiramientos, sin haber podido beber el agua necesaria, encadenan ejercicios en las barras asimétricas y la barra de equilibrio. El cansancio les hace venir náuseas. Eso que creían tener a raya y que resurge de pronto al agarrarse a las barras, esas imágenes prohibidas, una rodilla torcida, unos ligamentos rasgados, el ruido de los huesos contra la barra de equilibrio, el cráneo, las vértebras, el terror les seca la boca. Al caer la noche apagan la luz sin decir palabra, dolorosamente arrinconadas contra un cuerpo maltratado que no responde.

DESPEJAR SUS DUDAS

A veces, Stefania la observa mientras juega fuera, cuando corre con su hermano; esos instantes normales no le pegan a Nadia, son como un disfraz de niña en una maquinaria rara. Nadia es siempre puntual. Quita la mesa. En los desplazamientos se lava ella misma las braguitas y las devuelve limpias a casa. Nunca ha pronunciado frases de niño, de esas que una madre reproduce contenta al marido. Incluso el hecho de que haya decidido internarse en la escuela (el mínimo de pasos posible, el mínimo de gestos fuera de los que falla en sueños, sólo en sueños) es una decisión razonable.

Los domingos exige que le «estiren» los músculos: se agarra a la cómoda del cuarto de estar y Stefania le levanta la pierna a tirones, «¿No te hago daño?», entonces la pequeña ordena con impaciencia que le ponga la maldita pierna delante de la nariz. Nadia tiene trece años y aspecto de tener diez, y muy pronto todo eso dejará de interesarle, pero por lo menos, afirma su padre, los ejercicios le refuerzan la espalda y el carácter.

El otro día un fotógrafo de *Scînteia*, el periódico nacional, vino a sacar unas fotos de sus medallas para un reportaje. Buscó el mejor ángulo durante un buen rato hasta que Stefania propuso sacarlas todas y extenderlas sobre un bello tapiz de terciopelo rojo. Cuando preguntó al hombre qué escribiría en el artículo, él la corrigió, no serán más que unas líneas al pie de una fotografía de las medallas: «¡No hay mucho que decir sobre mocosas que no saben nada de la vida!» Stefania asintió, aliviada.

*

Mira que es buena chica. Toma el tren a Bucarest en compañía de Márta para asistir, invitada por el Partido, a una ceremonia donde verá por primera vez de cerca a ese hombre que parece más un rey de película que un camarada. Nadia representa al equipo y lleva un pantalón y una chaqueta confeccionados por su madre en azul cobalto adornado con un ribete rojo a la altura de las muñecas.

La sala, más grande que el gimnasio de Onești, está repleta de adultos que aplauden mucho mejor que el público de las competiciones. Perfectamente sincrónicos, de sus manos no se extravía ningún sonido. En cuanto al Camarada, parece más viejo que en los retratos colgados por todos los rincones de la ciudad, y su mujer, Elena, le recuerda a su profesora de mates, con un moño entrecano en la cúspide de la cabeza y una silueta ancha a la altura de la cintura. Se suceden los discursos. Luego una muchacha rubia vestida con el traje tradicional, blusa bordada y falda roja y blanca, se acerca al micrófono.

Hasta ahora, para Nadia las palabras habían sido herramientas, elementos prácticos para pedir, obtener o dar las gracias. Pero he aquí que las palabras revolotean, ligeras, sonidos vaporosos salen de la boca de la niña rubia, bandas de nubes, cielos triunfantes y astros competitivos, campos solidarios, y todo eso dibuja

su país, Rumanía, recitado por la chiquilla, esa niña de ojos maravillosamente azules. Uno querría despejar sus dudas a la luz de ese ser uniformemente claro, de piel, pelo y voz de algodón de azúcar. Ante tanto resplandor, Nadia se siente ensombrecida: sus cabellos de un castaño apagado y su piel oscura, Onești, con sus calles sucias por las emanaciones de la fábrica, en ningún parque se encuentran flores como las que la elegida ofrece a la camarada Elena.

No, a ella. Márta la empuja hacia delante. Confundida, Nadia se levanta y camina hacia la tribuna. ¿Tiene que saludarlos? ¿Son jueces que le pondrán una nota? ¿O espectadores a quienes tiene que seducir? Tropieza en el escalón, un militar comprueba el micrófono. Y todo toma forma. Las series de abdominales de madrugada, cuando nadie, ni siquiera sus padres, se ha despertado todavía en la ciudad, las caídas, los esguinces, el magnesio acre que nota en la garganta al acostarse, todo el armazón de ese sueño que hoy celebran juntos y en el que tiene ganas de participar todavía mucho más, ¡oh, sí!, querría ser su mascarón de proa, aunque no sepa recitar como la niña transparente. Es algo que le corta la respiración, que le sube del estómago, la misma sensación que en esos milisegundos en que, durante un salto mortal, su propio cuerpo la deja estupefacta y vuelve al suelo por sí solo. La sala la aplaude en pie, personas mayores y serias repiten RO-MA-NI-A con todas sus fuerzas, Nadia se vuelve hacia Él, cómo llamarlo, es Él y punto, se ha levantado de su trono de rey, se acerca a ella, tiene los ojos más hundidos que en los retratos y parece que vaya a llorar, Nadia nunca ha visto llorar a un hombre. Le murmura realmente que avance un paso o es que ella así lo entiende, le da un beso en la frente, ella se compromete a obtener los «mejores resultados posibles» para el equipo de Onești. En ese inicio de 1975, los cánticos surgen de cada una de las sonrisas de la sala, fuertes, coreando el futuro.

*

Béla escucha mientras Nadia le cuenta lo de Bucarest. Bravo, cielo, un bonito montón de tonterías, tus promesas al Viejo y esos poemas. Cómo podría ganar nada si él acaba de recibir la carta de rechazo de la Federación Rumana. Ninguna gimnasta de Onești ha sido seleccionada para ir a los Campeonatos de Europa, que se celebran en Noruega. Todas las representantes de Rumanía serán del club Dinamo de Bucarest. Donde el gimnasio es nuevo, donde los jóvenes y obedientes entrenadores redactan cada noche informes detallados sobre todo lo que podría interesar a la Securitate: las chicas que entrenan, los padres de las chicas que entrenan, las bromas que intercambian en los vestuarios. Todo eso contribuye a la Gran Construcción del Camarada. En cambio él, Béla. ¿Qué aporta él? Whisky, café, jamones, chokolatinas austriacas pasadas clandestinamente por la frontera húngara, regalos de campesino. Y él ¿qué obtiene a cambio? Nada. Y eso que hace un año que sus pequeñas ardillas ganan casi todas las competiciones y dentro de poco aplastarán a las soviéticas, él lo

sabe: porque sí, quizá Olga se pone de pie sobre la barra asimétrica, y sí, consigue encadenar dos mortales sobre la barra de equilibrio, pero la muchacha no deja de ser inestable. Lloriquea, tiembla. Nada de eso en Nadia. La Nadia del lunes se parece a la Nadia del jueves, que se parece a la Nadia de la mañana, que se parece a la Nadia de la noche. Así pues, ¿qué más quieren? ¿Qué más hay que mejorar? Hasta los padres de Nadia son ejemplares. Discretos. No se meten en política. Rumanos de los que se puede uno enorgullecer, sólidos, como sus propios abuelos, una eternidad de modesta fiabilidad.

Béla fue a Bucarest sin cita y pidió hablar con el tipo del Ministerio de Deportes. Sin éxito. Volvió a Onești, nadie puede sustituirlo en los entrenamientos, y luego volvió a viajar a la capital para otra tentativa; no sirvió de nada, no le recibieron. Por teléfono imploró a un funcionario que encontraran una solución, lejos de su intención contradecir esa «excelente decisión nacional», pero por piedad, que añadieran una gimnasta al equipo ¡sólo una de las suyas! A duras penas puede reivindicar su triunfo de París, pues la aventura, contada a la Federación por la intérprete parisina, una joven recluta de la Securitate, no ha sentado bien. Los franceses se han quejado. A su manera, naturalmente, con educación, sorprendiéndose de «la actuación sorpresa de esas maravillosas niñas rumanas que no estaban en el programa».

Camarada profesor, le dice el funcionario que lo recibe al fin en Bucarest, a sus niñas ya les llegará el momento ¡sólo tienen trece años! Es de risa, le suelta a su colega tan pronto como Béla se ha ido de su despacho, ¡el húngaro este se cree que nuestro país moderno y en plena expansión puede estar representado por sus campesinas enanas venidas de una ciudad de retrasados del culo oriental de Rumanía!

¿Existe acaso otra reunión que guarda en secreto? ¿O es que Béla tiene más amigos bien situados de los que admite? ¿O ha conseguido mejores regalos? ¿Ha prometido acaso una medalla de oro, un título? Al cabo de una semana le conceden al fin la inclusión de una de sus gimnastas en el equipo nacional rumano. Así pues, serán tres del Dinamo y una de Onești.

DEMASIADO VIEJA PARA SER JOVEN

A veinticinco segundos de su ejercicio sobre la barra de equilibrio en Skien, Noruega, sus muñecas ondulan contra el aire, que se diría espeso, los pies juntos sobre los diez centímetros de la madera, un movimiento incongruente de caderas a derecha e izquierda, como una chiquilla que imita un rock aplicado, Nadia tiende las manos hacia delante y, sin apoyarlas en el aparato, dibuja un gran compás rápido con las piernas, con el nudo blanco que le sujeta la cola de caballo como punto de referencia: «Usted está aquí.» Sube tan arriba al imprimir un movimiento pendular a su cuerpo que algunos no consiguen mirar el ejercicio de barras asimétricas hasta el final, aterrorizados ante la posibilidad de que sus brazos endebles cedan y caiga al suelo. Acaso es consciente, acaso se da cuenta de que se arriesga a partirse la crisma, preguntan inquietos los periodistas a los jueces, deslumbrados. En chándal rojo, sobre el segundo peldaño del podio, Ludmila Tourischeva observa cómo la niña que se corona como la campeona más joven de Europa saluda al público. Los rasgos de su rostro parecen rígidos, una dulce amargura triste recorre su sonrisa. Marchita.

Escribo a Nadia C.: «Su advenimiento es un espectáculo cuya perfecta puesta en escena consta de un atrezo bicolor, el blanco y el rojo. El blanco del maillot virginal. El blanco del magnesio, de las palmas de las manos a los muslos. La palidez andrógina, en definitiva, de las niñas gimnastas antes de que, a principios de los noventa, se optara por colorearlas con colorete y lápiz de ojos con purpurina, más resultón. Y el rojo. El del comunismo y sus banderas, por supuesto. Pero sobre todo el rojo satén de los lazos desmesurados con que los entrenadores les decoraban el pelo, un accesorio que garantizaba infancia en un mundo en el que ustedes eran “demasiado viejas para ser jóvenes”.»

SI NO SANGRA

¡Campeona de Europa! La noticia es tan sorprendente que no encuentran ninguna fotografía para ilustrar el artículo que sale publicado la mañana de su retorno a Bucarest. En el aeropuerto esperan con montones de claveles rojos a la que acaba de destronar a las soviéticas. Al fin sale del avión una chica con el chándal azul marino. ¡Es Nadia! ¡Qué guapa! Pero... es extraño, un tipo enorme con bigote le da unas bolsas de plástico para que las lleve mientras él sujeta a una niña por el hombro, su hija sin duda. Dónde está nuestra gran atleta, pregunta un funcionario, buscando la silueta de una corpulenta deportista. Entonces Nadia se les acerca, sus medallas forman un extraño collar tribal, una armadura dorada para su pecho estrecho, y, casi al ralenti, los fotógrafos se arrodillan para ponerse a la altura del pálido rostro de la niña.

Nadia estrecha manos. Un representante del Partido le da las gracias en nombre del país entero por haber mantenido su palabra, por haber obtenido los buenos resultados que prometió al camarada Ceaușescu.

Todo lo que ocurre a continuación, durante el año 1975 –si quisiéramos manipular la historia, no sabríamos qué modificar–, esa ascensión meticulosa, ejemplar, Béla lo vive como una simple confirmación. Él tenía razón. Nadia calma sus dudas, avanza por delante de sus miedos, se ejecuta, embajadora de su sueño, objeto del experimento del que es la casi princesa. Casi. Puesto que ahora toca convencer a los responsables de que hagan un lugar a las niñas de Onești en el futuro equipo olímpico.

*

Béla lo jura, sus niñas van a destruir a las rusas, fíjate, hasta lo escribe y lo firma en la servilleta de papel del restaurante al que ha invitado a tres miembros de la Federación: camaradas, si os lleváis a mis chicas, después de Montreal ¡nadie se acordará de las soviéticas!

Cómo les hace reír ese grandullón, casi resulta conmovedor cuando entona el himno rumano, en pie y marcando el ritmo con la mano, como si dirigiera tropas: «Hoy el Partido nos une y sobre la tierra rumana se erige el socialismo con el impulso de los trabajadores por el honor de la patria, aplastamos a nuestros enemigos para vivir dignamente bajo el sol junto a los demás pueblos, en paz, en paaaaz.»

De acuerdo, habrá una competición previa entre los dos equipos y juzgarán en función de los resultados, consienten los responsables, que se divierten con el espectáculo que da ese hombre al que continúan llamando «el húngaro».

*

Verano en la capital; el olor de los tilos se pega al asfalto. El calor se aferra como colmillos en llamas, el aire parece solidificarse, inmóvil y húmedo. Aquí, en este enorme gimnasio acristalado, no hay colchones viejos en el suelo, sino una colchoneta de espuma azul eléctrico. Los entrenadores del Dinamo, que insisten en que las gimnastas les llamen «camarada entrenador», llevan a sus pupilas a Constanza, a orillas del Mar Negro, cuando la temperatura supera los treinta y ocho grados. Las niñas de Onești, en cambio, van al baño entre ejercicio y ejercicio para rociarse la cara con agua fría.

¿Es Béla quien ha propuesto que la Federación envíe a alguien ese día? ¿Ese general al cargo de Deportes que entra en el gimnasio y le indica a Béla que continúe el entrenamiento mientras él toma asiento? Béla se alegra. No podría haber venido en mejor momento. ¿Qué importa que Luminița se queje de migraña (¡vuelve a subir a la barra, cuando saltas se te oye hasta en Transilvania, tienes la gracia de una vaca, ya te vendrá bien perder unos kilos de sudor!), o que Dorina caiga cuatro veces seguidas al intentar un doble mortal atrás? El general se cansará rápido del olor a sudor mezclado con el magnesio, que reseca aún más el aire. Béla no tiene que hacer nada, simplemente esperar a que el militar se levante, se sacuda el polvo del uniforme y le pregunte: «¿Dónde están las gimnastas del Dinamo, camarada profesor?» Bastará responder inocentemente que están «en la playa, como siempre que luce un buen sol». El general se va furioso y convoca a los dos equipos. Al día siguiente, el entrenador del Dinamo se defiende invocando el «reposo necesario para las chicas con este calor», Béla levanta las cejas: «¿Cómo? ¿Reposo? ¿El reposo forma parte del programa olímpico?» El general lo nombra director del equipo nacional y olímpico; él escogerá a las gimnastas.

Ya está. Todo tiene que ser perfecto. Encarga a Márta que busque un nuevo médico de confianza, ése de Bucarest no tiene ni idea de gimnasia, es insoportable, con sus mohínes de tipo cauto y sus consejos paternalistas. Las ardillas rebotan, quedan aturcidas, la espalda se les dobla sin ofrecer resistencia, si no sangra, les dice Béla, no te preocupes, probablemente no es nada grave.

BIOMECÁNICA DE UN HADA COMUNISTA

15 de noviembre de 1975

En 1975, la Comisión Nacional de Visados y Pasaportes era un departamento de la Securitate cuyo nombre no era sino un embuste, ya que no proporcionaba prácticamente ningún pasaporte, salvo a altos responsables del Partido. En realidad se trataba de una comisión que servía sobre todo para identificar a los que querían salir del país y querían un visado, que inmediatamente eran despedidos del trabajo y se ponían bajo vigilancia especial.

Para su gira preolímpica, el equipo de gimnasia viaja de Alemania a los Estados Unidos, luego a Canadá e incluso a Japón. En 1975, Nadia ¿es una simple ciudadana rumana o se ha convertido ya en un pedazo de bandera, una historia en trance de ser escrita, un arma nacional? Ella que no recuerda, me dice, haber aprendido las reglas de las competiciones en las que participaba, como si los sistemas de puntuación hubieran nacido a la vez que ella para afianzar sus progresos. Como pequeñas cruces invisibles trazadas a lo largo de su camino para que posara en ellas los pies.

Cuelga el teléfono. Se sienta en la cama extrañamente cansado, casi aturdido. A Béla le gustaría volver a escuchar las palabras pronunciadas por el tipo de la Federación, que acaba de leerle el telegrama llegado de Londres. ¿Y si lo hubiera entendido mal? Vuelve a marcar el número de Bucarest.

«Disculpe, camarada Bălcescu... ¿Qué pone? ¿Deportista del año o gimnasta del año?» Gimnasta del año, lo que ya le había parecido oír la primera vez, es como si la felicitaran a regañadientes, casi como un sucedáneo de título otorgado a una niña repipi de paso azucarado. Algo que pasaría por alto la carrerilla hacia el potro a veintisiete kilómetros por hora, como reveló la medición de la semana anterior. En lugar de animarlo, ese título de atleta del año lo inquieta. Como si fuera una promesa de futuro que no está seguro de poder cumplir. Márta y él han creado a la campeona de Europa sin ninguna receta concreta. Hay que reforzar las potencialidades. Si consiguen reducir la parte desconocida, la parte azarosa de Nadia, seguro que obtienen aún mejores resultados.

Recalculan lo que se lleva a la boca. Cien gramos de carne al mediodía y cincuenta gramos por la noche aportan unas cuatrocientas calorías, verduras en las comidas, doscientos gramos cada vez: ciento veinte calorías. Tres yogures al día: ciento ochenta. Y fruta, quizá tres piezas: ciento cincuenta. Ni pan, ni féculas, ni azúcar, por supuesto. Tienen que acordarse de dibujar una marca en la aceitera que utiliza Silvina, la cocinera; si pasa de los cincuenta mililitros previstos por día, todos los cálculos dejarán de ser válidos. Béla ya ha tenido varias discusiones con Silvina, pero discutir no es decidir. A partir de ahora se encargará personalmente de los

menús.

Rediseña las jornadas. De 6 a 8: entrenamiento. De 8 a 12: lecciones. De 12 a 13: almuerzo. De 13 a 14: descanso. De 14 a 16: clases. De 16 a 21: entrenamiento. De 21 a 22: cena, lecciones y a la cama. Cambia de médico hasta que encuentra a uno que no discute ni una sola de sus decisiones. A la niña le analizan la sangre, le miden la respiración, transforman su orina en fórmula biológica. Cada mañana, antes del entrenamiento, se somete a pruebas de esfuerzo, encadena flexiones de piernas y de brazos. Béla le fabrica abdominales de acero para evitar que haga muecas cuando las caderas le golpean de lleno contra la barra asimétrica, con sus huesos apenas protegidos por el tejido azul. Hay que consolidar su potencia para que el mecanismo consiga afrontar los imprevistos, un momento de cansancio, un enfriamiento. Lee tratados de biología, subraya algunos pasajes, habla con entrenadores de atletismo: ¿tú qué haces para que corran más rápido? Los hago correr más, responde el tipo. Así que Béla aumenta el número de ensayos de las rutinas. Hasta ahora hacían una decena al día y luego se concentraban en los detalles. La nueva cifra se decide arbitrariamente: veinticinco veces por la mañana y veinticinco por la tarde.

Durante los primeros meses, ninguna de ellas tiene suficiente fuerza muscular para recomenzar más de quince veces seguidas ese minuto y treinta segundos de saltos mortales, verticales y mortales atrás. Sufren punzadas, los músculos paralizados las hacen vacilar de una acrobacia a la siguiente, como borrachos sin aliento. Durante toda la jornada, Béla manda y ordena: repítelo. Vuelve a empezar. Las muñecas de las niñas ceden bajo su peso en plena vertical. Los calambres les impiden dormir por la noche, el hambre las despierta cada vez más temprano, a las cuatro de la madrugada, Béla las oye susurrar en el dormitorio. Durante la cena se alimentan en silencio, con gestos secos para llevarse el tenedor a la boca. También sus lágrimas cambian: lloran en cada entrenamiento por la imposibilidad de ir más lejos, furiosas como frente a una construcción de tendones y músculos que ceden antes que ellas.

Béla trabaja la embriaguez, el aturdimiento. Manda cavar alrededor de las barras asimétricas y de la barra de equilibrio un foso que se llena con grandes pedazos de una espuma espesa. Las hace correr hasta lanzarse al foso. Todos los días integra una acrobacia adicional en su carrera, hasta que pierden por completo el miedo a caer, hasta que su espalda arqueada desprecia el suelo. Y todo se acelera, sus voces se hacen más agudas, sus saltos más rápidos, todos los temores se atenúan. Cada tarde desfilan ante el médico para ser reparadas. Una distensión, un esguince que piden que desaparezca para la mañana siguiente. El médico obedece. Ofrece antiinflamatorios, analgésicos y corticoides. En Navidad, las niñas vuelven a casa para pasar tres días de vacaciones.

JUGAR A LO LOCO

El 27 de diciembre, Stefania acompaña a Nadia al internado y asiste al entrenamiento. Le gustaría taparse los ojos cuando las gimnastas, de un salto, exploran el horizonte, esa inversión del suelo y el techo, con el aire que se ha vuelto elástico. Su hija vuelve a empezar. Vuelve a subir a la barra de equilibrio. Cae. Sin aliento, agarra una cantimplora y bebe apenas un sorbo antes de volver a intentar un doble mortal atrás. A las cuatro de la tarde, a una señal de Béla, desalojan el gimnasio, hacen salir a la mujer de la limpieza, a los demás entrenadores e incluso al pianista, sólo quedan Nadia, Béla y Stefania, a quien Béla hace prometer que no contará nada de lo que va a presenciar. Corren las cortinas, encienden las luces a pleno día.

Es como si se ausentara. La niña parece poseída por una misión cuyo nombre ella misma desconoce. Ni una mirada hacia su madre ni hacia él. Su rostro pálido está tenso, los labios prietos, tiene ojeras, inspira hondo y hace una señal a Béla con la cabeza, él la levanta, la iza directamente hasta la barra superior. Nadia emprende el movimiento de balanceo necesario, un impulso. Entonces, a la señal de Béla, suelta las manos y efectúa una vuelta completa sobre sí misma entre las barras, sus muslos se abren completamente, la nuca roza la madera, vuelve a agarrarse por los pelos.

Esa sorpresa es un secreto, una declaración de supremacía mundial cuya existencia todavía nadie conoce. Ese salto inimaginable para el que hay que olvidar los huesos rotos, los tendones seccionados y las vértebras fracturadas si alguna vez... Para el que hay que jugar a lo loco, fuera de pista. Ese inimaginable salto cuyo origen reside en un error ocurrido una mañana de hace unos meses.

Ese día, Nadia se dispone a realizar un mortal clásico. ¿Es su cuerpo el que, para no morir, busca una escapatoria cuando sus manos resbalan, no puede asir la barra y su pelvis golpea con violencia la madera? Béla se precipita hacia ella, pero demasiado tarde, de todos modos, si Nadia... siempre será demasiado tarde. Al fin Nadia consigue agarrarse a la barra de la que se ha soltado. Béla le ofrece un vaso de gaseosa, una pausa, ella lo rechaza, lívida, como si fuera a vomitar, luego cambia de idea, desorientada, aturdida y también sobreexcitada, puesto que no se ha caído. Permanecen en silencio.

¿Cuál de los dos consigue volver sobre lo que acaba de ocurrir y descifrarlo para pasarlo a limpio? A lo mejor no es él el que propone rehacer el camino de la caída evitada, sino ella. Al día siguiente, Béla y la pequeña ponen manos a la obra para domesticar el maravilloso error.

Las figuras se clasifican según su dificultad, una figura A se considera simple, una B es más compleja. Las E las realizan muy pocas chicas en el mundo. Digamos, cielo, que a eso lo llamaremos ¡una súper E! Cuando envía al COI los programas de sus gimnastas para Montreal, Béla no menciona ninguna E, y aún menos una súper E; a fin de cuentas, en Múnich las soviéticas habían cogido a todos los demás países a

contrapié «olvidando» describir las figuras del programa de Olga K.

–En 1972, la Federación Internacional de Gimnasia se alarmó por las «peligrosas figuras realizadas por Olga K., que podrían provocar una fractura de pelvis». Se plantearon prohibirlas. En 1976 le preguntaron a Károlyi si lo que usted hacía no suponía un grave riesgo. «Es posible», respondió él, «¡pero Nadia no cae nunca!»

Suspira. No dice nada.

–¿Hay algo en el capítulo que no le guste? –le pregunto, irritada.

Ella:

–No... Pero la veo venir... El deporte de la Europa del Este, con sus métodos espantosos, etcétera. –Empiezo a protestar, pero me interrumpe–: Deme su dirección de correo, por favor.

Al cabo de unos días, dentro del sobre encuentro una copia de un artículo publicado en 1979 en el boletín de la Federación Francesa de Gimnasia. Tras la retransmisión de los Campeonatos de Europa de Estrasburgo, los responsables se inquietan por las numerosas caídas graves de las gimnastas, ya que «dan una mala imagen de nuestro deporte». De acuerdo con la cadena, se decide que «se centrarán menos en los incidentes» durante la retransmisión de las futuras competiciones.

JUANA DE ARCO MAGNÉSICA

29 de marzo de 1976,
Nueva York, Madison Square Garden

Cómo dar cuenta de una chiquilla que rechaza los peligros en la misma medida que las canciones infantiles, de las que se cansará muy pronto. La juez principal vuelve a calcular los puntos, incrédula. Busca fallos para quitar unas centésimas, pero no hay nada. Es un diez. En Japón, a la semana siguiente, durante la Chunichi Cup, saca otras dos veces diez, en las barras y en el potro.

Béla escruta sus ojeras, su olor. ¿Bebe lo suficiente entre los entrenamientos? También tiene que ocuparse de las que ahora forman el decorado, las figurantes: las demás niñas del equipo. Aburridas, previsibles, su miedo y su cansancio, que tratan de disimular, cuando Nadia es una planta carnívora de los peligros, de los que hay que colmarla. Sigue lo que le dicta el cuerpo, ese cuerpo capaz de inscribir el fuego en el aire, una Juana de Arco magnética. Mordisquea lo imposible, lo deja a un lado para hacer sitio a lo siguiente, siempre lo siguiente.

—Mmmm..., sí. En su libro, desde el principio describe a Béla como una especie de... especialista, cuando en realidad ¡no sabía casi nada!

—Le enseñaba las figuras, algo debía de saber, ¿no?

—Aprendió gimnasia a la vez que yo.

(Ríe, y, como no la veo, ignoro si se divierte o está siendo ácida.)

Según ella, Béla fue una especie de *mánager* del genio, un visionario más que un técnico, con ideas para hacer que «la vieran en Europa Occidental», como en el torneo de París.

—¿Y Geza, el coreógrafo de su maravilloso ejercicio de suelo de Montreal? ¡Fue genial! Esa mezcla de gestos infantiles y acrobacias, ese humor...

—Geza... Sabía observarme en la vida cotidiana, sí, y tenía intuición para saber qué podía gustar a los jueces, una especie de... *mánager*.

—¡Caramba, cuántos *mánagers*! Porque, en cierto sentido... Ceaușescu también fue «*mánager*» de su imagen...

—Sí. Todos eran *mánagers*. Muchos *mánagers*, un montón.

YES, SIR, THAT'S MY BABY

Para Nadia, Geza escribe en primera instancia una coreografía en la que se ponen de manifiesto su ligereza y su velocidad sobre una música marcial, un cuatro tiempos. Béla y Márta la rechazan. En su segundo intento, sobre la melodía de *Scheherezade*, enseña a Nadia a adquirir más languidez en las muñecas, a flexibilizar la pelvis y a trabajar el orientalismo del porte de cabeza. Ni siquiera le hace falta que Nadia termine para darse cuenta de su error. Concentrada en ser sensual, la chiquilla ondula con esfuerzo, a cada contoneo les lanza miradas casi irritadas, como si quisiera irse a vestir. Le dan las gracias y la mandan a la ducha y a la cama.

Béla permanece en silencio un momento, están solos en el gimnasio, luego, furioso casi hasta la incoherencia, acusa a Geza de haber querido sabotear a la pequeña con sus guarradas, sabes qué te digo, me haces vomitar, y cuando Geza amenaza con poner inmediatamente punto final a su colaboración, Béla le implora que encuentre otra cosa, cualquier cosa menos esos horrores, perdona, Geza, te necesito, te necesito mucho, por favor, quiero algo a medida para Nadia, para Montreal, ¡algo completamente nuevo! Y, sin soltar el cigarrillo, esboza algunos pasos canturreando a-sí-lo-ves-al-go-a-sí-qui-zá, como un travesti grandote ejercitándose en resultar infantil, «algo li-ge-ro, algo a-le-gre, tralalá».

Reconciliados, van a buscar salami y tomates a la cocina y, sentados a la mesa de formica, repasan a la competencia. A las soviéticas de la generación de Ludmila, preparadas por bailarines del Bolshói, que dibujan unos cuantos *port de bras* de aire desconsolado entre acrobacias perfectas con música de Chaikovski, a ésas ya las conocen. Más bien es en Olga en quien deberían fijarse. La misma que, en Múnich, se ató unas cintas al pelo. La que frunce la nariz como un hámster risueño y hace remilgos antes de lanzarse a una figura E que, si no ejecuta bien, le partirá el cuello; con ella, la intensidad y el drama han quedado anticuados. Olga, la que finge un resto de infancia al que se aferra con fuerza porque, como subraya Béla, muy pronto cumplirá veinte años.

Y Nadia, ¿qué decir de Nadia? Fascina por su técnica, es muy buena, sin duda. Pero ¿cuánto tiempo necesitarán los rusos para sacar a otra con el mismo patrón, una súper E? ¿Unos meses? Si sólo pudieras disponer de tres adjetivos para describirla, ¿qué dirías de ella? ¿Seria-perfecta-imperturbable? ¿Impecable-precisa-impresionante? Lo que necesita es un «truco», un maldito truco, ya sabes, como una etiqueta, simple, se repiten, totalmente embriagados. Nada de tus sucios trucos para señoritas, ojo, no se te ocurra embrutecer a mi ardilla sin pelo, añade Béla entre risas cuando al fin se despiden, y Geza se acuesta sin una sola idea nueva, pero con esta certeza: resulta irritante ver a Nadia contoneándose. Es irritante y ridículo verla dibujar gestos melosos en el aire: a ella tienes ganas de verla encaramándose a los árboles o corriendo en la playa, abriendo regalos de Navidad y dando palmadas, Nadia tiene la edad del papel que interpretan todas las demás, precariamente

disfrazadas de niñas, intentando hacer olvidar el deseo muy poco deportivo que suscitan, con el pecho realizado por el tejido elástico.

Geza busca. Durante semanas, prueba. Nadia quita tiempo de la escuela y de los descansos. Prueban con músicas, que descartan como prendas poco favorecedoras, no, esas melodías folclóricas y esos vales ya están muy oídos. El pianista, Dan, busca en su cartera y saca una partitura que un amigo le ha traído del extranjero: *Young Americans*, de David Bowie. Pero ¿y si los jueces se tomaran mal una audacia de ese calibre? Ni hablar. Esa tarde pasan horas dándole vueltas, Dan sostiene un cigarrillo en la mano izquierda y, con la mano libre, casi en sordina, para relajarse, esboza *Yes, Sir, That's My Baby*, un charleston de 1925. Nadia, que almuerza una gaseosa, está sentada con las piernas cruzadas sobre el gran tapiz de los ejercicios de suelo, ese cuadrado tan desgastado en algunos sitios que ya no se distingue la línea blanca que lo delimita. Menea la cabeza al ritmo de la melodía y se levanta, entonces, de pie frente al pianista, para hacerle reír, dibuja unos gestos exageradamente espasmódicos, como parodiando una película muda, avanza hacia Béla golpeando el suelo con los talones, los brazos colgando. Resulta bastante graciosa, sobre todo porque no suele permitirse esas cosas con ellos, hace el tonto para relajar el ambiente, pero ante todo, piensa Geza mientras la observa, es adorable. Insoportablemente encantadora. Dan ganas de pellizcarle la mejilla, darle una azotaina y volver a sacarla a la pista. Otra vez. A partir de ese día, escribe a partir de ella. Apenas la reformula. Hay poco por retocar: Nadia está ahí. Cuando los «remilgos» están en su sitio, él dibuja los pasos de baile, Béla siembra la coreografía de acrobacias vírgenes de nombre, inventa lo que sueña de ella al mismo tiempo que manda lo que ella ejecuta, y ella consigue hacer lo que no se atrevían a esperar que aceptara.

Nadia cae. De espaldas / de bruces / casi cabeza abajo, y él se precipita una mañana hacia ella, la angustia de la conmoción cerebral. La rapidez con la que ella se desprende de su abrazo y le tiende las manos para que la levante de nuevo. Le vendan los tobillos. Tiene inflamado el talón de Aquiles, que forma una excrecencia protegida con una espuma fijada con cinta adhesiva, el estigma de las muchas veces en que ha golpeado la barra inferior con el pie. Se le acumula líquido en las rodillas, una reacción a los choques repetidos, las rótulas se le cubren de callosidades. Hay que procurar que las ampollas abiertas en las palmas de las manos no se le infecten con el polvo del suelo y el magnesio. Su índice músculos/grasa es tan perfecto que, cuando corre para lanzarse hacia soles invertidos, parece que no toque el suelo con los pies. Dan se queja, Nadia va más rápido que la música en su primera diagonal. Síguela, le responden. Pégate a ella. Cuando se acercan los Juegos, no autorizan a nadie de fuera a entrar en el gimnasio; cierran las puertas con llave. Inventan nombres en código para las figuras inéditas, la súper E la bautizan «mortal Comaneci», nacimiento que oficializan con una fiesta improvisada una noche en casa de Béla y en la que el entrenador le regala a Nadia una nueva muñeca para su colección.

–No llamo demasiado tarde, ¿verdad, Nadia?

–No, no pasa nada. Lo siento, pero no he tenido tiempo de leer las últimas páginas.

–No se preocupe. Oiga, ayer vi un documental en el que el narrador decía, cito textualmente: En los Juegos de México de 1968, Věra Čáslavská era una mujer muy guapa, es verdad, pero uno no tenía nunca la impresión de que pudiera lastimarse cayendo al suelo. En cambio, añadió, en 1972 en Múnich, Olga le provocó escalofríos, porque era tan encantadora y tan joven, y por primera vez en un gimnasio uno tenía miedo. Por ella, por su vida. Escuchar a periodistas viejos excitarse a través del peligro me saca... O sea ¡¿ahora resulta que el colmo de los colmos son las chiquillas que rozan el accidente?! Eso tiene un aspecto... pornográfico. Y... ¿Hola? ¿Está ahí? ¿Le parece que exagero?

–No. Ya hablaremos de eso. Del riesgo. Cuando haya pasado mi infancia. Le deseo muy buenas noches.

LOS MÁNAGERS DEL ESTE (LA LLEGADA DE LOS LAZOS ROJOS)

¿Siempre piensan en esos términos, los mánagers? Que es bueno rodear de accesorios la historia que escriben, como el peinado de Věra Čáslavská. Su pelo de princesa del rock and roll, cardado y recogido en un moño alto y ahuecado, que sujeta con una diadema negra a juego con su lápiz de ojos, un peinado americano y nocturno. Irresistiblemente superior, Věra ejecuta figuras que sólo dominan los hombres. Un cuello de bebé inmaculado realza el negro de su maillot, sus pechos puntiagudos no se inmutan cuando ejecuta sus verticales puente hacia delante, prácticamente podría sostener una copa de champán en la mano mientras acumula, sonriente, el oro y la plata.

Věra es una hechicera con cuello de bebé. Věra es deliciosamente peligrosa. Su palabra surgió, fuerte e inteligible, durante la Primavera de Praga, se manifestó en contra de la invasión soviética y firmó el Manifiesto de las Dos Mil Palabras. Věra es un hada musculosa. En su escondrijo, un bosque de Moravia donde se resguarda, acosada por el nuevo poder, se ha entrenado, sola, sobre el tronco de un árbol caído, que le sirve de barra de equilibrio. Pero se acercan los Juegos Olímpicos y no pueden prescindir de ella, así que la invitan a salir de su bosque, todo queda perdonado...

Cuando la delegación checa entra en el estadio durante la ceremonia de inauguración de México, la muchedumbre conmocionada corea a su paso «Li-ber-tad Che-cos-lo-va-quia Vě-ra». Věra devora las pruebas, tiene un apetito enorme, una radiante hambre canina, sus acrobacias han sido concebidas y repetidas en la hierba, hace piruetas con el moño graciosamente deshecho, saluda a los jueces. El público está en pie, exaltado por haber asistido a la aplastante demostración de Čáslavská, los periodistas comentan la medalla de oro que debería corresponderle dentro de unos momentos. Y pasan inadvertidos los tres individuos en traje gris, sentados no lejos de la mesa de los jueces, que se dirigen hacia la soviética Larissa Petrik y la felicitan. Pero no se acercan a las checas, cuyo entrenador abraza a Věra y la consuela de ese juramento de fidelidad de última hora que los aparatchik checoslovacos han prestado a los soviéticos. Las dos gimnastas tendrán que compartir el título y la medalla.

Věra se vuelve a poner en pie. Profana la orden dada una vez más. Y sin duda son muy pocos entre los millones de telespectadores los que saben descifrar el mensaje implacable que Věra envía a las autoridades checas cuando, al sonar las primeras notas del himno soviético, baja ostensiblemente los ojos. La margarita que lleva en el pelo rubio se estremece ligeramente al ritmo de su respiración. Ante las cámaras del mundo entero, Věra da la espalda a la bandera roja que se iza poco a poco. Adiós, Věra.

En Occidente, la gente está muy pero que muy sorprendida de que no le hayan dado la medalla de oro, ¡esas deshonestidades olímpicas son imperdonables! Nunca

olvidarán la clase de Čáslavská, su valentía frente al opresor. ¿Excluir a la Unión Soviética? Se le propone al Comité, pero sería perjudicial para el deporte, ¡al fin y al cabo los soviéticos tienen una reserva de gimnastas impresionante! Se acercan los juegos de Múnich y se oye hablar de un nuevo fenómeno en el equipo soviético. Algunos dicen que la han visto en fotografía, una chica muy joven que, según dicen, se mantiene derecha sobre la barra superior, esa a la que las otras se limitan a agarrarse con las manos. Se cuenta que desde 1970, en secreto, los soviéticos la preparan para que ejecute lo que no se ha atrevido a hacer ninguna otra mujer del mundo: un mortal atrás sobre la barra de equilibrio. Olga K. es esa chica-única-en-el-mundo. Un hurón de hocico agudo y dientes torcidos, francamente gracioso, con el pelo lacio y sedoso, que su entrenador le recoge en unas coletas adornadas con cintas. Sus muslos de rana bebé forman un hueco cuando junta los bonitos pies, la piel dorada de la nuca es una seda que le protege las vértebras, unos huesecillos encantadores.

O. L. G. A. Que se funde en lágrimas frente a los objetivos y acumula errores absurdos en su ejercicio de barras asimétricas en Múnich. Acurrucada en su silla, acusando el golpe de su fracaso, se seca la nariz con un gesto de la mano mientras espera la puntuación, con el rostro arrugado, rodeada de chicas musculosas que no le dedican ni una mirada. ¡Una soviética que llora! ¡No todas son robots! La comunista demasiado emocional que lo ha arruinado todo lloriquea en directo y en color para mayor delicia de las revistas norteamericanas, que se enamoran de esa rusa tan poco guerrera. Sin embargo, al día siguiente, ya recuperada, aparece para dar lo prometido. Un destello de miedos. Su cuello delgaducho, que podría romperse cuando consigue ejecutar una figura que, ocho años más tarde, se prohibirá porque los jueces la consideran demasiado peligrosa. Nadie sabe ni siquiera si ha ganado, pero da igual, la gente la corteja, sumergidos en ese «frescor», esa brisa, qué maravilla, «¡parece que tenga siete años!».

Montreal, 1976. Olga tiene veintiún años. Por un milagro, la pequeña ha seguido siendo pequeña. Agotada por haber tenido que satisfacer los requerimientos del Estado soviético, que la pasea por galas y cenas desde los cuatro años, tiene la piel deslucida por la falta de sueño. Le atan unos lazos rojos al pelo estropajoso para ganar tiempo, para seguir escuchando esos gemidos de gozo del público, mmmmm. Unos lazos de satén rojo, rojos como las cortinas de una habitación cerrada en la que será ofrecida por última vez a las miradas, rojos como el accesorio que prolonga el deseo, el rojo que confirma al comprador el *frescor* de la imagen adquirida, el rojo satinado de ese sucedáneo de ligueros, eso es lo que hace falta, unos lazos rojos, para ganar aún unos instantes, puesto que la Otra, la nueva rumana, no tiene más que catorce años y es Adorable.

CIFRAS

—Mire qué curioso —me dice, muy animada—: saqué siete dieces y gané tres medallas de oro en Montreal. Multiplicado da veintiuno, el número de esas Olimpiadas, y si sumamos siete y tres, mi dorsal, obtenemos... ¡un 10, la puntuación perfecta!

—Otra cifra, Nadia: veinte mil. Veinte mil intentos/ensayos del mortal antes de ejecutarlo en las barras asimétricas en Montreal, el mortal Comaneci...

Se hace una pausa al otro lado del hilo. Me imagino que se encoge de hombros, de nuevo huraña.

—¡Por supuesto! ¿Y qué se imaginaba?

—Llegó a Montreal unos diez días antes del inicio de la competición para prepararse bien. La acompañaban en todo momento intérpretes que reformularían todo lo que dijera. ¿Cuál era su relación con las demás gimnastas, las de la Europa Occidental? ¿Qué pensaba de las diferencias evidentes entre ellas y usted, qué pensaba de su libertad?

—Mire, ellas eran... bastante malas. No me interesaban. Conocía bien a las rusas, sobre todo a Nellie, hacía tres años que coincidíamos en las competiciones. Por lo demás... ¿Cree usted que el régimen rumano era el único que vigilaba a sus deportistas en las competiciones internacionales? En el gimnasio cada país intenta saber qué hará el otro, es una partida de ajedrez. ¡No hay que revelar tus secretos al adversario! Nos decían que declararíamos a la prensa que nos entrenábamos tres horas al día, cuando en realidad eran seis, ¡así manteníamos una ventaja!

—Montreal «vendió» la imagen de una niña inocente que surgía de la nada, cuando hacía dos años que usted lo ganaba todo. Usted contribuyó a la fabricación de esa imagen. A través de usted, el poder promocionaba un sistema. El éxito total del régimen comunista, la apoteosis de la selección: la nueva Niña superdotada, bella, sensata y competitiva.

(Risa molesta.)

—¡Sí, claro, por supuesto! Los rumanos vendían el comunismo. En cambio, las atletas francesas o norteamericanas de hoy en día no representan a ningún sistema, ¿verdad?, ni a ninguna marca...

OFERTA ESPECIAL

Montreal, 1976

«Sobre la mesa: botes llenos de una pasta marrón, bandejas con un queso blanco granuloso y grandes tortas cubiertas de salsa de tomate, jamón y queso fundido.» Dorina anota escrupulosamente en su diario todos y cada uno de los detalles – asombrosos– de su estancia olímpica, ella que nunca ha visto la *peanut butter*, el *cottage cheese* ni las pizzas. Al ver los Corn Flakes que les sirven en el desayuno se parten de risa: «¿Cereales? ¡En este país comen como los animales!» «Además, se pasan el día masticando, ¿se ha fijado, profesor?», constatan, pasmadas ante la visión de las mandíbulas occidentales en perpetuo movimiento: chicles, sándwiches, caramelos, patatas chips.

Béla sabe que tiene que darse prisa, acelerar el asombro y la estupefacción. Limitar el impacto del espectáculo. Hacer que las niñas no se fijen en esos helicópteros que transportan a los atletas hasta el escenario de las competiciones por motivos de seguridad, ni en los constantes controles y registros en todas las puertas de entrada.

En todos los viajes a Occidente, Béla procura ir del gimnasio al hotel y del hotel al gimnasio, las pequeñas apenas tienen tiempo de recolectar los minibotes de mermelada y las muestras de champú y ya vuelven a estar a bordo del avión en dirección a Bucarest. Aquí, las barras de chocolate envueltas en plata y signos de exclamación «¡¡¡Placer garantizado!!!» forman una ineludible y tentacular glorieta mundial que no permite nunca la plena concentración; todo en esa villa olímpica atrae la atención de las chiquillas, que tienden una mano vacilante hacia los nuevos modelos de Nike expuestos en el vestíbulo, un mundo meloso que se insinúa en ellas. Ni Béla ni Márta pueden hacer gran cosa contra los seiscientos veintiocho patrocinadores que se dan codazos en los pasillos de la villa.

Unos payasos vestidos de amarillo ofrecen a los atletas latas en miniatura, colecciones de bolas ácidas de color naranja, marrón, verde, bandejas de plástico malva repletas de chicles, caramelos con los colores de los Juegos, cajas enormes llenas de camisetas, gorras, chapas con los colores de la Olimpiada, peluches de todos los tamaños, oh, ¿puedo quedarme uno para mi hermano, camarada profesor? Y ellas se van con tres ositos bajo el brazo, y también llaveros, pelotas, cintas brillantes, papel de carta. Contemplan perplejas las etiquetas que anuncian «¡¡¡Ofertas especiales!!!» en las tiendas de la zona. Tres por dos. ¡Un dólar de rebaja si se los lleva todos! «Aquí pagan a la gente para que compre», afirma Luminița. En confortables salones de luces tenues, los últimos éxitos musicales (¡Abba! ¡Elton John y Kiki Dee!) se superponen al sonido del televisor, permanentemente encendido. Las niñas se detienen, tiran del brazo de Márta, mire, mire, cuando suena la musiquilla que precede a los anuncios. Esas minipelículas son tan fa-bu-lo-sas, señora

profesora... Y tan divertidas... Las mesas bajas están cubiertas de revistas. Prueban los sofás, hojean *Elle*, *Life*, *OK!*, no reconocen ningún rostro, salvo «¡Alain Delon!», gritan, exultantes. Estallan de risa a cada cuac estridente –¡un pato!– de las puertas de seguridad, que se ven obligadas a cruzar varias veces al día.

Todo es tan moderno, repite Dorina, tan «*high-tech*», ha aprendido la palabra en una revista esa misma mañana. *High-tech*, la amabilidad permanente, la comodidad: durante el desayuno, apenas han bebido un zumo de fruta y una voz perfumada surge por encima de su hombro para ofrecerles otro. *High-tech*, esos centenares de azafatas dispuestas como plantas sanas y lustrosas, tan atentas que uno está seguro de haberlas conocido ya en otra parte, pues cómo se explicaría si no su afectuosa familiaridad, esos gestos de la mano que acompañan su «*bye-bye*». ¡Son tan guapas guapas guapas!, le repite Dorina a Nadia, ¡tan modernas! Huelen a menta y a laca, elásticas como deportistas que no sudaran.

Ante ese vertedero de posibilidades, Béla se ve impotente. Todas esas imágenes superfluas, ese ruido de fondo, son grasas amenazantes. Hay quien dice de Onești que, una vez has dado la vuelta a la ciudad, lo único que puedes hacer es volver a darla en sentido contrario. Sin embargo, se trata de un vacío que no es vacío, esa quietud de carretera despejada, ese espacio, el aire que deja sitio al gesto. El silencio entre los árboles, escaparates de frutas y verduras terrosas e irregulares, unas cuantas muñecas en la única tienda de juguetes y pequeños patios donde jugar hasta que se pone el sol, luego uno vuelve a casa y escucha música en la radio o lee un buen rato antes de acostarse. Esas barreras contienen un cielo al revés; son sus ofertas ilimitadas las que reducen el espacio, ese vals occidental del que uno sale mareado después de tantas vueltas.

–Esa abundancia ¿la impresionaba?

–Desde luego. Mire, la primera vez que mi madre viajó a Occidente fue a un suburbio de Nueva Jersey. Pues bien, se puso a llorar en los pasillos de un pequeño supermercado.

Intento comprender. Acaso lloraba Stefania de felicidad, de emoción por aquellas nuevas posibilidades de elección, por el hecho mismo de poder elegir, y Nadia me corta, casi brutal. Por la repugnancia ante aquella acumulación absurda, me corrige. De tristeza por sentirse invadida de deseo frente a tanta nada.

–En nuestro país no teníamos nada que desear. En el suyo, en cambio, uno está permanentemente obligado a desear.

Volvemos a charlar largamente por teléfono sobre lo que yo llamo los «tejemanejes» de Béla, esa manera a veces desesperada de sacar a escena a la que ya es campeona de Europa pero a quien los medios occidentales no prestan atención. Le envió mis páginas a Nadia, no me hace ningún comentario; al cabo de unas semanas, me escribe: «La palabra “tejemaneje” es demasiado negativa. El mito de la gimnasta que el mundo entero descubre porque es genial es totalmente falso. Los jueces tienen que haber oído hablar de una gimnasta para observarla y puntuarla correctamente. Y Béla lo sabía. Nadie nos conocía cuando llegamos a Montreal, sólo tenían ojos para las rusas. Béla no era un mero entrenador, más bien era un entrenador-agente-abogado... Escriba “plan”, por favor. No tejemaneje.»

LOS TEJEMANEJES O EL PLAN DE BÉLA

Ha gritado, ha dado puñetazos sobre la mesa, ha gimoteado, ha ofrecido paquetes de Kent y promesas de medallas a todos los responsables de la Federación y del Comité Central. Ha dado bofetadas a mocosas endebles, ha tirado a la basura pasteles encontrados bajo las camas de los dormitorios y ha dejado sin cena a las culpables, ha echado a siete médicos, ha olvidado el nombre –sin siquiera pretenderlo– de las que se han lesionado con demasiada gravedad para estar presentes, se las ha arreglado con un presupuesto de cincuenta y seis lei (tres francos franceses) por día y niña, comer os llevará más rápido a la tumba, queridas. Les ha arrancado pequeños jirones de piel de las palmas de la mano para pegarlos en las ampollas abiertas de Nadia, ¡la piel repara la piel! Todo es en vano, nadie conoce Rumanía y, desde que han llegado a la villa olímpica, ningún periodista ha pedido entrevistarlas. Béla ha comprado todos los periódicos, no ha apagado el televisor hasta haber visto los telediarios, en inglés y en francés. Nada, salvo una breve nota en una revista especializada.

¿Por qué, si hace dos años que Nadia atosiga a las vigentes campeonas, por qué ningún reportaje, por qué tan pocas fotos, por qué Nadia sigue pareciendo un rumor? ¿Qué frustración que las rusas le impidan, como en una frontera invisible, ser visto por Occidente! Con su ardilla-payaso como telón de fondo...

El 17 de julio, el enorme foro está sólo medio lleno. El presentador anuncia el equipo de Rumanía entre los aplausos de un público distraído. En fila, las niñas se disponen a hacer su entrada, pero Béla agarra a Nadia del brazo. El presentador

insiste: «¡El equipo de Rumanía!» Con un gesto, Béla les indica que no se muevan mientras explica a la persona que viene a amonestarlas que una de las pequeñas ha ido al baño, *sorry*. El tono de la alocución cambia: «¿El equipo de Rumanía?» Nadia aventura un «Nos toca, camarada profesor», como si Béla se hubiera distraído. Él se inclina hacia ella y le susurra algo al oído, que ella susurra a su vez a Dorina, que se lo murmura a Mariana, y así sucesivamente hasta Luminița, que aplaude de alegría.

Cuando al fin aparecen, marchando al paso y equidistantes las unas de las otras, todo el mundo se vuelve hacia ellas. ¿Qué es eso? ¿Un número de entretenimiento? ¿Un error? ¿Qué hacen aquí unas niñas tan pequeñas? (A ojo de buen cubero deben de tener apenas doce años.) Y encima vestidas idénticas, como un auténtico ejército, mientras que, incluso desde lejos, en el equipo soviético se puede distinguir a Ludmila, de rosa, y a Nellie, de azul eléctrico. Cruzan el blanco mate de su maillot las bandas azul amarilla roja, desde justo encima de los muslos hasta debajo de las axilas. Y, como el blanco de una diana sobre el torso de las rumanas, el escudo: unas coníferas y una montaña bajo un sol de un amarillo ingenuo y rodeado de briznas de trigo, con una estrella roja en el centro que no consigue deformar ninguna insinuación de pecho.

Las gimnastas de los diferentes equipos se saludan educadamente y empiezan a calentar por turnos, evitando las figuras complejas para evitar una lesión de último minuto. Menos ellas. Seguras del plan de ataque de Béla, corren de un aparato a otro como una banda de salteadores que ejecutan sus programas completos sin vacilación, como si la competición hubiera empezado.

El presentador anuncia el fin del calentamiento y todas vuelven a los pasillos, ese espacio neutro donde las adversarias se rozan sin hablar jamás entre ellas, una ley tácita. Que las chiquillas rumanas empiezan a pisotear. Alegrementemente groseras, invaden ese espacio de descanso y espera, manchando las reglas olímpicas: como una bola de nervios eléctrica en el ambiente húmedo, Dorina emprende un doble mortal que aterriza casi a los pies de Ludmila, estupefacta; sin dedicar ni una mirada a la soviética, se recoloca con indolencia las gomas de las coletas mientras canturrea. A continuación es Nadia la que se acerca a Olga, ¡hop!, dos mortales atrás encadenados, golpea con el pie el brazo de la soviética, atemorizada. Las rusas se aprietan las unas contra las otras alrededor de sus entrenadores, atónitos, ¡cómo puede ser que Béla permita a sus gimnastas correr el riesgo de tropezar con las bolsas o los chándales esparcidos por el suelo! Están a punto de quejarse cuando Béla silba y da una palmada, y las pequeñas trotan tranquilamente hacia él.

Las televisiones norteamericanas repasan precipitadamente el emplazamiento con sus cámaras, disponiéndolas de tal modo que puedan obtener primeros planos de los rostros rusos, Ludmila, Olga y Nellie, visiblemente aturridas por el mensaje de las rumanas, esas explosiones guerreras, esas figuras cuyo nombre nadie en la sala conoce.

Hoy se cuenta que, en Montreal, Nadia ejecutó sus rutinas en un silencio total. En realidad resonaba la música del ejercicio de suelo de una soviética, mientras que otra corría hacia el potro animada por el público. Se cuenta que Béla hizo callar brutalmente a la mujer sentada a su lado que, mientras Nadia bailaba sobre la barra de equilibrio, imploraba a Dios que todo terminara. Veía cada detalle, cada salto, cada pirueta, todo, como una carrera de obstáculos dominados uno por uno, fijaba el tobillo izquierdo de la niña, vendado tras un esguince la semana anterior, ojalá, ojalá aguante. Dorina se acuerda del momento en que tuvo la certeza de que Nadia ya no podía caer más, como si ya no supiera hacerlo. Ave, Nadia, llena eres de gracia, balbucea el locutor de la prueba, que se retransmite en directo. Y de toda esa historia tendrá que responder eternamente, examinar las imágenes y las cifras como un enigma al que todavía no encuentra respuesta.

A la pregunta que le planteo: «¿Se da cuenta del impacto que produjo en 1976?», Nadia me responde, sonámbula de su superinfancia: «No, no lo sé, todavía me lo pregunto... ¿Qué hice?»

Le quitó la mugre al futuro y destrozó el bonito y estrecho camino que se reserva a las niñas, querría decirle a Nadia C., gracias a usted, las niñas del verano de 1976 soñaron con lanzarse al vacío con el abdomen contraído y la piel desnuda.

QUÉ BELLA AVENTURA, Ô GUÉ

Nadia emprende una gira de homenajes occidentales posolímpicos acompañada de Dorina, el maravilloso reparto de una reina y su segunda de a bordo, de perfil más corriente. Entran en el plató de televisión flanqueadas por una intérprete «monitora federal de Rumanía», una guardiana encargada de cuidar las palabras.

Se nota la tensión palpable de la «intérprete» –la entrevista es en directo– cuando la presentadora quiere saber si las niñas tienen ganas de volver a Rumanía tras un mes en Montreal. Y su alivio cuando las chiquillas se muestran entusiasmadas ante la idea de abandonar Occidente. La entrevista casi ha terminado, una lenta publicidad sobre los efectos benéficos de la infancia comunista.

La presentadora, muy sonriente, pregunta: «¿Qué harás cuando todo esto termine?» La niña está repantigada, con las piernas ligeramente separadas en una gran butaca de piel que se divierte haciendo girar a derecha e izquierda. «No pienso en eso», responde, haciendo oídos sordos. «Por supuesto, cielo, pero... Cuéntanos, cuando todo esto haya terminado, Nadia, ¿te casarás?» Apenas pronunciada la pregunta, Nadia estalla de risa y se hunde aún más en la butaca giratoria, el jersey de cuello alto amarillo de fibra sintética dibuja un pliegue en su abdomen cóncavo, y vuelve a llevarse la mano a la goma de su coleta izquierda.

Y ahora, un tema difícil de abordar, pero inevitable. La presentadora, que luce un moño grande, baja el tono y se inclina hacia la monitora, que, embutida en un traje de chaqueta azul, asiente con aire cómplice, sí, es verdad, inevitable.

«Cómo decirlo... Cielo, ya sabes que Olga ahora... se ha hecho mayor. ¿Qué harás... cuando empieces a perder?»

Durante un buen rato, la niña mira fijamente a las mujeres. Luego, esbozando una sonrisa irreverente, sale de su ensimismamiento: «No pienso en perder. Acabo de empezar.» Entonces, enternecidas, la dejan quedarse en su infancia y, para terminar, le piden que cante algo en rumano, alguna canción popular, quizá. La niña frunce la nariz, se vuelve hacia su comparsa, se inclinan la una sobre la otra, conciliábulo de susurros, entonces Nadia se yergue en su butaca y, como una declaración de independencia, como un atajo sin lazos rojos, ofrece las mejillas pálidas y desnudas a los proyectores y, sin apartar los ojos de la cámara, entona: «*Je suis un petit garçon de bonne figure, je suis un petit garçon, la belle aventure ô gué, la belle aventure.*»

*

Durante ese verano de 1976, las cifras continúan acumulándose alrededor de Nadia; cinco mil llamadas recibidas en la Federación Canadiense de Gimnasia en menos de tres meses, en los Estados Unidos, un sesenta por ciento más de llamadas al servicio de urgencias: las niñas que han querido «jugar a Nadia» se han roto la muñeca o el tobillo.

Parece que ya no tengan miedo de nada, como auténticos niños que no han podido serlo, se inquietan los padres de las niñas occidentales, que se cuelgan de las ramas más altas de los árboles y cenan en maillot, sudorosas y despeinadas. Es una fase. Seguro que se les pasa.

INSTANTÁNEAS

26-27 de julio de 1976

– La portada de un diario norteamericano reza «BYE-BYE, NADIA!», ella frente a un micrófono –que le tiende un hombre de quien sólo vemos la mano–, estrechando una muñeca de pelo castaño a la que le cuelga la cabeza.

– En el aeropuerto de Montreal, centenares de personas la reconocen y quieren tocarle las coletas, termina arrinconada contra el mostrador de Air Canada. Consiguen ponerla a resguardo dentro de una oficina, la azafata se agacha, le acaricia la mejilla –*so cute*– y le ofrece un vaso de agua mientras un piloto habla con los periodistas; se acuerda, ya lo cree que sí, hace uno o dos años, mientras hacía la ruta Bucarest-Londres, Nadia viajaba con el equipo, la habían autorizado a entrar en la cabina. Le había hecho un montón de preguntas sobre el vuelo. Y de pronto, el otro día, la ve en televisión y ¡el jurado le concede un diez! «Me sentí tan orgulloso... Mi pequeña...»

– En el aeropuerto de Bucarest la esperan siete mil personas que se precipitan corriendo por la pista de aterrizaje, el avión se ve obligado a parar lejos de su lugar reglamentario. Nada que ver con esas llegadas de jefes de Estado extranjeros a las que les obligan a asistir, todos apostados a lo largo de las avenidas, enarbolando una bandera y una sonrisa artificial. Aquí los funcionarios del Partido, en uniforme militar, tienen que contener a una ciudad entera que agita las manos, lanza flores, muestra pancartas multicolores, en las farolas cuelgan hombres que se han encaramado hasta arriba con su cámara de fotos.

Vestida con el traje de chaqueta de color lavanda, el uniforme oficial del equipo, con la falda hasta las rodillas, pone un pie en la escalera, con unos claveles rojos que le ha ofrecido la azafata en la mano, de pronto se detiene y vuelve al avión, no puedo, profesor, quiero quedarme aquí, se aferra a su manga, él se enfada, ha prometido fotografías al Comité Central, el general Mladescu se ha desplazado adrede por esa chiquilla que parece haber visto un monstruo bajo la cama en plena noche. A través de la puerta abierta llegan los alegres «¡NA-DIA, NA-DIA!» de la gente que patatea. Dorina le arregla la cola de caballo sin decir palabra, la empuja suavemente hacia la salida. Béla trata de avanzar, pero el gentío es demasiado denso, surge un micrófono y baila torpemente frente a la boca de Nadia, que recita: «Traigo tres medallas de oro que dedico al Partido, a la patria y al pueblo rumano.» Pero no se la oye bien, puesto que una coral de niños ha entonado «¡BRA-VO, NA-DIAAAAA!», un periodista la agarra brutalmente del brazo, algo más, exige, algo más, Béla lo aparta, Nadia se frota el brazo, Béla le acaricia la frente, empapada, le coge la manita húmeda, le susurra al oído: «Vuelve a empezar, cielo. Vamos, cielo.»

Al día siguiente, *Scînteia* reproduce un telegrama enviado desde Montreal a

Nicolae y Elena Ceaușescu agradeciéndoles que hayan permitido esa gran victoria y firmado, por orden jerárquico, Nadia Dorina Mariana Anca Gabriela Luminița Iuliana.

– Más de sesenta mil cartas procedentes de todo el planeta llegan a Onești, algunas con esta simple inscripción en el sobre:

Srta. Nadia Comaneci
Gimnasta
Rumanía

– El servicio de correos rumano imprime doscientas mil postales con su imagen, la hacen posar con la postura que cierra su ejercicio de suelo. En maillot blanco, por supuesto, y con el pie derecho en punta. Y una sonrisa, esa sonrisa que ahora tiene que demostrar que existe para acallar las críticas.

– No tienen más que un deseo, una aspiración: ver a la niña. Husein de Jordania, Jimmy Carter, Giscard d’Estaing, todos, durante su visita oficial a Bucarest, sueñan con ver a la pequeña durante su entrenamiento. ¿Y qué debe hacer ella para contentarlos? El ejercicio de Montreal, sobre todo la postura final, ¿vale?

Ellos están sentados ahí arriba, en las alturas del bonito gimnasio, ella ríe mientras se recupera a duras penas tras una diagonal de acrobacias. Por la noche se queda hasta tarde sentada con ellos a la mesa en ese restaurante tan elegante reservado a la gente influyente, diplomáticos y miembros de la Securitate, no hay ni un solo niño en el Capsa, los camareros, con una servilleta almidonada en el antebrazo, se inclinan ceremoniosamente hacia ella, hay tantas cosas para comer, carnes, salsas, hasta tiene derecho a un sorbo de vino.

Posa entre dos generales. Posa en su casa, en el cuarto de estar, sentada en el viejo sofá verde azulado cubierto con una tela amarillo dorado, su padre en traje (para la ocasión) la contempla, vuelto hacia ella, que, con un álbum sobre las rodillas, finge clasificar sellos. El fotógrafo ha pedido que se ponga unos calcetines amarillos para completar la chaqueta roja y el pantalón de chándal azul.

En uniforme escolar, con una diadema blanca en el pelo, la camisa azul celeste abotonada hasta el cuello bajo un vestido sin mangas azul marino, posa con el semblante grave, rodeada de sus compañeros de clase, una masa confusa de manos extasiadamente tendidas hacia las medallas que le cuelgan del cuello.

Posa con Béla en el parque del gimnasio, con las coletas decoradas con unos lazos-orquídea. Parece que hablen de trabajo, ella es la colaboradora en miniatura de la arquitectura mundial que han erigido.

Posa en su cuarto, rodeada de sus muñecas «de los cinco continentes»,

cuidadosamente dispuestas por su madre sobre la cama.

Posa con la blusa tradicional rumana.

Posa en la playa, con un bikini amarillo limón y una pelota roja entre las manos. ¡Las bien merecidas vacaciones de Nadia! Posa rodeada de niños en traje de baño a quienes firma autógrafos.

Con las niñas del equipo, sobre la arena, en chándal (durante la semana de vacaciones ofrecida por el Partido, se entrenan de siete a nueve de la mañana, luego practican juegos de equilibrio en la playa, entonces viene el almuerzo, la siesta obligatoria, al despertarse una hora de natación seguida de una carrera a la orilla del agua para reforzar los tobillos antes de un entrenamiento «suave», que precede a la cena).

Posa en la nieve, y las niñas del equipo, en fila india tras ella, llevan puestos los esquís, pero después de la foto Nadia tiene que sacárselos, pues Béla no le permite arriesgarse a sufrir una caída.

Posa rodeada de adultos en uniforme militar (el general panzudo tiende mucho la mano para la foto, Nadia lo oye respirar fuerte, tiene la mano grande y fofa).

Sobre un estrado, delante de un enorme retrato de ella misma pintado sobre la fachada de un edificio, una niña de rasgos duros y arrogantes.

El álbum de fotografías que le dedican finaliza con una imagen de la ceremonia en el Palacio de Congresos, durante la cual es investida Heroína del Trabajo Socialista, la más joven que ha habido jamás, puesto que se trata de un título que, por regla general, recompensa a las madres de familia numerosa. Ella es la nueva Niña del Progreso, más moderna aún que la industria petrolera rumana, en plena expansión.

De perfil, sonrío a Ceaușescu. Vestida, como siempre, con el vestido azul celeste del equipo, se acerca al micrófono y, con voz aguda, recita: «Estoy muy emocionada. ¡De la mano del hombre más querido de Rumanía! Nunca olvidaré este día de agosto. Ni su confianza en mis fuerzas, ni la de la tan apreciada Camarada Elena. Todas las niñas del equipo hemos sentido el calor de su amor paternal y se lo agradecemos con toda nuestra alma, querido Conducator.» Él pone fin a los aplausos con un gesto de la mano: «¡He aquí una niña nacida en un país socialista y recompensada por las más altas distinciones deportivas mundiales!» Cada frase del Conducator va acompañada de «nutridos» aplausos, como precisa el comunicado oficial.

Posa con Béla, que se agacha para ponerse a su altura frente al objetivo. Él, por su lado, recibe la Orden de la Clase Obrera 1, una medalla que se concede a los hombres y mujeres que enseñan la excelencia a los jóvenes. Cada mañana, en el entrenamiento, saluda a la que ha recibido un título más prestigioso que el suyo con estas palabras: «¡Caramba! ¡Aquí tenemos a nuestra vaca sagrada y condecorada!»

FROM RUMANIA WITH LOVE, NADIA

1977

–Debió de ser todo un acontecimiento, la llegada del equipo de CBS Entertainment a Onești...

–¡Ya lo creo! La gente se agolpó alrededor del camión y de Flip, en Onești nadie había visto nunca a un negro.

–¿Y cómo se lo tomó él, Flip Wilson?

(Se ríe.)

–Bebía tsuica con todo el mundo desde buena mañana, ¡teníamos que esperar a que estuviera sobrio para grabar!

–Él fue quien presentó a Béla al público norteamericano y quien hizo de él un personaje del cuento que los medios construyeron sobre usted.

–A los americanos Béla les encandiló desde el primer momento. Lo hacía todo para gustarles.

–¿Por ejemplo?

–Bueno, esas fórmulas, ya sabe, se las había aprendido todas de memoria antes de grabar, «Winning is everything», o «Show me a good loser and I'll show you a loser». Ese tipo de cosas.

–¿No le recuerdan a nada los increíbles créditos del principio?

–No... ¿A alguna película?

–El hombre de los seis millones de dólares, ¡con usted en el papel de Steve Austin!

«La razón de mi viaje es una niña. Me enamoré de ella a la vez que ustedes, a la vez que millones de telespectadores.» Con estas palabras de Flip Wilson, presentador y humorista superestrella, empieza el programa de entretenimiento norteamericano que se emite a una hora de gran audiencia y se titula *From Rumania with Love, Nadia*. La enérgica banda sonora subraya el montaje rápido de los créditos, una sucesión de caras sonrientes; primero, los papeles secundarios: Dorina, Luminița, Mariana, Márta, dispuestas en una *split screen* multicolor, luego Béla, que tiene derecho a un plano fijo de unos segundos, y por fin, redoble de tambores y metales triunfales, un zoom sobre el rostro risueño de Nadia.

Secuencia inicial: Flip Wilson sigue a Nadia jadeando, patoso, hace señales desesperadas a la cámara, ella corre muy por delante de él, los dos llevan puesto el chándal del equipo rumano. Fundido en negro seguido de los dos en el gimnasio, Flip está de pie sobre la barra de equilibrio, ella le tiende la mano, él gimotea: «¡Mamá, tengo miedo!» Luego, Flip Wilson rodeado de niños de piel dorada y vestidos con gruesas camisas blancas bordadas de flores rojas, azules y verdes; aplauden

obedientemente al presentador antes de cogerse de las manos y formar un corro tradicional, acompañados por unos viejos músicos surcados de arrugas que se han hecho venir adrede de Bucarest, unos profesionales, a los músicos jóvenes de Onești sólo les interesan los Stones y no saben tocar ni una sola melodía tradicional, que es lo que quieren oír los norteamericanos.

Flip Wilson, a contraluz de un sol rojizo, muestra un racimo de uvas doradas a la cámara: «Estas uvas», se mete una en la boca, cierra los ojos y mmmm, «son inolvidables, amigos míos, y este pan», una mujer con el pelo cubierto con un pañuelo floreado le alcanza una gruesa rebanada de pan, «este pan, ¡guaaaaau!, me ha hecho olvidar lo que nosotros llamamos pan, ¡puaj!», y se lanza por encima del hombro un pan de miga paliducho envuelto en plástico. El plano final se amplía para incluir a los niños agrupados en medio del prado que cantan, en coro, una melodía nostálgica, Flip abraza a Nadia mientras su voz en off promete en un tono vibrante: «¡Estaré en Moscú, en la tribuna, y desde ahí enviaré besos a mi Nadia!»

Más aún que a Nadia, el programa promueve a Rumanía. Una Rumanía feliz. Y esta vez no se trata de una simple coma, sino de una palabra que se escamotea: comunista. Una palabra que no se pronuncia, pero que en el fondo se elogia a lo largo y ancho de esa pasmosa promoción norteamericana de un comunismo ingenuo y primaveral, protagonizado por pioneros rebosantes de salud. Una coproducción muda entre Rumanía y los Estados Unidos, puesto que el programa no incluye ninguna entrevista a Nadia, y cuando hablan ella y Béla no se traducen sus conversaciones.

Entonces, hechizadas por el maillot blanco de la frágil comunista, las niñas de Occidente pisotean las guerras frías. Hambrientas de pruebas y veredictos despiadados, de levantarse al alba, de aire no acondicionado, de himnos y de sobriedad, devoradas por el deseo de participar, de darse completamente, ejércitos de pequeñas Simone Weil responden a la llamada y viajan a Rumanía para aprender gimnasia, recelosas del mundo dulzón que les espera a la vuelta.

CAMARADA

Así es el hombre. Así es el dirigente político. Así es Ceaușescu, el presidente que no acepta otros honores que el de conducir a su pueblo, como Moisés, hasta la tierra prometida de la prosperidad y la independencia.

1971, M. P. HAMELET,
periodista de *Le Figaro*

Cómo nombrarlo. Es cifras magistrales, gráficos exponenciales, producción en continuo aumento de trigo y verduras, progresos espectaculares del país. Es el vigor, el director, el conductor, el faro. No toma partido entre China y la Unión Soviética, participa en la preparación de los acuerdos de Helsinki, se dirige a la Alemania Occidental tanto como a la República Democrática Alemana, recibe a Arafat sin romper con Israel tras la guerra de los Seis Días. El 15 de agosto de 1968 viaja a Praga para ofrecer su apoyo a Dubček y, a la vuelta, declara ante una multitud enorme en Bucarest: «¡Rumanía condena la invasión de los tanques rusos en Checoslovaquia!» Rumanía. Condena. Estas dos palabras, que nunca se han yuxtapuesto, son aplaudidas hasta en los Estados Unidos. En Francia, el general De Gaulle se congratula de los «vientos saludables que soplan en el Este» y lo condecora con la Gran Cruz de la Legión de Honor. Nixon, encantado con la acogida que recibe en Bucarest, enfatiza las evidentes similitudes que hay entre los Estados Unidos y Rumanía.

Hay el bloque del Este y el bloque del Oeste. Él se cuela, consigue pasar del uno al otro.

¿Cómo llamarlo? Camarada parece demasiado coloquial para el hombre que, apenas nombrado presidente, encarga a un arquitecto un cetro de rey para la ceremonia. Secretario general del Partido Comunista, presidente del Consejo de Estado, presidente de la República y guía supremo a la vez. Es un ingeniero del futuro, construye el relato en el que vivirán las personas. Te tiende la mano: ven, participa en la historia, ven a formar parte de lo que yo voy imaginando. El Camarada habla sin pararse a respirar. Declama, proclama. El Camarada asume todos los papeles y el público aplaude. ¡Es un resistente ante los soviéticos! ¡Es el orgullo nacional recuperado! ¡El interlocutor de los jefes de Estado occidentales! ¡Su socio moderno, un Kennedy del Este que, aun así, no olvida las tradiciones, un rey de la Edad Media rodeado por sus caballeros, ataviados con atuendos medievales con ocasión de la fiesta nacional! Es célebre, los poetas lo festejan, los escritores lo ensalzan, a él, el «primer pensador de la Tierra», el que «ha vuelto a dar vida a la vida», la «Estrella Polar pensante, el Danubio del pensamiento». Y todos participan en la edificación de la empresa Rumanía, hay un papel reservado para cada uno, un mensaje que llevar a los estadios, ¡viva nuestro amado Conducator!

El país es un tejido informe al que hay que devolver la prestancia urgentemente, un tejido áspero, una sagrada tela de campesino. Un tejido que termina adaptándose a la forma que se le da, pero este país se deforma muy rápido, hay que remendarlo sin cesar... El ritmo se acelera, hay que asegurarse de que la historia queda tal como el Camarada la ha creado, sin errores: brigadas de revisores y correctores releen los artículos publicados en el periódico nacional *Scînteia* y se aseguran de que su nombre, citado más de treinta veces por página, esté bien escrito: CEAUȘESCU.

Hacen falta sólo palabras, pero también imágenes: niños. Vestidos de blanco y tendiéndole la mano a él, radiantes. Y también a ella, a la Camarada Elena, ella, ese triunfo de la voluntad y del progreso, una mujer de físico y origen modestos convertida en «la mayor científica de renombre internacional», cubierta de diplomas gracias a su tesis sobre los polímeros, resguardada en el secreto de una universidad cerrada a los estudiantes y vigilada por policías. Elena, «honorable ingeniera, doctora, directora del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología», la Nueva Mujer, madre y a la vez ministra de Ciencia, de Educación, de Justicia y de Sanidad, ella, a cuyo alrededor revolotean las palomas que se sueltan antes de rodar los innumerables reportajes que se le dedican. Y la sana Nadia es su triunfo, el Nuevo Niño al que aplauden, ya que ahora ella es el espectáculo.

—Se ha documentado usted —dice tras un largo silencio—. No digo que lo que escribe no haya existido, sólo que es un análisis a posteriori. Yo lo viví. Y era muy distinto de como usted lo describe. Seguro que le sorprende, sé cuáles son las certezas de sus supuestas democracias liberales sobre este asunto, pero en los años setenta también había una especie de... de alegría, lo que no cambia nada de todo lo demás, por supuesto. Odio esas películas y novelas que hablan de la Europa del Este, con todos esos clichés. Las calles grises. La gente gris. El frío. Cuando les cuento a occidentales que en Bucarest, en verano, te ahogas de calor, me miran como si estuviera loca ¡incluso hoy! Intentemos no convertir mi vida o aquellos años en una película mala y simplista. Que tenga buenas noches.

Cuelga tan deprisa que no tengo tiempo de contarle mi encuentro con Mihaela G., una socióloga que me explica por qué la gimnasia se convirtió tan rápidamente en un deporte prioritario para el poder: las gimnastas comían poco, eran muy rentables; demasiado jóvenes para emitir opiniones sobre lo que sucedía en el país, no pedirían asilo político aprovechando alguna competición en Occidente.

En cuanto a la niña de Onești, hace brillar Rumanía con la punta de sus zapatillas, hace resplandecer el comunismo, convertido en la imagen en formato de tarjeta postal de un maillot blanco con la estrella roja, la pureza de su ardor en el trabajo, venerada por un Occidente deseoso de un ángel laico.

Los rusos fascinaron al mundo entero con el Sputnik y, al igual que los Estados Unidos, mantendrán su superioridad militar. Rumanía, por su lado, hace de las

chiquillas, que Béla llama sus «niñas misil», el espectáculo mundial más agradablemente fascinante, con el arma suprema: la bomba Nadia C., que ejecuta lo que los especialistas norteamericanos describen como «demencia pura, una imposibilidad biomecánica». Hasta que el jefe de ceremonias se muestra irritado por la minúscula sombra que a él le parece demasiado grande. Entonces, me cuenta Mihaela, en 1981, Ceaușescu ordena que se celebren concursos de canto, baile y gimnasia en todo el país para ahogar la imagen de la heroica chiquilla que él mismo ha coronado.

COMO UN PERRO

En los primeros días de la primavera de 1977, la preparan con detenimiento. Su madre le ha planchado el vestido de color lavanda, que no se ha puesto desde el verano, ha habido que desplazar el botón de la cintura, le apretaba demasiado, la peinan, dudan entre una cola de caballo y coletas, aunque no va a ninguna competición.

Justo antes de salir de casa, Márta, que la acompañará a Bucarest, la examina y propone a Stefania sonrosarle las mejillas, la chiquilla tiene cara de perro. Su madre lo rechaza, «No, así está bien», y se interrumpe, como pillada en falta. ¿Y si Márta y Béla, cercanos a ya sabemos quién, contaran en las altas esferas que en realidad ha dicho: «Todo esto es más que suficiente»? Deducirían que ella y su marido son hostiles al régimen, que muestran escepticismo ante las celebraciones nacionales que rodean a su hija, un símbolo nacional. A lo mejor incluso preparan su huida al extranjero, no hay que perderlos de vista, cuento con usted, Márta. Los padres de una heroína como nuestra Nadia tienen que ser irreprochables, si éstos no sirven, los cambiamos y punto.

*

Nadia ya conoce al Camarada: durante la ceremonia en la que le rindieron honores, se levantó lentamente de su asiento (un trono) para ir a estrecharle la mano.

«Esta vez es especial», la previenen. «Debes de sentirte muy orgullosa, va a recibirte personalmente, ¡como a un ministro!»

¿Y todos los ministros tienen que lavarse las manos?, pregunta a la mujer que, a su llegada, la conduce a un cuarto de baño con las paredes tan lisas y blancas que parecen un reproche a todo lo que no es liso y blanco. Vacila un momento antes de poner la mano sobre el grifo, un cuello de cisne, ¿hay que cogerlo por el pico o agarrarle el cuello para cerrar el agua caliente? Una vez en su despacho, todo sale mal. La Científica Más Reputada del Mundo está presente y desaira a Nadia apenas ésta llega y se sienta: «Levántate, ¿es que ya estás cansada?», acaso se ha equivocado de asiento, cómo puede saberlo, jamás ha entrado en un sitio con tantas posibilidades, todas esas sillas bordadas, tapizadas, algunas con terciopelo granate, otras de color verde agua, todos esos sofás y esas alfombras más mullidas que las del gimnasio.

Él está de espaldas. El sol, que raya suavemente la oscuridad de la sala, hace brillar su pelo negro y gris untado de brillantina, nadie dice nada y ella tiene sed. El Camarada se mantiene muy erguido y su traje gris oscuro parece obedecer a sus gestos. Como un pope, aunque los popes huelen a madera vieja y a húmedo. Él es más bien como un padre, no un papá, sino un padre, más que una familia.

Luego le preguntan mil veces cómo ha ido y ella inventa un poco, porque no va a contar el episodio de la silla, ni que la Científica Más Reputada del Mundo se ha

dirigido al Conducator refiriéndose a ella como si no estuviera presente: «Ha engordado un montón ¿no?», y que luego la ha hostigado, «Venga, vamos», para que se fuera sin perder un minuto.

INTERLUDIO AMERICANO: EL PROCESO

Septiembre de 1977

Ese programa de televisión para el que la envían adrede a Nueva York no es un proceso, o cuando menos no un proceso de verdad. Ese programa que han visto tantas personas, toda esa gente en sus salas de estar suspirando –vaya con el hada, sí que ha engordado–, y es tan irritante, tan humillante, como si le arrancaran el pantalón y la obligaran a confesar en voz alta: «Sí, tengo la regla.» Porque de eso se trata, ¿verdad?, hablan de ella con una voz triste e incrédula, repiten: «Vaya, has... cambiado», que quiere decir ahora tienes la regla, y ella, una idiota mofletuda y gorda, no puede levantarse del asiento y largarse, al contrario, se hunde un poco más a cada pregunta del presentador.

Y sueña que grita, o grita de verdad, aunque no puede ser real, porque si gritara su madre acudiría, por supuesto, y ahí no aparece nadie cuando llora amargamente al finalizar el programa. Sentada en la butaca de la sala de maquillaje, donde le quitan un colorete demasiado oscuro, baja la mirada hacia sus muslos, que se extienden aún más que ayer, su madre no vendrá, está muy lejos, y, además, quién demonios podría contener esas carnes que cobran vida como flores bulímicas, arrogantes y brutales, arrogándose el derecho de reemplazarla poco a poco.

El proceso será televisado e instruido en tres minutos y treinta y nueve segundos, en el transcurso de un programa de entretenimiento de la televisión norteamericana. Se prescindirá de abogado. La acusada, Nadia C., acudirá acompañada de una mujer rumana que se presentará como su intérprete. A lo largo del proceso descubriremos que la «intérprete» no está del lado de la acusada, sino que es la extraña abogada de un todo que comprende: el entrenador Béla Károlyi, la Federación Rumana de Gimnasia y los muchos telespectadores que se sienten expoliados, engañados por el nuevo aspecto de la susodicha Nadia C. (todas esas cartas recibidas tras la difusión de los Campeonatos de Europa quejándose de no reconocer a su elfo de Montreal).

Se examinarán hechos incontestables, metro y balanza en mano, pruebas científicas. Se procurará mantener un tono educado para dirigirse a la niña, agazapada en su butaca y en su jersey rojo de cuello alto.

Presentador: «Hemos oído decir que, desde Montreal, has ganado unos kilos... ¿Has estado enferma?»

La intérprete, en rumano, a Nadia: «En comparación con Montreal, estás más gorda y trabajas mucho peor.» El ingeniero de sonido indica al presentador que la respuesta de la chiquilla, a pesar del micrófono de alta fidelidad, es inaudible, un semimurmullo avergonzado.

Presentador: «Sea como sea hay algo que no ha cambiado, Nadia, sigues

hablando muy bajito. ¿Sigues siendo igual de tímida?»

La intérprete, irritada: «Dice que hables más fuerte.»

Una sonrisa, un soplo, casi una excusa.

Presentador: «Nadia, algún día tendrás una hija. ¿Te gustaría que fuera una campeona como tú?»

Febril, corta a la intérprete, que se dispone a «traducir»: «No, no he pensado en eso, tengo tiempo tengo tiempo.»

LOS MÁNAGERS DE OCCIDENTE

En ese año 1977 reina en Occidente un triunvirato mediático de niñas. Jodie Foster hace de niña prostituta en *Taxi Driver*, donde recorre las calles de Nueva York con tacones altísimos y minifalda. «¿En serio tienes doce años y medio?», se pregunta inquieto el personaje interpretado por Robert de Niro. «Eh, Jodie, ¿tienes novio? ¿Cuándo te casas?», pregunta el periodista que entrevista a la actriz en su programa.

Brooke Shields encarna también a una niña prostituta en *La pequeña*, de Louis Malle, una virgen con vestido de encaje color crema que se subasta en un burdel a principios de siglo.

«Quiero que seas mi amante», le susurra a Keith Carradine con nostálgica música de fondo de Scott Joplin. «Mmmm, tienes una mirada un poco... ¡coqueta! ¿Sabes qué quiere decir coqueta?», le pregunta a Brooke Shields en tono burlón el presentador de un programa de entrevistas. La pequeña, avergonzada, murmura: «No, no lo sé exactamente.» Entonces, el presentador hojea una revista y la muestra a la cámara: «Mmmm, pues mejor, mejor... Dime, ¿crees que estás sexy en esta foto?»

A los diez años posa desnuda en una bañera, su cuerpo liso y frágil completamente embadurnado de aceite, el rostro muy maquillado. Brooke se frota la nariz en silencio, se vuelve hacia el fotógrafo, que se entusiasma junto a ella: «¡Qué vampiresa! Mira, esta foto es una niña desnuda que parece un niño que quiere parecer una mujer.» Trabaja para el grupo Playboy Press en una nueva publicación dedicada a las niñas: *Sugar and Spice*.

Nadia C. es la tercera de las niñas. A las chiquillas de Occidente, la niña comunista les ofrece el aprendizaje de la guerra. La mejor manera de atacar, de equilibrar su cuerpo tensado con todas sus fuerzas.

«Fui a competir a Nueva York en 1977, había esos anuncios enormes en Broadway, una chica muy joven, de mi edad, creo, que hacía publicidad de un perfume. Estaba fascinada. Yo no era de ese tipo de... no era una niña que soñara con ser una mujer. Tampoco era un chico. Yo estaba... en otro lado. Fuera de todo eso.»

Unos rizos castaños peinados con laca encuadran su mirada azul de largas pestañas oscurecidas por el lápiz de ojos, entreabre unos labios pintados y abraza un osito de peluche beige, la niña con traje blanco de la que Nadia se acuerda también tiene ocho años cuando se convierte en la imagen de los perfumes Love's Baby Soft. Al pie del anuncio, este eslogan: «Porque la inocencia es más sexy de lo que te imaginas.»

PRAGA 1977

CAMPEONATOS DE EUROPA

Se aglutinan contra la barrera de seguridad, ¿dónde está?, no ha venido, entonces uno de ellos exclama: ¡Nadia! Levanta el dedo, señalándola a los demás, y todos se agolpan alrededor del equipo rumano, gritan su nombre, ¿seguro que es ella?, ¡se ha cambiado el peinado! Levantan las máquinas fotográficas, disparan los flashes con el brazo extendido, a ciegas, como si Nadia hubiera tenido un accidente y quisieran captar hasta el último detalle de los destrozos, ávidos por encontrar el mejor ángulo del escudo comunista de su maillot arqueado por la considerable cinta elástica del sujetador que le comprime los pechos.

Béla, el que todo lo ha calculado, el que ha inventado la superinfancia de las niñas mecánicas, LO SÉ, respondía a los periodistas occidentales que querían saber cómo las localizaba, tan jóvenes ellas, he aquí que se siente cansado, casi derrotado. «¿Y qué te creías, que no crecería nunca?», ironiza Geza, y Béla le responde con la seguridad de un científico: «No, por supuesto, sé que todo esto es perfectamente normal. Pero... nos hemos desacostumbrado a estos... cuerpos de mujer.»

El mundo entero está en vías de desacostumbrarse. Y son ellos, Béla y Nadia, esos geómetras del aire, quienes han acabado con las gracias aproximadas de las precedentes. Han dado a luz a un bebé voraz. Las federaciones de todos los países han modificado los criterios de puntuación, desde el mortal Comaneci lo que gusta es lo muy peligroso, los accidentes evitados por los pelos, hay que alinear lo inconcebible.

¿De dónde salen ésas, concebidas en apenas un año? Más jóvenes, más delgadas y más bajitas, unos bólidos sin retrovisor que prácticamente no han oído hablar de Ludmila ni de su gracia obsoleta. Maria Filatova tiene quince años, mide un metro treinta y tres de altura y pesa treinta kilos, unos lazos enormes le ciñen las coletas como para hacer olvidar sus cuádriceps superpotentes. Sobre la barra de equilibrio, su barbilla arrogante parece dirigida por la punta de un cable de acero que alguien manejara desde el interior de su ser en miniatura. La número 8, Elena Mukhina, otra soviética, no es más que una sustituta, pero se pone de pie sobre la barra superior antes de lanzarse a un mortal entre las barras totalmente inédito. De ésas, nutridas de Nadia, hay que encontrar y fabricar muchas, pues ahí donde antes se recuperaba un movimiento aproximado con una sacudida del hombro ahora ya no es posible hacerlo debido a la velocidad necesaria para la ejecución. O sale bien o se rompe, punto.

En un correo electrónico le recuerdo a Nadia la puntuación de los artículos que hablaban de su retorno un año después de Montreal, esos signos de exclamación que compiten con los puntos suspensivos: «¡¡¡¡50 kg!!!!» «Hoy, Nadia es una mujer de verdad.....» Ella lo confirma: «Lo que está claro es que no debería llamarse

gimnasia femenina, los espectadores no van a ver a mujeres... Mire, los maillots de competición siempre son de manga larga para esconder los brazos de las chicas. Nuestros bíceps, las venas. Sobre todo porque tampoco es cuestión de que tengan aspecto masculino.»

BAJO PROTECCIÓN

En una primera redacción, cuento el incidente ocurrido durante los Campeonatos de Europa de Praga en un tono burlesco. Ese presidente que da la orden de interrumpir una competición internacional porque le parece que su equipo ha sido puntuado injustamente hace de Ceaușescu un personaje todavía más ubuesco que el propio Ubú. Nadia lo ha leído, parece que le ha divertido. Pero justo cuando vamos a colgar, añade: «Ese día... es sólo un detalle, pero el tipo de la Securitate me llevó bajo el brazo como si fuera una... una maleta. Sin pronunciar palabra.»

Así pues, el capítulo que reescribo ya no es la historia de un dictador, sino la de ese cuerpo-maleta que jueces, presidente y adiestradores varios se disputan y se arrancan de las manos con el pretexto de protegerlo. Un nuevo episodio de esa película muda, la de la pasión voraz de todos ellos por una niña a quien nunca nadie pide su opinión. Lo que la chiquilla ofrece desde hace años supera las palabras, quizá. Es intraducible, sin duda.

Ese apacible domingo de otoño, con sus invitados amodorrados tras un excelente almuerzo, el Camarada está sentado frente al televisor, como miles de rumanos, para presenciar los campeonatos, que se retransmiten en directo. Béla Károlyi aparece en pantalla, nadie en la sala hace ningún comentario sobre el húngaro de nacionalidad «cohabitante» (desde hace poco, se recomienda evitar el término «minorías», que indigna al Camarada: «Aquí todos somos rumanos, descendientes de los dacios, ¡nada de divisiones en nuestro país!»). Además, Béla consigue medallas y muchas divisas extranjeras, los norteamericanos, los japoneses y los franceses no se cansan nunca de las exhibiciones.

Nadia acaba de batir a la soviética de ojos achinados, Nellie Kim, «¡ni siquiera tiene nombre eslavo, esa amarilla!». Se recoloca el maillot en las nalgas y se dirige hacia el podio para recibir la medalla de oro. Un momento. ¿Qué ocurre? La cámara hace un zoom de las soviéticas, que llevan en volandas a Nellie Kim, y ésta lanza besos hacia las gradas. «No se entiende nada de lo que... Las soviéticas han... ¿han ganado la prueba? Pero cómo, no puede... ¡¿Han ganado?!», farfulla el comentarista rumano. El Camarada se levanta con dificultad del sofá mascullando, vituperando, con la voz tomada por la emoción: «¡¡Rumanía condena esta... agresión!! ¡Los jueces están a sueldo de los rusos y de su bastarda!» Está de pie, con ganas de vomitar, todos se vuelven hacia él, esperan que restablezca el orden de las cosas, como niños, todos esperando que felicite, reprenda y muestre el camino.

Llegan silbidos a través del televisor, el público se ha puesto en pie, indignado también, la cámara va de las soviéticas a Nadia, de perfil, los brazos en jarra, las soviéticas parecen minúsculas a su lado.

Tiene que tomar una decisión digna de ese momento histórico, de ese tartamudeo de la historia, las rusas, Checoslovaquia.

–¡Que preparen el avión inmediatamente!

–¡¿El avión, Camarada?! ¿Se va usted... a Praga?

–No, imbécil. ¡Que las traigan de vuelta! ¡Interrumpid la competición!

Al momento llaman al embajador.

–Es domingo, mis consejeros no están –repite antes de caer en la cuenta de que lo que se le pide es que se presente en la sede de la competición en persona. Su misión: poner fin a esa humillación, esa auténtica declaración de guerra.

*

Béla ya puede presumir de no asombrarse de nada que venga de los soviéticos, que vuelvan al coño de su madre, esta vez se han pasado de la raya. Su vaquita, todavía un poco demasiado gorda –a fuerza de ejercicios logrará volver a darle forma humana–, acaba de machacar a Nellie en el potro, pero la voz que escupen los altavoces pregona que ha habido un error de cálculo: la medalla de oro será para Nellie, ¡y la plata para Nadia! Béla arenga al público: «¿¿Lo habéis visto?? ¿Habéis visto cómo los números bailan al son de las artimañas rusas? ¿¿Acaso las puntuaciones cambian solas en el panel!?» Impasible, Nadia se dirige ya hacia la siguiente prueba. ¡Y consigue un diez en las barras asimétricas! Béla está exultante, esta chiquilla es un escorpión de cojones, las niñas del equipo rumano alzan el puño hacia su reina, con el rostro radiante de placer feroz. Todos la aclaman, «Na-dia, Na-dia», ella corre hacia Béla, que la abraza, su pequeño corazón brutal contra su torso, lo sabe, Nadia ya no piensa en la medalla de oro que acaban de robarle, sino en lo que le espera, como siempre. Una última prueba, una sola, y todavía puede llevarse el título. Le toca dentro de unos segundos, Na-dia, Na-dia, los jueces anuncian su nombre. Ella avanza hacia la barra de equilibrio, cierra los ojos, inspira profundamente en el silencio estrellado de flashes.

El embajador ha conseguido al fin convencer a los agentes de seguridad para que le dejen acercarse a Béla. Hechizado por los rostros apagados de las niñas, por sus ojos hundidos de cansancio, por la delgadez de sus muslos, por la violencia con que sus tobillos golpean las barras, el embajador apenas tiene tiempo de explicar la razón de su presencia («Camarada Károlyi, soy el embajador de Rumanía, el avión del Camarada les espera») cuando ese húngaro, ese animal, le dice que se vaya al infierno, que se vayan él, su avión y hasta el Camarada Supremo con Rumanía entera a bordo. El húngaro se acerca cuanto puede a la pista, jadeando, las manos juntas, y murmura en dirección a Nadia: «Eso es, cielo, eso es, suave, te levantas y bien suaaaave...», como si la guiara a través de la nada. ¡Un diez! La multitud se agita, enamorada, y Béla grita con la voz ronca a los esbirros del Camarada, que lo agarran, ¡diez, diez, diez!

Tiene derecho a tres minutos de descanso antes de la última prueba, Nadia se deja

caer en una silla, la espalda empapada de sudor, bebe unos sorbos de agua, Béla, más alejado, parece discutir acaloradamente con unos agentes. Las niñas del equipo se ponen el pantalón de chándal, y eso que en el gimnasio hace calor. Nadia estira a conciencia las piernas, los isquiotibiales temblorosos. Entonces aparece él. La agarra del brazo sin contemplaciones, ese desconocido en traje gris, lo tiene bien cerca, y ese aliento agrio, Nadia se estira, balbucea: «¡Profesor, profesor!» en dirección a Béla, rodeado de trajes grises, luego más fuerte, pro-fe-sor, se revuelve, Béla inclina su cuerpo hacia ella, se arquea, pero son demasiados, mi niña, estoy aquí, vamos a resolver esto, Nadia no lo oye entre el enorme jaleo de la muchedumbre, que silba, los fotógrafos amontonados tratan de conseguir una última imagen de las rumanas, ellas marchan sin volverse, escoltadas, al paso y en fila, hacia la salida.

Y ese domingo de otoño, los comentaristas de todos los países repiten, estupefactos: «Nunca habíamos visto nada igual. Jamás. Las rumanas abandonan la competición. Por desgracia, en su ausencia, la medalla de oro de Nadia se otorgará automáticamente a Nellie Kim.»

Las han hecho entrar en el autobús y luego las han apiñado en el avión privado. Se prepara una guerra, se estremece Dorina, algunas lloran en su asiento, otras juegan a las cartas. No hay ninguna azafata, sólo la intérprete habitual, muy agitada. Béla se sienta al lado de Nadia. Delante y detrás de ellos, los trajes grises. Béla posa su mano sobre la mano tibia de Nadia, la coge suavemente, le atraviesa la garganta una pena extraña, los pequeños dedos de la niña sujetan firmemente los suyos, tranquila, confiada. El piloto anuncia: tres mil. No, cinco mil. ¡Me dicen que hay diez mil personas esperándonos en el aeropuerto! El ministro de Deportes lo ha declarado en directo por la radio: nunca nos dejaremos humillar por los soviéticos. Nuestro Camarada ha hecho volver a nuestra niñita desconsolada. Para terminar con su calvario, para proteger a nuestro bebé nacional, ¡la heroica Nadia! El avión se detiene, corren hacia ella, frenéticos, indignados, agitados, ¿dónde está?, queremos ponerla a salvo, alejarla de lo que la angustia, resguardarla al calor, bajo protección.

DECRETO 770: MUERTAS O VIVAS

«Éramos el país de los niños», me explica Madalina L., una profesora de universidad rumana con quien me encuentro en París, antes de precisar que no se refiere a los pioneros comunistas de guantes blancos, esos minisoldados de entusiasmo obligatorio, sino a la espontaneidad con que la gente besaba a los chiquillos de cara bonita en el autobús.

«Te los ponías en el regazo sin conocerlos, les dabas todo tipo de regalos aunque no tuvieras nada. La gente ayudaba y animaba tanto a los chavales que algunos por fuerza se convertían en campeones de algo, como Radu Postă varu, ese director de orquesta de cinco años que hacía giras internacionales. No ser excepcional era un drama. Y no producir niños era un delito, supongo que ya lo sabe.

»El decreto 770 era... una guerra contra las mujeres. En 1966, Ceaușescu mandó prohibir el aborto, quería nuevas generaciones educadas en su ideología exclusiva. Funcionó durante unos años, y a esos bebés, que eran muchos, les llamamos los decreței. Hacia 1973 la curva comenzó a estancarse porque las mujeres se organizaban como podían, y eso que, a partir de 1975, se hizo casi imposible obtener un pasaporte para viajar al extranjero. Luego, a Ceaușescu se le metió entre ceja y ceja pagar todas las deudas exteriores del país, ya conoce la historia: el racionamiento; ya no podíamos alimentar a los niños, simplemente no podíamos. Imposible. Teníamos miedo... de que murieran de hambre, ¿comprende? Así que... algunas tenían suerte de conocer a búlgaras o polacas que estaban de vacaciones, ellas sabían qué hacer, nos ofrecían sus píldoras a escondidas; nos las tomábamos de cualquier manera, no entendíamos el prospecto... No puedo... cómo se lo cuento... perdone. Si te quedabas embarazada, era... Llegábamos incluso a... arrancarnos el feto... con la mano... Hubo un montón de muertas... desangradas en la cocina, yo...»

Madalina hace una larga pausa. Le propongo continuar otro día, «será lo mismo», murmura.

«Cómo se lo cuento», repite, «de qué manera... Hablo de “guerra” porque... Eran hombres, esos médicos a los que pagaban para vigilar el útero de las mujeres. Hombres, los gerentes a quienes recompensaban si un número importante de sus trabajadoras se quedaban embarazadas. Y milicianos en los hospitales, con órdenes de leer los expedientes de las mujeres para identificar a las que estuvieran embarazadas de unas semanas y así impedirles abortar.

»¿Sabe qué es lo que no les perdono a ustedes, los occidentales? En 1974, la ONU propuso a Rumanía presidir la conferencia mundial sobre población ¡con el pretexto de que nosotros habíamos sabido “resolver la crisis demográfica”! Y Nadia, entiéndame, aunque no fuera culpa suya, formaba parte de todo eso, de esa publicidad constante sobre el niño modélico. Y la ironía es que, cuando creció, tampoco ella se libró, sufrió «inspecciones», como todas, por parte de la «policía de

la menstruación», esos doctores que nos auscultaban cada mes en nuestro puesto de trabajo y nos presionaban para que tuviéramos hijos.

»En 1984 o 1985, no recuerdo dónde, una mujer murió tras un aborto. La Securitate obligó a la familia a organizar el funeral frente a la fábrica, se expuso el cadáver para dar ejemplo. Dar ejemplo... También exponían el cuerpo de las vivas, como Nadia, con todas esas postales con su imagen por todos lados, con sus triunfos; muertas o vivas, les éramos útiles.»

REESCRIBIR

El 4 de marzo de 1977, a las 21.22, la ciudad se tambalea. Los medios no graban ni una imagen de los escombros, nada o casi nada del Bucarest destripado, y no hacen ninguna entrevista a los supervivientes, que recuerdan una noche glacial en la que «el cielo estaba rojo como la sangre», esa noche en que el temblor de tierra transforma la capital en un moridero. El silencio circunscribe minuciosamente la catástrofe, ese silencio inmenso en cuyo seno los rumanos no tienen otra opción que adivinar la gravedad de lo que ha ocurrido, o imaginarla. Decenas de reportajes muestran a Ceaușescu en los hospitales, inclinado sobre heridos de aspecto agradecido. En realidad, en sus visitas se niega a estrechar la mano de los supervivientes y exige que se desinfecte todo su entorno.

La destrucción es el punto de partida para que el Conducator reescriba la ciudad, aprovechando las ruinas para destruir barrios enteros. La Rumanía de los campesinos le repugna como una inmundicia maloliente. Deben desaparecer no sólo los pueblos, sino también las trazas del campo en Bucarest. Que el país entero se convierta en una ciudad sin ángulo muerto. A los pocos días del drama, mientras se perciben todavía los gemidos de los sepultados, Ceaușescu ordena que empiecen los trabajos.

Repaso con Nadia una serie de fotografías aparecidas en la prensa rumana de la época: posan ella y Dorina, se han puesto un traje de obrera azul marino y sonríen al objetivo sosteniendo una pala en la mano.

—¿Ayudaron en las tareas de rescate?

—No. Yo no estaba en Rumanía, sino en una competición en el extranjero. Volví al cabo de unos días.

—¡De modo que estas fotos son una pura manipulación! La niña modélica que colabora en la reconstrucción del país...

(Me interrumpe.)

—Eso es lo que hoy se llama «comunicación», ¿no? ¡Fui a los hospitales desde el mismo día en que volví! Oiga, no avanzaremos nunca si no entiende un par de cosas. Todos los deportistas que ganan son símbolos políticos. Promocionan los sistemas. El comunismo entonces, el capitalismo hoy. Y en el caso de ustedes...

(Su risita al otro lado de la línea me parece irónica.)

—¿Sabía usted que, incluso entonces, las marcas que patrocinaban a atletas femeninas las obligaban por contrato a maquillarse o a llevar mayoritariamente vestidos y no el chándal en apariciones públicas? ¿Le parece eso mejor, más... moderno?

SOLA

Stefania se sintió muy orgullosa cuando su hija se proclamó campeona júnior de Rumanía, era un título que tenía algo de admirable y de sano. En los años siguientes dejó que el camarada profesor se ocupara de todo, ella no estaba para piruetas, por muy acrobáticas que fueran. Porque tenía que pensar en la mañana siguiente, en llegar una de las primeras, a las cuatro de la madrugada, a la cola del aceite, que acababa de llegar a la tienda de comestibles, porque cada noche volvía agotada por culpa de haber esperado durante horas a pleno sol la carne, que traía envuelta en paños y que serviría para pagar al médico, porque tenía que terminar tres pantalones para el día siguiente.

Pero ahora. Europa. El mundo. Las revistas, los programas de televisión norteamericanos. Una muñeca con su imagen. El Palacio de Congresos de Bucarest repleto de dignatarios del Partido, en pie, ovacionándola. Y esos coches negros que aparcan cada vez más a menudo delante de su casa para recoger a Nadia o para llevarla a Bucarest. Los coches negros que alarman, que inquietan, que señalan su casa a todo el mundo. Los vecinos no se fían de Stefania, y ella lo entiende. A veces, mientras Nadia cena con ellos el sábado, le parece que el rostro de su hija irradia una autoridad nueva, algo que excluye las confidencias y las dudas. Una chiquilla que abre la puerta a los uniformes, a los vehículos oficiales, una invitada distinguida ante la cual uno no osa hablar, una chiquilla que la mira fijamente sin sonreír.

«¡Y ahora no te fías de tu hija!», ha gritado Gheorghe durante la cena, cuando Stefania le ha indicado que se callara mientras él contaba un chiste sobre el Camarada que había oído en el taller. De una hija no se desconfía, caramba.

«¿Cómo era Nadia Comaneci de bebé?», preguntó un periodista la semana pasada. Pronunció Co-ma-ne-ci como si ella no conociera el apellido de su hija. A ella le vinieron a la memoria todos esos «A-gu-gu ta-ta, a-gu-gu ta-ta, que te como, que te voy a comer», esos «¿De quién es este pie? ¿De quién es este ojo? ¿Y esta barriga? ¿Y esta cabeza, esta cabecita, a quién se la damos?». A veces jugábamos en el jardín, yo la abrazaba y la apretaba contra mí, y ella toda suave y sofocada de correr, siempre quería correr y hacerlo todo ella sola –*singurica singura*–, peinarse sola, vestirse sola, apartaba con la mano la cuchara llena de arroz que yo le ofrecía. Y Gheorghe se lo contaba a los vecinos, oh, sí, la niña sabe lo que quiere, por supuesto, para él era fácil de admirar ese rasgo, yo también trataba de admirarlo, pero esa determinación en una chiquilla de tres años de alejarse continuamente de mí, como para demostrarme mi inutilidad, a veces me hacía entrar ganas de decir no la conozco, ésa no es la mía.

Nadia no estaba con nosotros, querría responder al periodista. Nadia estaba sola.

ENFERMEDAD

¿De quién es este muslo? ¿Y esta barriga? Nadia se levanta la camiseta frente al espejo con precaución. El impulso de llorar la asalta sobre la alfombra de su cuarto, inspira profundamente para que pase de largo esa náusea de tristeza. No tiene ganas. Ya no tiene ganas. La invade la pena. Su vida, dura como un vigoroso tren teledirigido, se detiene. La obediencia es sólo una de las piezas estropeadas y ausentes del puzle perfecto que era su vida anterior, entre ellas: esa hambre permanente que le perturba el sueño (soñar que comes y despertarte de madrugada aterrorizada por haber estado a punto de comer), las manos llenas de ampollas y de cortes minúsculos que no cicatrizan nunca, los muslos tatuados de cardenales anclados en las venas, y esos músculos cuyas fibras se sueltan, y esos tendones golpeados, reparados a duras penas una y otra vez gracias a las indispensables codeína y cortisona.

Querría desaparecer. No verse obligada a estar presente cuando el profesor dé las cifras en centímetros y kilos de su Enfermedad. Lo mejor sería contraer una enfermedad de verdad, tener que guardar cama y dormir bajo una manta que la aislara completamente del exterior. Hoy el sueño es el único espacio donde puede deshacerse por unas horas de su tristeza. Qué inaceptable traición, menudo gancho mordaz, cómo le gustaría arrancarse esas cosas –no pronuncia la palabra pechos–, esa rendición que la precipita hacia las otras, hacia las chicas del instituto. A las que hoy Dorina se muere de ganas de parecerse, cuando antes las dos estaban de acuerdo en que eran unas fofas fofas fofas, ¡unas *rahat!*^[1] Te puedes hundir en ellas como en una almohada bien cómoda. Y hoy a ella le haría vomitar haberse convertido también en una chica cómoda. Fea. Informe. Se echa de menos a sí misma, oh, sí, cuánto se echa de menos, y echa de menos el pequeño ritual que, hasta el verano pasado, cumplía cada noche en la cama: pasarse la mano por la barriga, tensada por los mástiles que formaban los huesos prominentes de sus caderas, y dormirse con la conciencia tranquila.

El Mal avanza. La recubre, sorbe su vida pasada poco a poco. Última aparición de la Enfermedad: el viernes pasado, mientras corre hacia el potro. Todo parece normal. Pero en su carrera algo más se pone en acción con un movimiento ridículo y bamboleante: una carne suplementaria que no forma parte de ella pero de la que nota cada tembleque, cada repugnante célula grasa autónoma. Se detiene. Estalla en sollozos sin levantarse del suelo, al que se ha arrojado pesadamente bajo el choque de un nuevo avance de la Enfermedad, las demás palidecen por el ultraje insensato que presencian en ese gimnasio donde jamás protestan ni se quejan.

Y toda esa organización, y el tiempo que toma, para tratar de mantener en secreto su Enfermedad: esas espesas protecciones que le pesan en las bragas, que esconde entre la pared y los estantes de su cuarto, donde se alinean sus muñecas, sus copas y sus medallas, esos amasijos de tela y algodón manchados. No se decide a cruzar la

cocina por delante de sus padres (compasivos y decepcionados, ya echan en falta al hada) con «eso» en la mano para tirarlo a la basura, como un componente normal de su vida, entre las peladuras de patata y el diario de la vigilia. Espera a media tarde, disimula bajo el jersey el paquete envuelto en papel de periódico y se deshace de él, como si fuera un testimonio fastidioso, echándolo en la papelería que hay al cabo de la calle. Se ha convertido en una criminal de dedos sangrientos y bragas sin gracia.

Y todos parecen esperar que el incidente sea pasajero, no esa lepra que la invade ante sus ojos. Se mantienen a distancia, Béla, su padre. Al terminar la jornada, si está satisfecho, Béla coge a las niñas a hombros y corre por el gimnasio, y ellas botan entre risas, con el rostro sonrojado de placer. Nunca más podré sentarme a horcajadas sobre la espalda de nadie, se dice Nadia mientras las observa, a lo mejor Béla tiene miedo de que supure a través de las medias, ella también teme que algo se escurra de su cuerpo sin que pueda impedirlo, está hendida, ensanchada. Hasta su sudor parece haber ganado peso, por la noche se olfatea las axilas y se sorprende al reconocer la misma acritud tenaz que impregna la camisa de su madre. Enferma. Desaliñada por dentro. Béla le da torpes golpecitos en los omóplatos para animarla, seguramente busca un espacio en ella que no esté afectado. Todo eso tiene solución, Márta se lo prometió un día que la encontró bañada en lágrimas en los vestuarios. Con la medicina actual todo es posible, cielo.

Pero no. Ella era la invencible, y eso no tiene nada que ver con las medallas. Todas ellas eran invencibles, secas y rápidas hace apenas un año, golpeaban el suelo mientras corrían, se lanzaban al polvo, rodaban en la hierba, saltaban en la orilla en traje de baño, se abrazaban a su padre, se chupaban los dedos, el verano moldavo las autorizaba a comer helado para cenar, dominaban el tiempo. Serían inmunes a todo.

Ahora el tiempo se estrecha. Ella se estrecha. Sus pensamientos se acartonan, como los de un ama de casa mezquina cuyas ideas chocan contra paredes cada vez más estrechas, tiene que tomar un montón de precauciones para evitar que la pillen en falta, se cruza con una chica de pantalón claro en la calle y enseguida le viene a la cabeza la posibilidad de la tela manchada, su cuerpo se ha transformado en una máquina fofa cuyos fallos la tienen en vilo. Ella sólo querría proseguir su camino, pero el camino también se ha visto modificado por la Enfermedad, ha quedado sembrado de nuevos problemas y peligros. Se inclina para no llamar la atención de los hombres de la edad de su padre, que le clavan los ojos en la boca cuando lame el helado, la mirada ávida del encargado de la limpieza del gimnasio cuando ella saluda arqueando el torso, su padre que echa la pelvis un poco hacia atrás cuando ella se le lanza a los brazos, y que la besa en la frente, apartándola con suavidad.

Su abuela la riñó el domingo pasado cuando la vio echada boca abajo en el suelo, en camisón, viendo la televisión: «Siéntate bien, ¡desvergonzada!», mientras lanzaba una mirada furiosa al abuelo, sentado detrás de la nieta en su butaca.

Esta tarde ha faltado al entrenamiento, como anteayer. Está muy cansada. Dónde está mi campeona, ha gemido su madre, no te vas a pasar la vida llorando en el baño,

espabila y dame eso para lavar, has sudado un montón, ¿no tendrás una infección donde tú sabes, cielo?, ya sabes que ahora tienes que proteger el maillot.

*

Se anudan el suéter alrededor de la cintura, por si acaso, y se levantan con precaución lanzando una mirada discreta a la silla, no hay que dejar rastro. Brutalmente expatriadas de su reino, las ex niñas flotan entre el Este y el Oeste y se apartan, mientras alguien redacta en su lugar una nota de excusa y de ausencia desodorizada. Sintiéndolo mucho, ya no podrán participar más.

FIN

Dos hombres han bajado de un coche negro con matrícula de Bucarest. Se han sentado en el cuarto de estar de los Comaneci. Objetivo de la visita: alejar por petición propia, puesto que ya no soporta sus métodos, a Nadia del húngaro y de su entorno rural, maloliente y atrasado, a fin de confiarla, en Bucarest, a un entrenador moderno de nombre rumano. Así, Nadia estará más accesible a las demandas, ya que todo el mundo sigue queriendo ver a la chiquilla. Y bajarle de una vez los humos a ese paleta que, desde Montreal, se cree indispensable y se dedica a berrear sin miedo a represalias: «Si no os gusta, venid a entrenar a esas mocosas vosotros mismos.»

Elogian la capital, el nuevo gimnasio ultramoderno y el instituto, de gran nivel. El internado, totalmente nuevo, y la posibilidad, por supuesto, de que Nadia vuelva a casa durante las vacaciones escolares. Su madre se seca las manos con un trapo perfectamente planchado, se disculpa por el parquet brillante que acaba de encerar, está tan cansada, todos esos estragos que Nadia provoca con el revuelo que despierta, sí, a lo mejor es una solución que tome distancia del señor profesor. Se trata de una prueba, una separación amistosa, nadie se enfada, cielo. Su padre acompaña a los miembros de la Federación hasta la puerta, orgulloso de esas conversaciones con las altas esferas, todo por su hija y su futuro. Es demasiado tarde para avisar a Béla. Nadia partirá a la mañana siguiente. Deja para Dorina una hoja de papel que le llevará su madre: «¡¡Me voy a vivir a Bucarest!! ¡¡¡Ya vendrás a verme!!! Tu Nadia.»

A la mañana siguiente, el amanecer salpica el gimnasio, que se llena de voces agudas, una tras otra saludan a Béla y se embadurnan las manos de magnesio antes del calentamiento diario. Todo ha sido ya borrado. Su nombre NADIA COMANECI en la taquilla. Su nombre COMANECI NADIA en las hojas de asistencia. Esa mañana, muy temprano, se la han arrebatado sin avisar, a su pequeña, dolorosamente un poco menos pequeña.

Preparan los Campeonatos del Mundo. El pianista toma asiento. Calienta una nueva, su rostro es escuálido y su cuerpo tan seco que no llega a producir sudor. Geza se sienta al lado de Béla, los dos observan en silencio a la nueva. Geza pregunta en voz baja: «Ya lo sabes, ¿verdad?» Béla asiente con la cabeza. Luego, los dos hombres permanecen callados, dejando que un encantador fragmento de melancolía, *that's my baby baby*, unas notas de charlestón anteriores a 1929, un perfume irrecuperable, serpentea entre ellos.

Cuando releo mis notas, el episodio me parece claro: Nadia se rebela contra Béla y su disciplina, no paran de discutir. Ceaușescu, por su parte, busca una ocasión para disminuir el poder de Béla, que, bajo vigilancia y sometido a escuchas, ya no tiene miedo de nada, ni siquiera de la Securitate. La decisión está tomada: Nadia se entrenará en Bucarest. Béla, herido, abandona Onești y se instala en Deva, al norte,

con el propósito de fundar una nueva escuela, una «fábrica de medallas».

Le envío a Nadia esta versión. No, responde, es inexacto. En realidad ella no tenía ningún deseo de alejarse, fue el régimen rumano quien tomó la decisión sin consultarla, odiaban a Béla.

Unos días después de nuestra conversación, una revista rumana publica un artículo que contradice su versión y desmiente la mía. Un documento encontrado en los archivos de la Securitate habla de varias cartas que Nadia habría enviado en esa época a las autoridades suplicándoles que la trasladaran a Bucarest, pues se sentía al límite. Y se mencionan amenazas de suicidio si no la sacan de Onești cuando el Partido se opone a su separación por miedo a que, sin él, Nadia empiece a perder.

Al otro lado del teléfono, Nadia no dice nada. Luego, con tono seco:

—Y después de esto ¿qué es lo siguiente que va a leer? ¿Periódicos sensacionalistas? ¿Va a confiar en mí de una vez o no? ¿En serio que los expedientes secretos de la Securitate son sus fuentes?

—Hoy en día esos expedientes pueden consultarse. ¿Ha leído usted el suyo?

—No.

—¿Lo leerá algún día?

—Nunca. Jamás. No quiero enterarme de lo que no quiero saber. Además, la gente que ha ido a consultarlos ha salido destrozada.

—Ah... ¿Qué han descubierto?

—Bueno. Todo el mundo, o casi, iba a contar a la Securitate lo que sabía de los vecinos para estar tranquilo. No teníamos elección. Pero algunos han descubierto ahora que su marido o sus hijos los vigilaban por encargo de la Securitate... Entonces, ¿a quién hay que creer? ¡Esos expedientes están llenos de mentiras de todos los que intentaban salir lo mejor parados posible!

Cuelgo el teléfono con la sensación de que, terminando nuestra conversación en ese punto, pretende hacerme dudar de todas las versiones que leo, menos de la suya.

BUCAREST

El camarada entrenador, así es como lo llaman las chicas del Dinamo, masca chicle inglés, no el que se fabrica aquí, que se deshace en bolitas al cabo de unos segundos; escribe sus informes para la Securitate a máquina, impecables. «Trabajaremos el aspecto mental, todo está en el aspecto mental», les explica el primer día, sonriente. Alaba a Béla, sus resultados y sus métodos «sólidos, a la antigua» como se elogiaría a un buey que tirara de un carro tambaleante.

En el gimnasio todo es nuevo, las duchas son rutilantes y las chicas tienen a una masajista a su disposición. Nadia se lleva bien con Livia, hija de un miembro importante del Partido, siempre acompañada de su escudera, que le ríe las gracias en el momento oportuno y la aplaude en la barra de equilibrio. Como Dorina y tú, le dice Livia.

Dorina, que le escribe dos veces por semana. Todos los jueves y todos los lunes, Nadia recibe las cartas, que Dorina perfuma (el vapor alcoholizado destiñe el papel y desfigura la tinta, así que las palabras están cuidadosamente reescritas). Dorina, que sólo utiliza las mayúsculas: ¿PIENSAS EN NOSOTRAS (en mí)? Dorina, que afronta también las consecuencias de la Enfermedad, anota todo lo que come en una libreta (tengo un HAMBRE atroz, si supieras), sale a correr al bosque a las seis de la madrugada con Márta y ha decidido no intentar nada nuevo para los próximos campeonatos (con tal de que consiga meter mi ENORME culo en un maillot y no ridiculizar al país...).

En cuanto a Nadia, su Enfermedad se ha atenuado. Apenas piensa en ello. No tiene tiempo. Por la noche, Livia la lleva a bailar a clubs adonde acuden pocos rumanos, sobre todo hay franceses y norteamericanos, Nadia pide que pongan *In the Summertime*, de Mungo Jerry, y sólo bebe un cóctel, una absurda fidelidad a Béla.

¿Te llamas Nadia, como la gimnasta?, preguntan, incrédulos. Así que es «como la gimnasta». La semana pasada, un chico (¡un hombre!) la agarra, bailan, su rodilla se insinúa entre las piernas de ella, la respiración, muy cálida, contra su pelo, Nadia no tiene ni idea de qué gestos debería hacer, él dice «No seas niña, no te hagas la estrecha, coño, tienes un buen culo, oye, ¿te has follado a un americano en Montreal? ¡Hostia! Vaya moratones llevas, ¿te ha pegado un chico o qué?», y ella se tapa rápidamente los muslos, avergonzada.

¿De quién es este pie? Y la cabeza, ¿de quién es?, la cabeza sobre la que el tipo presiona para que haga qué, y ella se incorpora en el asiento del coche, un poco mareada, con las mejillas muy sonrojadas, y él le tiende un pañuelo para que se limpie. Ella se concentra, se esmera para no encontrar en esas posturas algo que mejorar, algo que refinar. Las piernas abiertas como un pollo a punto de ser rellenado. Qué poca gracia, esa inmovilidad; él le sostiene las rodillas, le da indicaciones, así, niña, así, ella intenta ejecutarlo lo mejor que puede. Parece una operación en la que le recomiendan que se relaje antes de recibir la incisión. La fina capa de grasa con la

que se ha recubierto el cuerpo para pasar desapercibida no surte efecto, el tipo le agarra el antebrazo y suelta: «¡Mierda, ya puedo andarme con cuidado, me ganarías a un pulso!»

A veces Livia consigue un número de la revista francesa *Elle*, que su madre recibe por medio de la mujer de un diplomático. Intentan leerlo con ayuda del diccionario: «Los artículos hablan de problemas de drogas», afirma Livia, «porque en Occidente toman muchas drogas y ven películas porno en familia porque están todos en el paro, tienen la comida envenenada por las inmundicias del capitalismo, sobre todo la leche de vaca, y a las mujeres se les paga menos que a los hombres por el mismo trabajo, y en cuanto a las deportistas, se ven obligadas a salir desnudas por la televisión para ganarse la vida.»

Cuando van al cine, en la avenida Magheru, no les hacen pagar, basta con que Nadia firme las entradas que le dan. Se lo explica a Livia como quien no quiere la cosa, sus padres firman los papeles del divorcio, pues ella lo firma todo, cheques de todas formas en la ciudad.

Hace poco que Nadia ha aprendido la expresión «no hace falta dramatizar», y la ha utilizado en la carta que le ha enviado a Dorina y en la que, además de contarle historias sobre el ambiente pop de Bucarest, le anuncia que sus padres se separan. Le ha escrito su madre para comunicárselo. Se siente vacía por culpa de tantas ausencias, de tantas cosas que ya han terminado. Y por todos lados se vende esa postal, «¡Nadia en Montreal!». Perfecta. No existe nada mejor que lo mejor. Entonces se abstrae de su tristeza y le ofrece algo inédito: milhojas de queso fresco con pasas, buñuelos de chocolate caliente, champán. Algo inédito: esas noches demasiado cortas que recupera con comas de sueño de cuarenta y ocho horas. Vacila. Retrocede, baja de la barra de equilibrio, su cuerpo convertido en una cárcel en lugar de un arma.

Pero le habían prometido que, si dejaba a Béla, sería más libre, y los responsables de la Federación cumplen su promesa: el camarada entrenador no anota sus repetidas ausencias a los entrenamientos, no controla lo que come, ni a sus nuevos amigos, ni a qué hora se acuesta. No vale la pena. Pues frente a la puerta de su cuarto, en el pasillo, se turnan permanentemente los «porteros».

COMO SI ESTUVIERAN DENTRO

Los cuatro agentes de la Securitate que la vigilan, sus vecinos de rellano y también el vendedor de la tienda de comestibles donde hace la compra son categóricos: Nadia compró una botella de lejía el martes a media tarde bajo el pretexto de hacer una colada, pero ya había hecho una la vigilia.

La botella de lejía. Un detalle técnico miserable. Sin florituras. Nada de barbitúricos a lo Marilyn, aquí se coge lo que se tiene a mano. Lo que venden en la tienda.

Béla se muestra pragmático cuando recuerda el episodio en sus memorias, he aquí la verdad: exasperada por la continua vigilancia de la Securitate, la niña se llevó la botella de lejía a la boca, pero fue un gesto de desafío, desde luego no un intento de suicidio, y lo escupió todo al momento en el lavabo con un grito, por suerte, los agentes forzaron la puerta de la habitación y la llevaron al hospital. Nada de que alarmarse.

Livia, convocada inmediatamente en las altas esferas, confiesa entre lágrimas: sí, le aconsejó a Nadia que dijera que se suicidaría con lejía si no la dejaban volver a casa.

El grupo D12 de la Securitate levanta acta de su paso por la policlínica, donde se habría visitado bajo seudónimo por «quemaduras estomacales» con un médico sin que éste la reconociera. Interrogado, el médico declara: «¿Esa gorda? ¡Claro que no es ella!»

—Veamos, necesito que me lo explique, yo no consigo aclararme... Hace poco afirmó que la historia del suicidio era falsa, que en realidad ese día bebió champú «por error» y todo el mundo se alarmó, incluida usted. Perdona, pero ¿cómo se hace para beber champú «por error»?

Suelta una carcajada. Me río. Lo dejamos.

—¿Y cómo pudo Béla dar su versión de los hechos si no estaba con usted en Bucarest?

(Me parece oír su sonrisa.)

—¡Ah! Béla cree que me conoce «como si me hubiera parido». Como si estuviera dentro de mí...

Hablamos un buen rato de esos seis meses que pasó en Bucarest evadiéndose de su potente cuerpo y probando un destino «normal» de adolescente. Espero que saque a colación el episodio de su desaparición, una extraña fuga de cuarenta y ocho horas en un Bucarest en estado de sitio para encontrarla. Doy vueltas alrededor del tema, pero no dice nada. No insisto. Escribo el episodio en cuestión. Se lo envío. No hace ningún comentario.

¿Y eso ocurrió de verdad? ¿O no es más que un rumor? Otro más, pues circulan a

montones ahora que la gente sabe que el Hada vive en Bucarest.

Para su cumpleaños, el presidente de México desea que le traigan a «la pequeña». Unos extractos de Montreal, sí, será perfecto. Se efectúa la transacción. Pero: la pequeña no se presenta al último entrenamiento, la vigilia del viaje. Bueno, sigue sin ser muy constante, replica el camarada entrenador a los funcionarios de la Securitate.

¿Quién la ha visto? Registran el gimnasio por si se está entrenando en algún rincón. Interrogan uno por uno a los ayudantes. A las chicas del equipo. Los agentes que patrullan delante de su estudio no la han visto desde hace dos días: «A lo mejor está enferma. En cama, sin poder responder al teléfono.» Lllaman a la puerta. Nada. Abren la puerta. La habitación está vacía. Avisan a la policía. «¿¿Desaparecida??», se sorprende el ministro de Deportes y Juventud. «¿Y por qué no muerta, ya que estamos? ¡No me digáis que una mocosa conocida por todo el mundo puede desaparecer!» Avisan al Departamento de Interior. Se cierran las fronteras del país. Se instaaura el estado de emergencia en secreto, el ejército registra la ciudad barrio a barrio. Sin éxito. Imposible confesar al Muy Amado Camarada que Nadia ha desaparecido. Tendrán que inventar una indisposición que la obligue a quedarse, tienen que ir a México sin ella.

Reaparece en el aeropuerto unas horas antes del despegue. El presidente de México tendrá su fiesta de cumpleaños. En el avión duerme con la boca abierta, se despierta para ir a vomitar al baño, luego llora y vuelve a dormirse, acurrucada y abrazada a la chaqueta del chándal arrugada. Se cuenta que la Securitate la encontró en la cama de un cantante de moda de casi cincuenta años. Si no es que se trataba de un poeta próximo al poder. Si no es que la localizaron en un parque, donde había pasado la noche sola.

Decido no dejarle leer las notas que extraigo de otro documento de los archivos secretos y que detallan cómo, sin ella, Béla pierde la cabeza, cierra la escuela de Onești y se marcha a Deva. Y cómo se convierte en el hazmerreír de los entrenadores jóvenes, ese tipo demasiado grande, incapaz de hacer la rueda, que no quiere admitir que Comaneci no es una creación suya, que a lo mejor es él quien se cruzó en el camino de Nadia y nada más.

Pega a las que caen en los entrenamientos, teoriza, el conflicto forja a las campeonas, se enfurece, ¡que se lo ganen, esas blandengues! Instaaura nuevas leyes, las chicas se quedarán en el gimnasio, mandará venir a los profesores de la escuela, se han terminado todos esos desplazamientos inútiles, no les quitará el ojo de encima, ni una sola mañana. Contrata a una ayudante para que se encargue de registrar las bolsas y bolsillos de los profesores todos los días para asegurarse de que no alimentan a las gimnastas a escondidas. Hasta que recibe una llamada de la Federación, sumamente abochornada: Nadia suplica que la vaya a buscar a Bucarest, que vuelva a llevársela. Béla parte de inmediato.

MONSTRUO

«Dónde se ha metido el enrollado del camarada entrenador, quiero felicitarlo en persona, ¡¡una felicitación mo-der-na y llena de psi-co-lo-gí-a!!» Béla estaría exultante si no estuviera furioso por tamaño despropósito: hace ocho meses que Nadia prácticamente no entrena, un desastre. El tipo del ministerio que tiene enfrente, uno de los que le arrebataron a Nadia, pestañea rítmicamente, sin duda avergonzado por tener que nombrar a Béla «jefe del equipo de los mundiales» en lugar de al joven.

«Una precisión, sin embargo: nuestro Muy Amado Camarada quiere ver a las mismas niñas que en Montreal. Quiere a Nadia, a Dorina: ¡el equipo de oro! A sus nuevas nadie las conoce. Haga lo necesario, profesor, el país confía en usted...»

¿Las mismas? ¡Pero si están muertas! «¿¿Pero qué niñas ni qué ocho cuartos?? ¡Auténticas mujeres indolentes, con el coño pegajoso de tanto follar, que hace meses que no dan un palo al agua! ¡Unas fa-mo-sas de mierda!» Y se las endiñan hasta la eternidad, «seguramente hasta que tengan la menopausia», le grita a Márta cuando se encuentran en Deva. Le quedan seis semanas antes de los Campeonatos del Mundo.

MONSTRUOS

¿Quieres volver, Nadia? ¿Conmigo?

Ella llora bajito, con sollozos ahogados que marcan el ritmo del silencio. Béla ha apartado con cuidado la falda y el par de medias tirados sobre la cama para sentarse a su lado. Le toma la mano, le recuerda su vida juntos, casi nueve años, sin detenerse en ese 10 que la aprisiona y la atenaza desde hace meses: «¡Mi chiquilla! ¿Ya sabes que lo primero que hiciste fue desaparecer? Ya me abandonaste cuando te localicé en el patio de la escuela... ¡pero siempre vuelvo a encontrarte!»

Tenía intención de aligerar la conversación, pero Nadia llora inconsolable. ¿Quieres volver, Nadia? Repite la pregunta, ella no dice nada, todo está cubierto de cenizas, de fin y de grasas, esa Enfermedad es un entierro. Ahora Béla está de pie, cualquiera juraría que reza una oración.

Será una tortura. Una masacre. Una invasión programada centímetro a centímetro, vamos a lijar todo eso, a ver qué queda ahí debajo, si es que queda algo. ¿Quieres volver, Nadia?

Cuando se marcha, a media tarde, saluda a los cuatro vigilantes que fuman en el pasillo, y a uno que quiere saber: «¿Y bien? ¿Cómo la ve?», le responde: «Pues te lo voy a decir, chaval: la semana pasada, durante la demostración, me dijeron que estaba entre el público pero no la vi. Hoy, cuando me ha abierto la puerta, ¡me he dado cuenta de que sí que la había visto! Pero no la reconocí, porque... es un monstruo, chaval, ¡un enorme monstruo de mierda!», y se despide mientras se aleja, recibiendo como agradecimiento a su discurso una retahíla de carcajadas.

En su diario personal de 1978, del que me envía una página fotocopiada, algunas palabras están escritas a mayor tamaño y subrayadas en azul: «A partir de mañana TENGO que creer en Béla otra vez. Me AVERGÜENZO, me avergüenzo horriblemente de haberme convertido en un monstruo.» Y, repetidas varias veces en líneas regulares, estas frases:

«No voy a huir de lo que me da miedo. Voy a afrontarlo, porque la única manera de evitar el miedo es pisotearlo.»

«No voy a huir de lo que me da miedo. Voy a afrontarlo, porque la única manera de evitar el miedo es pisotearlo.»

«No voy a huir de lo que me da miedo. Voy a afrontarlo, porque la única manera de evitar el miedo es pisotearlo.»

SIN RESPIRACIÓN

Todos los días, al amanecer, Béla la va a buscar a la casa situada en las colinas de Deva, donde se ha instalado con su madre y su hermano menor, pues se niega a vivir en el internado con las demás. Tras una hora de carrera, tres horas de entrenamiento ligero. Luego, a correr de nuevo enfundada en un chándal especial para sudar; a continuación tiene derecho a un masaje, seguido de una sesión de musculación, media hora de sauna y, para terminar, una última carrera. Vuelve a intentar algunos encadenamientos en las barras asimétricas, pero no consigue estabilizar ningún movimiento.

«Querías una vida normal, pues ya la tienes. ¡Te has convertido en una gran vaca normal y tus células grasas protestan! No quieren que te conviertas en un tanque», le dice Béla, sonriente, antes de darle una palmada en la nalga para que vuelva a intentarlo.

Al anochecer no puede dar ni un paso y se echa en la cama, pero no logra dormir por culpa del dolor. Boca arriba, se pasa la mano por las costillas, impaciente por notar cómo se dibujan claramente. A las cuatro de la madrugada se despierta muerta de hambre y espera a que sean las seis para prepararse un té, las migrañas nocturnas la alivian, puesto que, por unas horas, la sensación de hambre queda atenuada por el dolor. Todo ha vuelto a ser como antes. Durante los primeros días del programa ha dormido en casa de Márta y Béla, que la han «puesto en vereda», sólo ensalada y fruta acompañadas de agua helada, que bebe a pequeños sorbos, el líquido le serpentea por el esófago, por la transparencia del estómago vacío.

Si haces lo que te digo, lo conseguiremos. Béla sabe. Sabe exactamente lo que Nadia tiene «ahí dentro», y le pone la mano sobre la barriga. La vida que ha experimentado esos últimos meses en Bucarest es ahora una niebla cerrada de noches desordenadas y azúcares rápidos. Béla adivina incluso el resultado de los Mundiales de Estrasburgo que se celebran al cabo de ocho días. Nada. Quizá un bronce en las barras, pero no en suelo; porque, vamos, hacer de niña mona con todo lo que se te bambolea por ahí, esas ubres..., de eso nada, imposible, y ella contiene la respiración cuando él le pone un dedo sobre el pecho, cubierto por la chaqueta del chándal.

FORMA HUMANA

Tras dos meses de espera, un equipo de televisión estadounidense obtiene autorización para entrevistar a Márta. El joven periodista de la cadena ABC, que luce media melena, quiere titular su documental, que durará alrededor de una hora, *La fábrica de medallas*.

–Actualmente Nadia mide un metro y cincuenta y seis centímetros –dice Márta con orgullo mientras le tiende algunas fotos de Montreal–. ¡Pronto volverán a verla!

–¿Cuándo? –insiste el norteamericano.

«¡Cuando haya recuperado su forma humana!», le responderá Béla a Márta cuando ésta le reproduzca la pregunta.

El reportaje se emite justo antes de los campeonatos. Dura quince minutos, un cuarto de hora entusiasta sobre ese maravilloso matrimonio de entrenadores rumanos a la cabeza de un encantador grupo de gorriones hiperentrenados, las niñas sonríen al objetivo con los dedos abiertos en uve, victoria prometida. Tras la emisión, la Federación Estadounidense de Gimnasia envía un mensaje de felicitación a la cadena agradeciéndole que haya tenido en cuenta sus observaciones: el nuevo montaje es más positivo que el anterior, el fragmento sobre el método del señor Károlyi era inútil y muy desagradable.

¡Podemos enviar a un hombre a la luna pero somos incapaces de enseñar a una niña a hacer ejercicios sobre una barra! Ha llegado la hora de que este país sepa producir gimnastas que muestren la fuerza inherente a nuestra fibra nacional. Teniendo en cuenta que no contamos con centros de formación nacionales de alto nivel subvencionados por el Estado, tenemos que tomar prestado lo que podamos del método rumano.

Los Angeles Times, editorial, 1979

–Increíble el artículo, ¿verdad?, qué me dice, Nadia, ¡los americanos se tiraban de los pelos por no vivir bajo un régimen comunista!

Oigo cómo agita la cuchara en su taza sin pronunciar palabra.

–En fin... En 1981, los Estados Unidos acogieron a Béla, que había huido de Rumanía. Al cabo de tres años, el equipo estadounidense ganó la medalla de oro, por delante de Rumanía. En su opinión, ¿Béla aplicó los mismos métodos en los Estados Unidos que en Rumanía?

–Por supuesto. Y obtuvo campeonas. No hubo ningún milagro.

–Ni escrúpulos por parte de los americanos...

No dice nada, me da la impresión de que sonríe.

ESTRASBURGO

Dicen: ya no es la colegiala a quien puntuábamos con un 10 en su cuaderno de gimnasia y jugaba a las muñecas frente al planeta entero. Puntualizan: se ha cortado las coletas y ha guardado los lazos, sus formas hinchaban el maillot. Se muestran indulgentes: la adolescencia es un «momento de relajamiento muy comprensible», después de todo Nadia ha «pillado» dieciséis años. Contabilizan: una medalla de oro en la barra de equilibrio, una caída en las barras asimétricas, menos velocidad en el potro a pesar de haber perdido cinco kilos durante el verano. Se maravillan: ¡han visto a esa portuguesa que sólo pesa veintinueve kilos!

La jovencita será convocada ante todos, reunidos en la sala de prensa, con aire severo. Esperarán lágrimas y excusas, ella sonreirá para engatusarlos: «Por suerte he cambiado, en Montreal tenía catorce años. Soy totalmente... normal para mi edad.» Luego, educadamente, como una anfitriona preocupada por el aburrimiento manifiesto de sus invitados: «¿Tienen... alguna pregunta más?» Entonces se fijarán en sus mechas rubias y, antes de pasar a otra entrevista, escribirán apresuradamente en su libreta, por última vez, esa palabra entrecomillada: Nadia C., la muerte de un «hada», mientras ella protestará en su defensa: «No podía medir metro cuarenta y siete toda la vida... ¿no?»

Los citará para al cabo de ocho meses, en mayo, en Copenhague. A pesar de su decepción, ahí estarán. Acudirán y volverán a enamorarse. Porque ella habrá vuelto. El partido Rumanía-Unión Soviética de nuevo a favor de las rumanas gracias a ella. Su pelo castaño dividido en coletas, exactamente el mismo que en Montreal, con lazos rojos, todo un signo. Casi le perdonarán a la niña que vuelvan a tener ganas de llamarla niña, a pesar de su metro sesenta y uno. Caerán embaucados y emocionados pensando en los enormes esfuerzos que habrá tenido que invertir para hacer posible ese auténtico retorno: cuarenta y cinco kilos, cuatro menos que en Estrasburgo, dorsal 62. ¡Se ha «repuesto»! El último día de la competición entonará ante ellos su autocrítica con voz susurrante, no, ni toca los dulces, sí, ha incorporado dificultades nuevas y sí, habrá más en Moscú. Elogiarán su inteligencia por haber comprendido que «si hubiera continuado relajándose, si no le hubiera puesto freno, ¡habría desaparecido de las selecciones!». Coronada campeona de Europa por tercera vez en el Brøndby Hallen, desmentirá a los que afirmaban que la gimnasia era un conjunto de «dificultades sólo superables por parte de personas de miembros cortos e ignorantes del miedo: las niñas».

Algunos tratarán de aguar la fiesta mencionando el rostro agotado de la soviética Elena Mukhina, dirán que «la cantera de las rusas es tan vasta que tienen posibilidades infinitas». ¿Y qué hay de la delgadez de Nadia, del hueco entre sus piernas, de su extrema palidez demacrada? El problema se abordará con el entrenador en rueda de prensa, y él sabrá encontrarle una explicación: «Es verdad que Nadia ha perdido sus mejillas de bebé, pero, sobre todo, sus rasgos se endurecen cuando se

concentra.»

Entrevistada por la BBC, a la pregunta: «En 1978 volvió a la primera línea. Ya no era ninguna niña, sino... ¿una mujer?», responderá, avergonzada, como una alcohólica arrepentida: «Sí... Fue... mi gran problema.» Luego contará cómo pasó nueve días sin comer, sólo bebiendo agua y entrenando para perder los diez kilos que le sobraban. La felicitarán calurosamente por su fuerza de voluntad. La aplaudirán y le regalarán una muñeca de coleccionista.

MÉXICO, FORT WORTH, TEXAS

Cariño, he recibido tus tres últimas cartas esta mañana y he leído como un libro de lo más triste vuestras desventuras mexicanas. ¡A lo mejor cuando recibas esta carta ya estarás curada!

Ayer vi a Dorina y hablamos de ti. Me prometió que te vería por televisión, ya ves, no está enfadada, ni siquiera triste porque no la hayan seleccionado, ¡me parece que ha conocido a alguien! Tengo que parar aquí, pantalones por terminar para mañana. Los manzanos han florecido y antes, en esta época del año, nosotros (las frases siguientes están metódicamente tachadas, las palabras son ilegibles). Aquí todo va bien. Mil besos a mi primogénita.

Mamá

Echo de menos estar en casa. Te echo de menos a ti. Todo es asqueroso y me pica. Me duele la barriga. Estoy cansada. Duermo incluso menos que en casa.

He aquí que su robot, la princesa polar, como la llama su madre, se queja a lo largo de páginas enteras, alarmada porque no se encuentra bien, aquejada de náuseas por culpa de un virus que ha afectado a todo el equipo desde el mismo día de su llegada a México. Una estancia de cuatro semanas prevista para adaptarse con calma a la temperatura y la humedad de Texas, así como a las pistas americanas, con esos materiales que acentúan la velocidad de las acrobacias en el suelo.

¿Será que los meses gloriosos dejaron en suspenso un montón de días amargos que surgen ahora, todos a la vez? Durante tres meses, Béla ratifica el estatus especial de Nadia en el equipo, le deja escoger la música de su ejercicio de suelo y los abdominales que le parezcan más adecuados. Los lunes ya no la pesa junto a las demás, en fila en el gimnasio, con la boca seca ante la posibilidad de unos hipotéticos gramos adquiridos durante el fin de semana. Incluso le propone que entrene a una nueva recluta de diez años que acaba de llegar. Si le pinchan a propósito de la libertad que concede a Nadia, Béla responde que la ha atiborrado durante tantos años que ahora no tiene más que dejar que saque todo lo que él le ha inculcado. Y funciona. Tres meses durante los cuales no tiene achaques y lo gana todo. Incluso el hambre y el cansancio no son sino preocupaciones momentáneas en sus jornadas, pocas veces ha estado tan afinada, pasa de un podio al siguiente. Las autoridades le renuevan las autorizaciones para salir del país sin rechistar.

Pero lo que Nadia no escribe en la carta a su madre es que tiene la impresión de que las demás conspiran contra ella. Una mañana le parece que una mocosa se entrena para ejecutar «su» salida. Cada vez que se acerca a las barras donde se ejercita la flacucha, ésta salta al suelo y se aleja como quien no quiere la cosa. Y ahora, ese virus. La mayoría de ellas tiene fiebre y vomita cada vez que intenta comer

algo. En el avión, sobreexcitadas por la proximidad de la competición, gritan sus resultados, todos esos números, menos cuatro, menos cinco, y yo, ¡yo menos cinco y quinientos gramos! Los kilos perdidos desde México.

Al día siguiente del primer entrenamiento con público en Fort Worth, Béla lee aterrado los periódicos: «¡El equipo de Károlyi ha perdido sus encantos! ¡Son un grupo de arañas exangües, de minivampiros de los Cárpatos, un ejército de niñas lívidas y hambrientas! ¿Dónde están las muñecas gráciles y ligeras que conocimos en otro tiempo?» Ni un solo periodista se ha tomado la molestia de añadir lo que Béla, sin embargo, les ha explicado: la delgadez es consecuencia de un virus. Tendrá que responder de eso ante la Federación Rumana y el Comité Central.

ENDÓGENO

Se trata de una infección. Algo apenas visible hace unos días que progresa y se afianza. Y que ella ha agravado haciendo como si no existiera, como siempre. Nadia hace ostentación de no escuchar nada.

De no escuchar nada cuando, a los ocho años recién cumplidos, cae de las barras y Béla enfurece, le señala un escarabajo que avanza con torpeza entre las colchonetas y le susurra: «¡Se parece a ti!»

De no escuchar nada cuando, al volver de Bucarest, la trata de repugnante vaca preñada o de tanque. No escuchar nada cuando Béla habla con desdén de Emilia, que tiene el rostro chupado de provocarse el vómito cada noche: «¡Emilia es una vaga! Es más fácil eso que tener la valentía de ceñirse a la dieta. ¡Peor para ella!» De no percatarse de nada, absolutamente nada, ni siquiera de los tobillos hinchados de las nuevas, que mendigan la acostumbrada novocaína en la enfermería. Y lo que es peor, abronca con la misma voz que Béla a una de las niñas, que pretende abandonar porque, como ha revelado una radiografía, tiene una leve fisura en una vértebra. «Aprieta los dientes y adelante, ¿qué son noventa segundos?»

Trabaja para él. Difunde su palabra, es la prueba viviente de lo que él profesa, ese milagroso posible, pasen y vean. Pero de pronto se ve contradicha en su misión. Tras haberle bajado los humos a la Enfermedad, tras haber eliminado las pruebas y haber logrado poner fin a sus repugnantes y sangrientas manifestaciones, que su madre tildaba, equivocadamente, de «inevitables», resulta que aparece otra cosa: una bola roja sobre la muñeca. La aprieta fuerte, hasta que se le saltan las lágrimas, para liberar el veneno. La muñeca retumba con un sonido sordo. Cada vez que la llaga roza la barra, la herida, provocada por el aro de acero del protector de mano, se vuelve a abrir. Barras, magnesio y sudor, esa mezcla es la trilogía de su existencia. Al segundo día de competición no puede doblar el brazo. Béla fuerza un poco, ella gime, nunca había gemido antes. Haz lo que puedas, cielo. Béla no ordena, propone, explica en tono calmado a un periodista que, el día antes, se muestra entusiasmado con el rendimiento de Nadia.

Empieza el calentamiento. Nadia se agarra a las barras, intenta una vertical, pero el brazo le cede y se precipita al suelo. En el descanso, Béla las reúne en la sala reservada para el equipo rumano. Chicas, nuestra querida Nadia no podrá ayudarnos. Se vuelve hacia ella, sentada con el brazo en cabestrillo, el rostro pálido y las mejillas demasiado sonrojadas, una alergia por los chutes de cortisona que le administran tres veces al día para desinflamarle la sangre. Gritos, llantos, les han arrebatado las ruedecitas de la bicicleta, han descolgado a su tótem, ¡Nadia no estará con nosotras! Y él ya puede utilizar los tonos graves de su voz para inculcar a las niñas su potencia: «¡Podéis ganar! ¡¡Escorpiones míos!! ¿Qué ocurre? ¿Ahora os cagáis de miedo por esas inútiles de las rusas?», que ellas agachan la cabeza y sollozan.

«Matemáticamente no necesitamos a Nadia para nada, tenemos puntos de ventaja. Y si por casualidad al final Nadia participa», añade, «ayer sacó unas puntuaciones tan magníficas (todas repiten a coro, sí, magnífica, Nadia, magnífica), hasta podría caer, incluso varias veces, ¡y ganar igualmente!» Béla consigue hacer penetrar sus palabras: Nadia ganaría. Sí. Si es que. Participa.

Nadia niega con la cabeza. No, Béla, esta vez no, y muestra su brazo enorme y duro, doloroso como una muela rabiosa. Le gustaría que hubiera un árbitro, no jueces, siempre jueces. Alguien que atribuyera a su sufrimiento la nota merecida y el derecho a no competir. Sin expresar dudas.

«¿Estás segura, cielo? ¿De verdad? De acuerdo. Lo comprendo», responde Béla, dándole ya la espalda, apresurándose hacia los jueces. Ellos levantan los ojos hacia el cielo. Otra vez él. Su permanente espectáculo, sus exageraciones, los puños que les muestra cada vez que se cree engañado. Sus improperios. Sus demostraciones de afecto hacia las niñas siempre que hay una cámara cerca. Les da la lista de gimnastas. Nadia está inscrita en todas las pruebas. La juez principal se muestra sorprendida: «Entonces... ¿va a competir?» Béla levanta los brazos, toma a Dios por testigo, con lágrimas en los ojos, su princesa es tan valiente, «se piensa que por la tarde habrá mejorado, yo sé que no es así, pero qué puedo hacer, la he inscrito por principios y por respeto hacia ella, que ha dado tanto al equipo».

El reglamento es claro: una gimnasta que no se presenta queda descalificada. En cambio, si se levanta al anunciarse su nombre y toca todos los aparatos con la mano, quiere decir que sigue participando en la competición. A cada rotación, Nadia (a quien Béla ha confesado en el último momento que ha incluido su nombre, «queda mejor») se levanta, saluda al jurado (el simple hecho de levantar el brazo le provoca un mareo) y, ante los espectadores estupefactos, vuelve a sentarse. Pone las manos sobre las barras, una parte de las gradas la aplaude, e inmediatamente, a su espalda, Béla se levanta y empieza a dar palmadas, animando al público: «Dales, dales lo que quieren, venga, cielo, vamos allá», hasta que los jueces llaman al orden a Béla y al público.

PLEASE WELCOME THE INCREDIBLE NADIA

¿Qué es una infección?

«La invasión de un organismo vivo por microorganismos patógenos que se reproducen. Una infección puede ser local o sistémica, o también exógena. Es decir, debida a gérmenes procedentes del entorno. Se considera que una infección es endógena cuando la producen gérmenes procedentes del propio paciente. Una infección se desarrolla sobre todo cuando el organismo presenta déficit de defensas inmunitarias naturales. Se entabla entonces una batalla entre la capacidad de defensa inmunitaria del individuo y el poder patógeno de los gérmenes. Las defensas inmunitarias varían a lo largo del tiempo y sobre todo en función de numerosos criterios, como el cansancio, la falta de sueño, el estrés, las carencias alimentarias, etcétera. En cuanto a la peligrosidad del germen, depende del inóculo, es decir, del número de gérmenes que infectan el organismo. Así pues, una infección se desarrolla en mayor grado cuanto más deficitarias son las defensas inmunitarias del individuo y más intenso es el inóculo.»

Está inoculada. A menos que sea ella quien segrega el veneno, quien lo fabrica sin darse cuenta desde hace tiempo y, por lo tanto, pierde las fuerzas luchando contra sí misma.

Hace unos días, el médico del equipo hablaba de una pupa, se han visto otros casos, el cansancio y el estrés fabrican el veneno y la fuerza del espíritu lo destruye. Está demasiado débil, demasiado porosa desde la Enfermedad, fofa fofa fofa desde esos meses con el camarada entrenador, que la dejó engordar hasta convertirse en un monstruo de mierda, ¡pero papá sabe dominar a los monstruos, cielo! ¡Lucha! Béla le ha enseñado a luchar a la vez que le ha sustraído toda capacidad de hacerlo contra nada que no sea lo que él le señala con el dedo. Hasta tal punto la ha recorrido, calculado, estimado. Hace unas semanas le escrutó los pechos, aplastados por el maillot: «Este mes no tendrás tus “problemas”, mi niña, puedes estar tranquila.»

¿A quién pertenece lo que ocurre esa tarde en Fort Worth? ¿A la persona que toma la decisión? ¿A la que propone esa solución? ¿A la que tiene interés en que se tome la decisión? ¿A la que ya no sabe decidir, tan acostumbrada como está a obedecer? ¿Acaso Béla obligó a Nadia? ¿Acaso Béla propuso a Nadia elegir entre dos soluciones y una de ellas era inimaginable, en realidad él ya lo sabía, no hubo verdadera elección? ¿Qué es una elección? De quién es este cuerpo.

Un cuerpo que Nadia ofrece al fin, ese día, en ese estadio abarrotado de Texas, a los espectadores, que la ovacionan cuando se anuncia su participación sorpresa en la barra de equilibrio, mientras que ha abandonado en las demás pruebas. Y acto seguido enmudecen porque comprenden que van a asistir a algo inédito, más emocionante que en cualquier otra ocasión, *please welcome the incredible Nadia who has just decided to/in spite of.*

Su brazo vendado señala la proeza, el punto en el que habrá que fijar la mirada.

Hace una profunda inspiración. Los flashes, como insectos que alguien lanzara al fuego a puñados, alteran la oscuridad y, por un instante, la ciegan. Doble pirueta sobre la barra. Mantener la concentración para reescribir. Tus piernas como pinceles, cielo. Calcular el espacio y el peso del aire, a medida que avanza inventa el nuevo equilibrio.

Permanecen completamente mudos, veinte mil silencios que dejan paso al gruñido de su sangre enferma, un regusto execrable le sube hasta la boca, cuarenta y cinco segundos, la mitad, el horizonte pone mala cara, ella asesta a la madera retahílas de mortales atrás, sin utilizar las manos, el brazo enfermo pesado e inmóvil, ya está, casi ha terminado, prepara la salida, las cifras y los ángulos le revolotean dentro de la cabeza, los cálculos, todo hay que repensarlo sin esa mano, ese salto para el que necesita apoyar las dos palmas atravesadas en la barra para propulsarse al suelo, esta vez, una sola mano la desequilibraría, la haría inclinarse demasiado a la derecha, oh, justo debajo de las encías y los senos se acentúa el latido purulento, toma impulso y lanza con fuerza su cuerpo demacrado a la horizontal ayudándose con precaución de los tres dedos de su mano vendada.

Y no cae.

Bajo la ovación, su entrenador la pasea a hombros rodeado de chiquillas histéricas, la alza de lleno en la luz, tan vasta y cálida que Nadia cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Cuando se anuncia un 9,95, prácticamente la nota máxima, Nadia ya está en la ambulancia, camino del servicio de urgencias del hospital de Dallas, la operan con anestesia general, la infección se ha extendido por todo el brazo, temen por su corazón.

Al despertarse pide una hoja de papel y un bolígrafo, o sueña que pide una hoja de papel y un bolígrafo. En primer lugar, anotar el punto de partida: Rodica ha caído de la barra de equilibrio. Lo que Nadia recuerda: unas palabras de Béla en cuanto Rodica se ha ido al suelo, del tipo «No vamos a dejar que las soviéticas se lleven el título. A lo mejor puedes salir tú, Nadia, dime si puedes». Béla. Quien escribirá, más tarde, en sus memorias: «Le dije a Nadia: ¿Te has parado a pensar que tienes obligaciones para con el equipo? Pues sí, las tienes. Porque esas chiquillas no han recibido ningún reconocimiento por todos sus esfuerzos. Y a Márta y a mí, ¿te has preguntado si nos debías algo? Todos estos años... Si es así, hoy, Nadia, haz algo extraordinario...»

Pero qué hacer con lo que Béla dice a los jueces una vez terminada la competición: «¡En ningún momento le he pedido que ejecute su programa entero, con todas las dificultades! ¡Increíble! Con una sola mano... Me ha engañado, ¿a ustedes no?» Unos jueces que se sienten francamente mal por haber visto, puntuado y aceptado la ejecución de Comaneci, a todas luces muy enferma.

Hay varias personas, médicos, enfermeras y dos funcionarios rumanos, alrededor de la cama de Nadia, ella tiene mucha sed y parece ansiosa por hablar con el cirujano, un estadounidense que huele a limón y que le habla pronunciando claramente cada palabra para que entienda la gravedad de su estado. Ella se atribuye toda la responsabilidad de la decisión, es el sentido del deber, le repite, «sí, eso es, se-ñor ca-ma-ra-da doctor, ser una atleta de... para nosotros, en Ru...manía, si no sufres es que no has... ido... hasta el final. ¡Nada de hero...ico, oiga! Una de...cisión tomada con toda confianza, papá. ¿Pa-pá? Noooooo... Doctor, perdone.»

No, continúa con mucha dificultad, ese día Béla no le ha hecho correr riesgos extremos. Y de esas «secuelas permanentes» de las que habla el cirujano, Béla no sabía nada, lo jura.

Salen de la habitación, la oyen proseguir su monólogo con la voz debilitada por los calmantes: «Es MI elección obedecer. TÚ siempre me haces creer... que puedo hacer cualquier cosa. O bien... la elección... ya no sé có... cómo... porque estoy infestada. In-FEC-tada, perdón.» Más tarde llama a la enfermera de noche, que manden venir a su intérprete, que le preparen una rueda de prensa, pero la enfermera no entiende nada, le trae un vaso de agua efervescente. Nadia se parte de risa recordando las patrañas de Béla, ese discurso grotesco, blablablá todo lo que nos debes, Nadia, blablablá, todos estos años... ¡Pero si ella haría cualquier cosa! ¡Cualquier ejecución sin protección! Si no me parto la crisma haciéndolo, ¡siempre estoy dispuesta! Papá mi entrada a la barra de equilibrio he inventado otra porque yo Dios mío imposible terminar la frase. A la mañana siguiente, sus palabras son ilegibles.

—¡Qué imaginación! Se diría que estaba usted a mi lado en la sala de reanimación... ¿Sabía que tengo una cicatriz a lo largo de todo el brazo? He pensado en una cosa mientras leía este pasaje: cuando era pequeña y la gente se enteraba de que entrenaba seis horas al día, pasaba a ser «esa pobre chiquilla». Si hubiera sido un niño, nadie me habría compadecido, ¿verdad? Ya conoce el viejo dicho: ¡el deporte hará de ti un hombre, hijo mío! ¿Es que eso no vale para las niñas? A mí me gustaba eso, cuántas veces tendré que decirlo, yo lo escogí.

—Creo que lo que me cuenta no tiene nada que ver con lo que ocurrió en Fort Worth. No pasa nada, dejémoslo.

TESTIMONIO DE RODICA D.

«—Geza y Béla dormían en nuestra habitación. Y si queríamos ir al baño, teníamos que hacer pipí con la puerta abierta.

—¿Por qué?

—Tenían miedo de que bebiéramos demasiada agua y pesáramos más. Nosotras, antes de tirar de la cadena, nos subíamos al váter con un vaso y bebíamos el agua de la cisterna. Cuando nos duchábamos nos vigilaban, no teníamos permiso para levantar la cabeza...

—¿Qué comíais antes de las competiciones?

—Por la mañana, una loncha fina de salami, dos nueces y un vaso de leche; por la noche, lo mismo pero sin las nueces.

—¿Había tenido ya problemas de salud importantes?

—¡Muchos! El pie roto, el hombro roto y otras cosas. Recuerdo que cuando tuve la regla por primera vez la enfermera me puso una inyección y ya no volví a tener ninguna durante un año.»

—¿Será posible! Pero ¿qué cuenta ésa ahora? ¡Estábamos mimadas! Lo único que teníamos que hacer era entrenar. Nuestras habitaciones tenían calefacción, estaban limpias y nos alimentaban gratis. ¿Anorexia? ¿Laxantes? ¿Diuréticos? Sí, ¡para ser gimnasta hay que ser ligera! ¿Accidentes? Los hay, pero no tantos. Si te paras a contar... ¿Así que la chiquilla está «destrozada»? Francamente, ¿a qué viene esa palabra? ¿Heridas? A veces ocurren si una niña no tiene suerte o no está en forma. La única vez que yo... que no escuché las señales del dolor fue en Fort Worth.

»Sé que le sorprenderá, pero los peores casos se dieron en los Estados Unidos, porque sus escuelas de gimnasia eran privadas y caras, así que desde muy pronto las chicas necesitaron patrocinadores y agentes, había dinero en juego. ¡Tenían que ganar dinero para devolver los préstamos solicitados por sus padres, que se endeudaban por un montón de años! La inversión de los padres unida a la obsesión por el rendimiento... Kristie Phillips sentía que le “echaban la culpa de su pubertad” cuando empezó a perder porque había crecido. Betty Okino se rompió el brazo compitiendo porque la obligaron a entrenar con un principio de fractura ¡para no perder el dinero del patrocinador! Kelly Garrison compitió con un pie roto por la misma razón. Además, con el peso parecían todas una montaña rusa. ¡Nosotras, en Rumanía, no íbamos a hincharnos a la tienda de la esquina porque ni había tienda ni teníamos dinero! Es cierto, algunas gimnastas toman ibuprofeno todas las mañanas. Otras toman sistemáticamente analgésicos el día de la competición. ¿Y eso está bien? No. ¿Y yo lo he hecho? Sí. ¿Me vi obligada? ¡No! Simpatizo con las que se sienten destruidas por este entorno, pero no tengo ninguna empatía.

—¿Puedo escribir eso, Nadia?

—Sí, puede. Sería magnífico descubrir que se puede ganar trabajando muy poco,

pero lamentablemente no es así. ¿Le da tiempo a tomar nota? Ah, es verdad, que lo graba todo, y yo aquí saltando de un tema a otro, lo siento. Y la cosa no se quedaba en la química, oiga, Béla lo tenía todo previsto... Por ejemplo: un psicólogo nos hacía un seguimiento, nos mandaba hacer puzles para ver cuánto tardábamos en cansarnos, comprobaba nuestra capacidad para mantenernos frente a algo que se nos resistía. Béla invitaba a gente que pasaba por ahí a presenciar el entrenamiento y los animaba a hacer ruido, a gritar: «¡Nadia! ¡Mariana!» para desconcentrarnos. Incluso llegamos a ejecutar los programas sin calentamiento previo por si algún día nos encontrábamos en esa situación. Estábamos listas para todo. ¡Menudos monstruos!

(Ríe.)

Como sabe que escribo cronológicamente, probablemente no cree que abordemos los Juegos de Moscú, en julio de 1980.

—Si estaba usted acostumbrada a todo, supongo que no podemos culpar de su caída del 23 de julio de 1980 a las bandas militares que los rusos habían apostado en las gradas y que cantaban «Nadia cae cae cae» cuando pasaba usted, ¿verdad?

—¿Cómo? ¡No recuerdo nada de eso!

—De acuerdo... ¿Y qué pensó usted cuando, en Moscú, Béla Károlyi le dio una bofetada a Melita R. cuando cayó de la barra de equilibrio?

—¿Quién le ha contado eso? A lo mejor es verdad, yo tenía otras cosas en la cabeza...

—¿Atribuye acaso ese... patinazo al hecho de que sabía que, si no conseguía un resultado excelente, en Rumanía le cerrarían la escuela?

—¿Un resultado excelente? ¿Qué es un resultado excelente? La gente dice la gente dice... ¿Sabe una cosa? Algunos dicen que en Moscú no alcancé el éxito... ¡Cuatro medallas, el oro en suelo y barra de equilibrio y la plata por equipos! ¿Y bien? Recibí un montón de cartas de gente de Rumanía que me acusaban de haberlos arruinado, ¡que les debía un televisor nuevo! Lo habían arrojado por la ventana, angustiados y nerviosos mientras esperaban mis puntuaciones. Lo que diga la gente...

—Estoy de acuerdo. En Moscú estuvo extraordinaria, en serio. Una teoría que me parece interesante es la que dice que en 1976, en Montreal, su inocencia (al fin y al cabo, sólo era una niña) combinada con su perfección técnica contaminó de alguna manera a los jueces, como si no se atrevieran a hacer chanchullos frente a su imagen de aparente pureza...

—¿Pureza? Entonces, los embrollos que hubo alrededor de mis notas en Moscú ¿los atribuye a alguna «impureza» mía porque ya no era una niña? No lo entiendo. Oiga, no estoy segura de que podamos continuar. ¡Usted se dedica a empañarlo todo! ¡Las zonas oscuras, las zonas oscuras! Usted me obliga a juzgar todo el tiempo. ¡Me niego a ser la juez de otra persona!

Dicho esto cuelga el teléfono, enfadada, no volvemos a hablar durante tres semanas. Luego recibo una postal, está de vacaciones, y como posdata, esto: «Béla era duro conmigo, pero yo había establecido una estrategia de defensa. Por ejemplo: si sabía que podía hacer quince largos de piscina, a él le decía que me veía capaz de hacer diez; así ¡me quedaban cinco de reserva! No me pudo destrozar porque nunca supo dónde estaban mis VERDADEROS límites, nunca los desvelé.»

Por qué insiste, años más tarde, en negar lo que las otras denuncian, por qué no solidarizarse, por qué ese montón de versiones oficiales, por qué ese empeño en plantar batalla, en discutir hasta la más mínima debilidad, esa presunción de omnipotencia, «yo no lloré nunca», esa reescritura constante de todo lo que podría hacerla entrar en la categoría de «pobre chiquilla».

Conozco a X, un periodista rumano que prefiere permanecer en el anonimato. Según él, Nadia tenía una conciencia aguda, milimétrica, de sí misma. La clave de su superioridad técnica residía en su capacidad para realizar cálculos mentales ultrarrápidos para corregirse y afinar el tiro sin interrumpir el movimiento.

Por supuesto soy yo quien la llama a ella, y por supuesto no hago ninguna alusión a nuestra discusión ni muestro irritación alguna. Me limito a contarle mi conversación con el periodista. Suscribe sus palabras con entusiasmo, contenta de desvelarme una ínfima parte de su «receta», un secreto de fabricación:

–¡Eso es! Conseguía corregirme a lo largo de la rutina, bueno, eran detalles invisibles, levantar un hombro, la posición de la cabeza..., ¡nadie notaba nada!

–Maquillaba sus errores con toda naturalidad, ¿se puede decir así?

–Sí, en efecto. ¡Lo reescribo todo! Aunque... ¡con discreción!

MOSCÚ, *IN MEMORIAM*. ELENA M. 1960-2006

Comaneci Nadia, el dorsal 50 inscrito en la espalda del maillot escotado en V, se dirige a la barra de equilibrio. Relega a la oscuridad las hadas y todos esos viejos cuentos llenos de niñas atemorizadas que necesitan ser guiadas para no perderse, víctimas de su ligereza. Destierra la infancia y reescribe el espacio con sus manos afiladas, pasa como un hilo de seda y dibuja con el pie un gran sol invertido, el hechizo sobreviene a través de sus flashes, Nadia será la intocable. Por un momento, sobre la barra, no resuena ninguna música en el pabellón, evoluciona en medio del silencio. Y es una calma tan vasta, esa extensión, Nadia rubrica el aire con sus brazos sinuosos, sus manos se lanzan a ciegas hacia atrás, patada al sol e inversión. De pronto, justo cuando prepara su salida, surge eso en lo que no hay que pensar, nunca jamás, bajo pena de quedar hechizada, secuestrada por la imagen de la nuca que golpea la madera, la cabeza que da primero contra la barra. La ausencia de Elena se inmiscuye. Elena la huérfana, a quien sus entrenadores consideraban una sustituta y que, sin embargo, lo ganó todo en Estrasburgo. Elena, que cayó unos días antes de la inauguración de los Juegos, durante un entrenamiento. Se murmura que la obligaron a volver demasiado temprano, antes de que el hueso se hubiera soldado. No se sabe nada del accidente, salvo esto: el salto Thomas, su especialidad, lo ejecutaba a regañadientes (santiguándose a escondidas de su entrenador). Un día me romperé el cuello, señor profesor. No, Elena, las niñas como tú no se rompen el cuello. Las niñas como tú no terminan recluidas en una habitación en una silla de ruedas, la nuca rota, hostia, paralizada del cuello a los pies tras una súper E, y habrá que esperar un año, luego dos, diez y otros diez todavía antes de morir una vigilia de Navidad a consecuencia de las «secuelas del accidente».

Nadia se sumerge, la pierna tras ella en arabesco, un largo suspiro trazado a pincel. Luego, con el pie derecho en punta hacia delante, se aleja de las muertas, de las derrotadas, todos esos sollozos de niñas fracturadas, y con parsimonia da la vuelta –flic flac– a las cartas de la mala fortuna, vencidas una vez más, y los saluda, se han puesto en pie, locamente amantes, conmocionados por haber percibido el terrible olor de una mala fortuna rechazada.

UN PROCESO Y SU VEREDICTO BIOLÓGICO

«Querida Nadia. Estabas mmmmmm cuando hacías ese gesto con la mano al final de tu ejercicio de suelo. Mi gatita mecánica. Hoy, Nadia tiene dieciocho años, lleva sujetador y tiene que afeitarse las axilas», concluye el columnista del *Guardian* en un artículo de julio de 1980.

La gente se ofende, ¡venga ya, ése si pudiera le husmearía las bragas! No, en serio, se ha pasado de la raya. En cambio, todo esto es racional: aunque esperábamos que atravesaría su destino biológico, sencillamente, «la chiquilla se ha transformado en mujer y la magia se ha esfumado», como reza el titular de un periódico francés, mientras otro propone: «De gran niña a mujer. Veredicto: se ha roto el encanto.»

Cuál es esa magia por la que guardan duelo, un proceso hormonal, ese veredicto que entierra un sueño obsesivo, el de un cuerpo que, mientras usted saludaba a los jueces, no ofrecía ningún relieve, salvo unas costillas salientes bajo el tejido ceñido. Así, la muda señalada con el dedo sería una debilidad que se muestra incapaz de superar, una afrenta hacia aquellos que le acariciaban con la mirada la piel aterciopelada, algo que nunca se mencionó en el contrato amoroso que la une a la tierra entera desde 1976.

MOSCÚ, 23 DE JULIO DE 1980

¡No le concederemos un diploma de honorabilidad a la Unión Soviética! ¡No iremos! Rostros ofendidos, debates encendidos, las cadenas de televisión occidentales hablan mucho y alto. Esgrimen revelaciones que no lo son, como si acabaran de desenterrarse y fueran las más sucias que se han oído jamás.

Apenas unas semanas tras el anuncio de la invasión de Afganistán por parte de las tropas soviéticas, el 27 de diciembre de 1979, seguido del anuncio del arresto domiciliario de Andréi Sájarov en Gorki, se convoca una reunión para encontrar una salida que permita contentar a la opinión internacional y cumplir los contratos comprometidos con la industria olímpica. Al final parece que se consiguen trazar las líneas de un simulacro de acuerdo abollado: iremos. Pero no participaremos en la ceremonia de inauguración. Iremos. Pero enarbolaremos la bandera olímpica en lugar de la francesa, la portuguesa o la británica, y así sucesivamente la de los quince países que no se pueden permitir el lujo de anular sus múltiples contratos y que deciden que, en caso de victoria, harán sonar el himno olímpico en lugar de los himnos respectivos, reacios a sonar en la Unión Soviética.

*

«Dónde está mi muñeca, quién se ha llevado mi muñeca», lloriquean, reunidos en el vestíbulo de periodistas del estadio Lenin tras la actuación de Nadia. No, no se dejarán engañar, no permitirán que les cuelen a ésa en el lugar de la Adorable. Poco a poco su decepción da paso a una cólera acre, la chica se ha tragado el pasado, la ligereza del verano de 1976 y aquella «Ru-ma-ní-a» que pronunciábamos maravillados, saboreando su acento y la forma en que se recolocaba la goma de la cola de caballo, su mirada casi vacía antes de entrar en acción, un juguete implacable, ¡siempre a punto!

Procederán a las formalidades con el respeto debido a una antigua hada a la que van empujando poco a poco hacia la salida, a ella, a quien ya no saben cómo llamar... ¿Una ardilla? Desde luego que no. Un pájaro, quizá, ese albatros de «alas invasivas» que cae, el 23 de julio de 1980, fotografiada en la portada de todos los periódicos. Ese día en que Comaneci cayó. De espaldas, con la mano tendida hacia una ayuda que no llegará, un cuerpo poco agraciado encorsetado por sí mismo.

Cayó apenas ayer y menudo retorno esta misma mañana, en las barras asimétricas, una joya desdeñosa que obliga al ordenador a volver a jugar con las comas: 10,00. No es más que un último coletazo antes del fin, explican los doctos. Pero he aquí que saca otro 10, esta vez en la barra de equilibrio. De acuerdo, todavía es la reina, pero «bella y triste» por su anunciado fin (puesto que el fin ha sido ya escrito y enviado por fax al periódico). Una reina festejada prematuramente antes de ser invitada, a la postre, a conformarse con su veredicto, ese jueves 24 de julio.

Un veredicto emitido antes del juicio. Una cacería cuyo toque de acoso suena demasiado temprano, unas comas alteradas por unas manos enguantadas para no dejar rastro, y unos jueces que se disputan sus restos, los últimos pedazos buenos de un cuerpo embarazoso que simulan evaluar. Puesto que Nadia está fuera de lugar. Ella y Nellie Kim, de veintitrés años. La Enfermedad también ha pasado por Nellie y los rusos han limpiado el equipo de sus estigmas, igual que Béla; basta con mantener una única chica en la fase terminal de la infancia para demostrar que no se tiene nada contra ellas. Los diecinueve años de la nueva sensación soviética, Davydova, son una falta que se perdona, ya que sus caderas son minúsculas y ondulan como frente a un encantador de serpientes, lanza una mirada a sus entrenadores, que la animan guiñándole el ojo, noventa segundos de porno infantil y malicioso.

Hace una semana, me llama cuando para mí pasa de medianoche. Es a propósito de Moscú. Murmura:

—Sé que dirá que evito hablar de lo realmente importante, pero para mí, Moscú es... doamnă^[2] Simionescu. Y es mi última competición, sabe, así que pensé...

Pleitea. Es una chiquilla que maniobra para que escriba la historia que ella tiene ganas de leer, por favor por favor, cuéntales lo de la señora Simionescu. La juez principal rumana que también había sido la primera profesora de ballet de Nadia cuando era pequeña, en Onești.

—No es que no quiera hablar del boicot... ¿Qué sabía yo de eso? Nos preparamos para los Juegos, nos dicen los occidentales no vendrán porque hay guerra en Afganistán. De todos modos, en esa época las estadounidenses no eran rivales dignas de ese nombre, y en Rumanía no necesitábamos nada para odiar a los rusos. ¿Qué pretendían descubrir, a esas alturas, los occidentales?

—Al empezar, ¿ya sabía que ésa sería su última competición?

—No... Puede que un poco. Estaba muy cansada. Todo continuaba igual, no paraban de repetir que había cambiado. Conocía a algunos de esos periodistas desde Montreal ¡y me habría encantado decirles que ellos también habían cambiado!

—Fue la última vez que la vimos con Béla.

—¿Sabe una cosa? —triunfante—. El 24 de julio, Béla lloró.

LA SEÑORA SIMIONESCU

La señora Simionescu no tiene ninguna prueba de lo que sucede ese día bajo su mando de juez principal, un título irrisorio que, en realidad, no le da ningún poder. ¿Y qué puede decir? ¿Que al entrar esa mañana en la sala donde toman el café antes de las competiciones algunos jueces parecían irritados? Y el discurso del representante de la Federación Soviética durante el desayuno no la ha tranquilizado en absoluto, ese «cada Olimpiada tiene sus imperativos geopolíticos».

Sería absurdo creer en un amaño. Pero entonces ¿por qué han hecho esperar veinte minutos a Nadia y han autorizado a Yelena Davydova a competir? Toda una oportunidad para la soviética, que ha evitado la presión de una hipotética nota demasiado alta de Nadia. ¿Por qué la nota de la soviética ha aparecido casi instantáneamente tras su saludo? Se diría que la han anotado a medio ejercicio.

Y ahora que Nadia está sobre la barra de equilibrio, no ve más que sus cráneos agachados hacia la hoja de papel. ¿Qué anotan? ¿Por qué?

La están diseccionando. Necesitan encontrar algo para justificar el veredicto que les han dictado. Los largos brazos de Nadia golpean el aire durante un milisegundo: ¿ha estado a punto de perder el equilibrio tras los mortales atrás? Y en su rodilla ¿no se ha atisbado el inicio de un temblor durante la pirueta? Anotemos: vacilación.

Maria Simionescu espera la puntuación. Béla espera la puntuación, sereno. Su Nadia ha estado imparable. Diez minutos. Veinte. Veinticinco minutos de deliberaciones, la muchedumbre grita «DA-VY-DO-VA» frente a un grupo de rumanos: «NA-DIA.» Un hombrecillo que lleva la camiseta oficial se irrita, pero qué manera de perder el tiempo, consulta el reloj, qué realismo, uno hasta está tentado de creer que son auténticos los visibles gestos de contrariedad que dedica a los jueces alemán oriental, checo, soviético, búlgaro y rumano, en pleno conciliábulo. Unos funcionarios soviéticos, personajes secundarios indispensables para la credibilidad de la escena, van y vienen con aire preocupado. Ahora, el pabellón entero silba. Béla grita al público que se calle, levanta el puño, un último numerito del loco furioso. Discretamente, Yelena Davydova recibe las felicitaciones de sus entrenadores, ella les recuerda que la nota de la rumana todavía no ha salido.

Y la señora Simionescu. Que le dio los primeros cursos de danza clásica a Nadia. Que, entre lágrimas, arruga los pedazos de papel que al fin le han entregado, los resultados de Comaneci. No, le repite al hombre que consulta el reloj, Iuri T., no, yo no pienso hacerlo, no, no pulsaré el botón que oficializará esa cifra vergonzosa, esa mentira, en el marcador. No se puede hacer nada si ella no valida el resultado. Y ahora son tantos los que la rodean y le ruegan que sea razonable, personas que no conoce, vamos, querida camarada, ¿qué piensa hacer? Centenares de cámaras apuntan a Nadia, una retahíla de fotógrafos, con el aparato en bandolera colgándoles sobre el bajo vientre, listos para entrar en acción, ella está de perfil, inmóvil, la Reina de hielo que no sonreía nunca. La que fue la chiquilla, lívida, frente a los abucheos de la masa:

el veredicto, por Dios, el veredicto.

De pronto, el hombrecillo del reloj se inclina por encima de la señora Simionescu y pulsa el botón. Al momento, las gradas la aclaman entre risas, DA-VY-DO-VA, menuda lección para la rumana, has visto lo pálida que está, y señalan con el dedo al entrenador rumano, bañado en sudor, que le chorrea desde los ojos, Béla, que corre hacia Iuri y le toma las manos con una de las suyas, azorado, cómo puedes, Iuri, el mundo es testimonio, ha estado espléndida, coño, Iuri, tú has sido deportista, y el soviético le susurra unas palabras confusas, no te preocupes, es complicado, pero lo arreglaremos antes del podio, le daremos un 9,90, o algo así, lo suficiente para proclamarla primera empatada. Béla aparta a las niñas flacuchas de su camino, se dirige hacia los jueces, seguido por guardias dispuestos a intervenir, no se oye nada de lo que le dice a esa dama de moño rubio, la juez polaca, que ya está recogiendo sus cosas y sacude la cabeza sin mirarlo, la muchedumbre grita con alboroto, lo han entendido: la bandera soviética está imperceptiblemente izada un poco más arriba que la rumana, Béla la busca con la mirada –mi ardilla–, su Nadia superviviente de un campo de Vėras que hoy están acabadas, no la ve porque la rodean, todos están a sus pies, literalmente, pues ya no queda sitio a su alrededor. La que no sonreía nunca llora ante las cámaras y, como si fuera un fenómeno meteorológico que uno se apresura a dejar bien anotado porque sabe que no lo volverá a presenciar, la voz en off del locutor de la NBC repite: «Llora. Llora. Madre mía, cómo llora. Todas las lágrimas de su cuerpo.»

9,85.

Todas esas obligaciones. Ingeridas diligentemente, las incesantes exigencias que tiene que satisfacer se devanan de su ser atravesado de películas y flashes, una radiactividad mundial. Estamos rodando, cielo. El orden del mérito de la nación del heroísmo, todo se desmorona, *yes sir*, me viene la imagen de Comaneci llorando, su cuerpo es un campo de cruentas batallas que ellos libran y disputan, todos, ese cuya sombra se encuentra por encima de Béla, ese más-que-Béla de la República socialista de Rumanía, que a fin de cuentas no es más que otro Béla, todos mánagers, todos, todos corrigen sus gestos uno por uno, la colocan de modo que sea más eficaz, más ligera, de fácil acceso. *Yes yes yes*, las ojeras marrones se ven acentuadas por las luces que le agitan por debajo del rostro, pues ahora están aglutinados entre sus piernas y gritan su nombre como si estuviera muriéndose, Nadia, una palabra, Nadia, una palabra una palabra.

BIOMECÁNICA DE UN FIN COMUNISTA

Se han terminado los recibos de gasolina del Mercedes pagados por el Partido, como se ha terminado eso de que, como ocurría a veces, Béla decretara que el perfume de los que lo vigilabanapestaba y exigiera que fueran devueltos a las altas esferas, yo elijo a mis propios guardias, amigos, a poder ser evítenme los maricas con pluma. Esa mañana, en el aeropuerto de Moscú, Béla no dice nada. Sube al avión hacia Bucarest sin un solo improprio, indiferente a sus ardillas. Vuelven a casa. Lo convocarán al cuartel general a última hora del día. Siempre que vuelve del extranjero lo convocan, tiene que dar explicaciones sobre por qué sólo han ganado oros, por ejemplo, o por qué ha llevado a las pequeñas al ballet o al museo sin autorización, en fin, fruslerías sin importancia, detalles. Que su viejo amigo Ilie V. hace desaparecer con humor, abre su cartera marrón: «Vamos, échalo todo ahí dentro, ¡mañana por la mañana te lo devuelvo todo limpiito y bien planchado!» Ilie, miembro del Comité Político y del Comité Central, viceprimer ministro de 1978 a 1979, primer ministro hasta anteayer.

*

¿Ha hablado de «Juegos corruptos» en la cadena ABC? ¿Ha sido capaz de conseguir un título olímpico por equipos? ¿Es que se ha vuelto loco? Nadia cometió dos errores en la barra de equilibrio ¡y él venga a imaginar una conjura de los rusos! Ésta es la pura verdad: un equipo de perdedoras, de malas perdedoras. Y la prensa norteamericana, esas fotografías atroces de gimnastas hambrientas en Fort Worth... ¿Qué van a pensar en Occidente, que en Rumanía se come mal? ¿Y qué hay de sus bromas, grabadas el 7 de febrero de 1978, durante una conversación telefónica en la que Béla se mofó de forma «ostensible y vulgar» de las apelaciones a la gloria del Camarada?

Béla pide un vaso de agua mientras siguen enumerándole reproches; nunca ha tenido que mendigar nada para beber, con este calor, treinta y ocho grados, esto parece el agujero del culo de una vaca rusa, camaradas, pero ellos no ríen, se miran como si sus palabras confirmaran un diagnóstico. Y le dan largas, regocijándose con su incomodidad, casi se diría compungido sin su «protector» Ilie V., que acaba de ser desposeído de sus funciones por orden de la Científica Más Reputada del país.

Terminado el cuento, terminada la aventura, no queda sino un número: 1981. El año en que el Conducator decide que el deporte dejará de ser una actividad reservada a una élite (¡¿un «Hada»?!) adorada por los occidentales. El país entero se adorna de trabajadoras jóvenes y modestas que corren, bailan, patinan y saltan. Volvamos a empezar sobre unas bases sanas y pongamos el acento en las competiciones populares, las «Daciadas», en las que: «Todos pueden participar, ¡pero sólo los

mejores!» Porque ¡ya está bien de Nadia, Na-dia, NA-DIA! Además, inmediatamente después de la ceremonia de su retorno de Moscú, el Camarada exige una loción con alcohol, estremecido de asco por haber rozado la mejilla de Nadia; ese montón de polvos y cremas de color beige en un intento de disimular un granito que no es sino una mezcla de sangre y de pus que delata la acción de unas hormonas desatadas.

«¡Demasiadas calorías!», declara la Científica Más Reputada del Mundo. ¡Es culpa de un mal estilo de vida! Nadia ha salido a imagen del país: los rumanos consumen tres mil trescientas sesenta y ocho calorías al día, los alemanes únicamente tres mil trescientas sesenta y dos: sin duda ha llegado la hora de llevar a la práctica ese «programa de alimentación científica» concebido por la propia Camarada tras el incidente del granito. Les enseñaremos a alimentarse, a ese pueblo de holgazanes, si esto continúa así ¡vamos a perder a todas nuestras maravillosas niñas! El peso de las mujeres de este país, de las fofas, de las perdedoras, las hace incapaces de afrontar la vida con «la fuerza y la ligereza» preconizadas por el Camarada durante su último discurso televisado.

A PARTIR DEL 17 DE OCTUBRE, EL PAN, LA HARINA, EL ACEITE, LA CARNE, EL AZÚCAR Y LA LECHE ÚNICAMENTE SE PODRÁN ADQUIRIR MEDIANTE LA PRESENTACIÓN DE UN DOCUMENTO DE IDENTIDAD Y DE BONOS ESPECIALES. CANTIDADES AUTORIZADAS POR SEMANA Y POR PERSONA:

CARNE: 550 GRAMOS; LECHE Y PRODUCTOS LÁCTEOS (A EXCEPCIÓN DE LA MANTEQUILLA): 1 LITRO; HUEVOS: 5 PIEZAS; VERDURAS: 700 GRAMOS; FRUTA: 520 GRAMOS; AZÚCAR (INCLUIDOS LOS PRODUCTOS AZUCARADOS): 400 GRAMOS; PATATAS: 800 GRAMOS. CONSUMIR EL 30% DE LOS PRODUCTOS DURANTE EL DESAYUNO, EL 50% DURANTE EL ALMUERZO Y EL 20% DURANTE LA CENA. SE SOBRENTIENDE QUE ESTAS PROPORCIONES VARIARÁN EN FUNCIÓN DEL SEXO, LA EDAD O LA ACTIVIDAD.

Es Nadia quien me hace llegar este anuncio publicado en esa época en el diario Scînteia, acompañado de una breve explicación: «Era tremendamente difícil, tenías que dedicar un montón de tiempo a informarte sobre las llegadas, poner el despertador a las tres de la madrugada para llegar el primero al almacén y coger lo que encontraras, la mayoría de las veces ni siquiera sabías por qué hacías cola, simplemente te quedabas donde veías que esperaban los demás... Hacíamos trueques con los vecinos. Mi madre acumulaba alimentos; es paradójico, pero en esa época las neveras estaban llenas. En los últimos años, como Ceaușescu lo exportaba absolutamente todo, no teníamos nada, así que claro, no hablábamos de otra cosa que de lo que soñábamos comer... Esto le hará gracia, pero esas conversaciones obsesivas las he vuelto a encontrar aquí, ¡en Occidente! Todas esas dietas, esas recomendaciones del Ministerio de Sanidad, de las revistas, ¡los mismos anuncios que nosotros durante el comunismo! Bueno, los estados siempre se ocupan de lo que comemos, ¿verdad?»

EL EXPEDIENTE KATONA

El expediente de la Securitate dedicado a Béla y en el que los agentes «Nelu» y «Elena» lo consignan todo, incluso sus conversaciones cotidianas con su mujer o su madre. Páginas y más páginas de detalles absurdos obtenidos a través de los vecinos, de amigos, de colegas, todos ellos a su vez vigilados, tal vez, por aquellos a los que creen vigilar. Un montón de pequeñeces que pretenden trenzar estrechamente la respiración de todo el mundo, hasta tal punto que ya nadie en el país quiera abrir la boca.

*

¿Por qué no lo meten en prisión? ¿Por qué, al final, lo dejan tranquilo tras el interrogatorio post-Moscú, e incluso le vuelven a confiar el equipo para esa «Nadia Tour 1981» encargada por los estadounidenses y que aportará al Estado rumano unos doscientos cincuenta mil dólares? Esa gira en la que está permanentemente rodeado de «periodistas». «Vaya, chaval, menuda sorpresa, así que ahora eres “periodiiiista”», le suelta Béla, la mañana en que salen de viaje, a un miliciano que ya lo había vigilado en Onești.

Es en noviembre de 1976, inmediatamente después de Montreal, cuando se dispone una vigilancia especial alrededor de Béla, ese «megalómano, engreído, egoísta, materialista, que tarde o temprano huirá a Occidente». Algunos agentes se disfrazan de instructores deportivos para no quitarle ojo. Cada vez que Béla y Márta se ausentan de su casa entran en ella, lo registran todo, la ropa queda esparcida por el suelo, los armarios abiertos. Saludan a los vecinos al salir para que le transmitan el mensaje a Béla, volverán a la semana siguiente para cambiar las pilas a los micrófonos. Le cortan la electricidad, el teléfono, convencen a los empleados de la tienda de comestibles Mercur de que «se olviden» de sus encargos, persuaden a la profesora para que, bajo cualquier pretexto, se niegue a aceptar a su hija en el parvulario. Al fin, una mañana, se presenta en la sede local de la Securitate y trata de agarrar la copia de sus llaves, que le agitan delante de las narices.

Béla se despierta todas las noches, cree oír el crepitar de los micrófonos instalados en su casa. Está agotado. Quejas anónimas de gimnastas, también de médicos, que lo acusan de sobreentrenar a las niñas, de infraalimentarlas e incluso de pegarlas. Béla sospecha de todas las niñas menos de ella, ella no, ¿y por qué ella no, al fin y al cabo? A veces, al terminar una de esas cenas que organiza improvisadamente y en las que todos están invitados, entrenadores, periodistas, vecinos, se encarama a la mesa del comedor y al amanecer, borracho, con los brazos abiertos en cruz, grita «Enfeeeeermo» hacia la pared, sin que nadie sepa si insulta a los y las que todo lo graban o si, desesperado, clama que lo liberen de una vez.

DESMENUZAR LO IMPOSIBLE

Unos meses antes de que la escena sea real, correr por el pasillo del hotel, llamar a su puerta, primero con discreción, luego empapada en lágrimas, señor profesor, ábrame por favor, Nadia percibe ya, sin descifrarlos, sus primeros brotes: Béla pide a menudo que lo sustituyan, lo convocan a Bucarest por «asuntos», recibe correos oficiales que rasga con furia incluso antes de leerlos y cuyos pedazos Márta recoge en silencio.

Un atardecer en que se encuentran los dos en el gimnasio vacío, recogiendo las colchonetas, de pronto Béla toma a Nadia en sus brazos y la mece por un instante.

Y durante años ella contará esa escena como si fuera de una película, corrió por ese pasillo enmoquetado de azul oscuro y, una vez dentro de la habitación vacía, vacía, vacía, miró por todas partes. Detrás de las puertas, varias veces, aunque no tenía ningún sentido, Béla era demasiado grande para esconderse detrás de una puerta, por mucho que fuera la de un gran hotel estadounidense.

Rápidamente recobrará la compostura hacia el final de la historia. Se negará a comentar la desertión del hombre al que a veces, de pequeña, llamaba papá, llevándose enseguida la mano a la boca entre risas y diciendo perdón profesor.

El último día de la gira, en Nueva York, Béla le confiesa a Nadia que no volverá a Rumanía y ella se funde en lágrimas y le suplica que la deje quedarse con él. Él se niega, es demasiado joven, cómo podría asegurarle una vida decente en ese país, escribe Béla en sus memorias.

Falso, me responde, categórica. Estaba «adiestrada» (utiliza este verbo) para no reaccionar a nada de lo que afirmaba Béla, una distancia que constituía una protección indispensable, no creyó que Béla se fuera a marchar, o sea que no lloró, insiste, como si se tratara de un detalle crucial. El episodio de la desertión de los Károlyi se anuncia difícil de desentrañar.

Todas las frases del expediente de la Securitate dedicadas al suceso comienzan por «parece que»: parece que Béla propuso a Nadia que desertara con él. Parece que los estadounidenses ayudaron a Béla a huir, mantenían contactos desde 1978. Parece que las numerosas compras realizadas por los Károlyi en Nueva York tuvieron por objetivo no levantar sospechas, igual que la llamada de Geza a su mujer pidiéndole que lo fuera a buscar al aeropuerto al día siguiente porque iría muy cargado.

Al final reconstruyo una versión plausible: a las nueve y media de la mañana del día en que deben partir, todo el equipo acude a un centro comercial situado a quinientos metros del hotel. Béla y Márta son vistos por última vez delante de una joyería, luego desaparecen. A las doce del mediodía faltan tres personas a la cita: Béla, Márta y Geza. A las tres se da aviso a las autoridades rumanas; es hora de ir hacia el aeropuerto.

–Esos detalles, todos esos detalles –me dice Nadia, agitada, cuando me llama–, ¡temo que enturbien lo esencial! ¿Cómo entenderán los lectores hasta qué punto fue dura la decisión para Béla? ¡Ustedes siempre han viajado con billete de ida y vuelta! Decidir que te pasabas a Occidente implicaba abandonar a tu familia, tus amigos, y además sabías que los vigilarían el doble. Era una decisión terrible, llena de culpa... No lo entendí hasta que todo el mundo empezó a buscar a Béla. Fue como si me despertara. Corrí a la recepción y me inventé alguna excusa para que me dieran su llave. Su habitación estaba vacía. Era... el fin. Creía que él... no se iría nunca. En el avión las chicas lloraban, los agentes de la Securitate estaban muertos de miedo, discutían, trataban de elaborar una versión para cubrirse.

El expediente Katona termina así: el acoso del poder, su reputación en decadencia después de Moscú y sobre todo la relación tensa con Nadia, acaparada por El-Hijo-de Ceaușescu, todas esas razones explican que...

La prensa rumana acusa a Béla de alta traición, se confiscan sus bienes y se redobra la vigilancia sobre todo su entorno y sobre sus gimnastas.

Creo entender que Nadia apoya sin ambigüedad la desertión de Béla, pero ella me saca de mi error:

–Se fue dando un portazo y yo me quedé encerrada con llave. Era... prisionera, sólo que en mi propia casa. Exiliada. Aunque en el interior.

–Aun así..., usted debió de imaginarse que se quedaría en los Estados Unidos, tras ese discurso tan emocionante, el día antes de su fuga, delante de todas las chicas, para decirles que tendrían que seguir trabajando duro, incluso sin él.

–¿¿Cómo?? No... ¿Quién cuenta eso, él? De acuerdo...

(Inspira profundamente.)

–Ya se lo he explicado: sí, el día antes, en el pasillo del hotel, me dijo que se iba a quedar, pero me lo tomé a broma, como una especie de provocación.

–¿Una provocación? ¿Pensó que trataba de tenderle una trampa, como esos agentes de la Securitate que confiaban su deseo de huir a la gente de su entorno para incitarlos a confesarse?

Nadia no responde a mi pregunta, pero baja la voz. De pronto recuerda «algo interesante»: una llamada que recibió cuando subió a su habitación del hotel para coger la maleta (en ese momento, los entrenadores ya habían desaparecido y los buscaban por todos lados).

–Esa mujer (ni idea de quién era) me dijo que me llamaba de parte de Béla para saber si quería quedarme en los Estados Unidos con él o volver a casa. ¡Por supuesto, colgué!

La escucho con la extraña sensación de que el relato se me escapa, de que la historia es falsa, no me la creo, ese detalle sin interés sólo aparece para añadir suspense a una película de espías de serie B. Ella dirige la escena. Controla los decorados y los personajes, pule los papeles de todos. Su papel en concreto se queda

muy corto, es casi inexistente, un papel de hada torpe que aparta las comas de un codazo y ve cómo los espectadores, jueces y presidentes rugen cada vez que pronuncia unas palabras, nunca las que ellos desearían. Como ese «¿Y qué?» que le espeta a Béla cuando éste trata de hacerle comprender que no volverá nunca a Rumanía. Esas palabras de una adolescente agotada, decidida a no dejarse conmover por la marcha del hombre que se considera como un padre y al que ella prefiere llamar «mánager».

Las versiones se confunden, nuestras palabras pelean por tomar ventaja, Nadia se pierde en rodeos. Durante los días que siguen no le envío nada. Quizá para proteger el relato de sus continuos intentos de reescritura. Me quedan pocos datos por mencionar, ya que Rumanía se cerró completamente a los medios después de 1981; casi no dispongo de ninguna documentación, dependeré exclusivamente de ella y de sus recuerdos para los Juegos Universitarios de 1981 y su retirada del deporte, que da lugar a una gran celebración en 1984.

—¿Sabía que Samaranch me condecoró con la Orden Olímpica?

La tranquilizo: mencionaré los títulos prestigiosos, contaré de qué modo el mundo la celebró. Nuestras conversaciones, nuestros intercambios de impresiones, cada vez lo son menos. Seguramente también es por mi culpa, porque ese día, por ejemplo, no me atrevo a comunicarle mi malestar. ¿Qué podría decir? He escrito su nombre y el de Nicu C., «El-Hijo-de», en Internet, y he encontrado varias veces esta expresión: «idilio» forzado. ¿Cómo plantearle la cuestión? ¿Qué es un «idilio»? ¿Qué es un idilio forzado?

El-Hijo-de Ceaușescu la habría torturado. Le confiscaba el sueldo para que dependiera de él. La exhibía a sus amigos. Quería tenerla disponible a todas horas. Había llenado de micrófonos ultrasensibles el apartamento que le había regalado, conocía hasta la última palabra que ella pronunciaba.

Los aspectos más sórdidos de la relación entre Nadia y el hombre al que los rumanos llamaban en secreto «el reyezuelo» salieron a la luz después de 1989. A menos que la versión que haya que creer sea la de los vecinos del reyezuelo, quienes, entrevistados por los periódicos sensacionalistas rumanos, han declarado hace poco: Nadia se presentaba con el Fiat que él le había regalado en su villa de Sibiu sin avisar porque estaba obsesionada con la idea de sorprenderlo con otras mujeres. Estaba celosa. Era mala.

¿De quién es ese cuerpo, esa cabeza, en 1981? Un cuerpo que se disputan Béla y El-Hijo-de, quien exige una mayor vigilancia de Nadia: «Quiero estar seguro de que no se dedica a ligar.»

«¿Nicu C.?» Escribo ese nombre sin añadir nada más en un correo electrónico, convencida de que Nadia se negará a responderme. Sin embargo, me llama esa misma noche.

–Mire, era un hombre banal.

–¿Banal? He leído algunos testimonios y...

–Sí. Es lo que quiero decir, era el retrato tipo del pretendiente patológicamente celoso, ya sabe, el que te sigue por todos lados y husmea en tu casa y en tu agenda. Sólo que él era ministro y tenía más medios que el típico chico lambda: ¡un ejército y agentes secretos a su disposición! Estaba obsesionado conmigo desde Montreal...

Dejo que me cuente varias anécdotas que ya conozco sobre Nicu C. Todas han salido en la prensa. En realidad, no me dice nada. Y yo no le pregunto nada. Es otoño. Desde que me he lanzado a este proyecto, la frecuencia de nuestros contactos podría representarse con un gráfico nervioso y absurdo: a veces hablamos tres o cuatro veces el mismo día, pero si no está de acuerdo con lo que acaba de leer, pasan tres semanas, recibo mi castigo.

Retraso el momento de llamarla o escribirle, me vuelvo demasiado sensible al tono de su voz, a sus silencios, sus reproches, y por la noche, cuando me acuesto, no paro de dar vueltas a sus pullas, como ese día en que me preocupó por la infancia sacrificada de las jóvenes gimnastas:

–¿Sacrificar su infancia? Ah. Y exactamente ¿qué me he perdido que sea tan maravilloso? ¿Tomar algo en algún café? ¿Ir de compras? ¿Salir con chicos antes de estar preparada para ello? ¿Los videojuegos? ¿Facebook? ¿Qué se hace entre los seis y los dieciséis años que me haya perdido? Y si hubiera tenido la vida normal de ustedes ¿qué sería hoy?

Me veo cada vez más relegada a mi sitio «normal», ese espacio en el que me despacha como quien le enseña a un mocoso pesado su habitación para que desaparezca en ella. Se irrita, me corta la palabra, los capítulos que le mando le parecen «subjetivos», teme mi visión estereotipada de Rumanía:

–Si pudiera evitar los términos del tipo ropa insulsa, calles grises. Y además, deje de leer los testimonios de Geza para escribir su libro. ¿Se imagina que él también hubiera sido un confidente de la Securitate?

No respondo y tomo nota. Por la noche miro viejos vídeos suyos en la barra de equilibrio; muda y precisa, Nadia C. desmenuza lo imposible como se arrasa a un enemigo.

Cuando me levanto, este correo electrónico, muy breve: «A propósito de nuestra conversación sobre Nicu C.: nunca fue mi novio. Por favor, no utilice esa palabra para hablar de lo que pasó, en serio. Gracias.»

FICCIÓN MECÁNICA

1981-1989

El país entero es un plató de rodaje, se ensayan las escenas sin descanso, la gente ya no sabe qué ensaya, pero ensaya. El texto oficial es inmutable, es como si hubieran nacido con él, y es que de hecho han nacido con él. Está por todos lados. Una voz lo recita en la radio, lo proclama en la televisión, sale en la portada del único periódico. En todas las esquinas, en el trabajo, en las fábricas, en la universidad e incluso ahí, en una fiesta entre amigos, algunos se erigen en apuntadores de la gran película, dispuestos a recordarte tu réplica si pareces a punto de improvisar. Interpretas frente a otros actores vacíos que te miran a los ojos sin creerte, y cuando les toca hablar a ellos, tú tampoco les crees, las palabras os atraviesan a todos como una pesadilla fijada a un reloj loco, las palabras giran alrededor del tiempo.

Todo el mundo interpreta frente a dos Espectadores Supremos, la Científica Más Reputada del Mundo y el Camarada, que disfrutan invariablemente del espectáculo de un cuerpo cuyo cerebro son ellos, y no se cansan de aplaudir a ese país que ellos han imaginado y puesto en práctica. En un decorado renqueante con un atrezo mediocre, esas revistas de alimentación vacías con que se llenan los estantes una hora antes de su llegada, la pareja presidencial estrecha manos frente a los fotógrafos invitados a esas visitas supuestamente «sorpresa». Como ya no hay forma de encontrar salami, carne o queso, colocan alimentos de poliestireno. La gente aplaude a su paso y ellos fingen sorpresa ante la abundancia de comida.

Pero ¿dónde se ha visto! ¿Actores obligados a aplaudir? ¿En qué momento se han invertido los papeles? ¿Cuándo han dejado de ser actores? A menos que nunca hayan sido actores, sino espectadores obligados a asistir al espectáculo interminable de los dos viejos comediantes, ese par de actores que dirigen a su propio público. Todo se confunde. Y es que la gente duerme cada vez menos por culpa del frío que hace dentro de los pisos, un nuevo decreto acaba de limitar la calefacción a catorce grados, en las aulas están a cinco. También están débiles por la falta de alimento, sufren vértigos, se pierden en su propia ciudad, tropiezan, azorados, en esa ciudad decorado: Bucarest, reescrita y redibujada sin cesar. Se pierden en el lugar donde han vivido toda la vida, se abordan los unos a los otros, perdone, dónde cae la calle Mayakovski, y nadie sabe de qué habla el otro. Las calles se renombran, el nombre de ese poeta ha sido prohibido, se ha juzgado demasiado negativo, el tipo ha utilizado la palabra «oscuridad» cuando el país atraviesa un decenio de Luz, ¿será posible! Uno habla de un parque al que ir en primavera, pero de qué parque hablas, le insisten, que sí, ahí donde en otoño hicimos un picnic, alrededor de la mesa los demás señalan la pared con el dedo, cállate, nos escuchan. Ese parque lo demolieron, era viejo, la estatua del escritor le daba un horrible aire decimonónico, muy pronto en ese lugar habrá un edificio moderno, todo comodidades. ¿Y la iglesia a la que fuimos en Pascua? Ha

sido «desplazada» piedra a piedra. No encajaba en nuestra ciudad, que pronto será una urbe futurista ¡tan moderna como las de Corea!

*

Siente vértigo. Por la mañana, cuando se prepara para ir a entrenar a las juniors, tiene la sensación de que todo eso no durará ni un día más. Abrirá la boca y su miedo, agotado, se derramará. Quedan los gestos. Enseñar a las alumnas cómo mantener una bonita vertical. Pero también los gestos, un lenguaje mecánico que ya no tiene sentido, empiezan a agotarse. Una tarde abandona el gimnasio en mitad del entrenamiento, los Juegos Universitarios mundiales se celebrarán al cabo de tres semanas, no quiere, no puede competir sin Béla.

«¿Por qué estás tan nerviosa, cariño? ¿Qué te ocurre? Vas a procurarnos algo tú sola, como una grande, ¡te crees que se notará la diferencia!», ríe el reyezuelo. «Basta con que termines con el culo hacia atrás, así, ¡eh, vamos, no te muevas!»

NOBEL

1982

«Frente al grave peligro de destrucción que amenaza a la humanidad, yo, Nadia, nosotros, los deportistas rumanos, dentro del espíritu de la política de la Rumanía socialista, elaborada por el presidente Ceaușescu, combatiente infatigable por la paz y la comprensión entre los pueblos, impediremos una nueva guerra mundial, ¡afianzaremos la paz en Europa y en el mundo entero!»

Tan pronto como pronuncia la última palabra, Nadia da un paso atrás diligentemente, como le han enseñado en los ensayos. El Camarada se encuentra ya delante de ella y saluda a la muchedumbre. La Científica Más Reputada del Mundo se acerca al micrófono, vehemente: «Tenemos que dismantelar todas las armas nucleares del mundo, igual que vencimos al fascismo y repelimos a los rusos y...», hace una pausa sensacional, «... ¡restableceremos también... la paz en Oriente Próximo!»

Decenas de niñas invaden el estrado y saltan alrededor de la pareja, cantan con energía; Nadia, entre bastidores, espera que le digan si se requieren sus servicios para algo más.

¿Habría podido negarse a participar en esas ceremonias, a pronunciar ese pomposo discurso, por ejemplo, que pretendía ayudar a Ceaușescu a obtener un hipotético Nobel de la Paz?, le pregunto a Luca L., historiador. Naturalmente, me responde, igual que nosotros, unos simples pioneros. Si durante los ensayos fallábamos en dos o tres detalles, si balbuceábamos, nos excluían. Habría bastado que fallara. Aunque, bien mirado, ella seguramente ya no sabía fallar nada, añade Luca, pensativo.

Hace meses de esto: acabo de enviarle a Nadia el fragmento sobre Věra Čáslavská y me asegura que le gusta, al otro lado del teléfono su respiración me parece extrañamente rápida, oprimida. Insisto:

–Nadia, ¿seguro que todo va bien?

Al final me responde, muy bajito:

–Le gusta mucho ese personaje... Lo entiendo. Věra fue tan... heroica.

Sigo grabando nuestras conversaciones para no alterar nada de lo que me confía. Escucho una y otra vez todas esas frases. Escucho una y otra vez el silencio. Su inquietud, quizá, por que también yo empiece a evaluar su grado de inocencia, y esta frase:

–Se puede... ser prisionera siendo aparentemente libre... ¿Hola? ¿Sigue ahí?

EL CIRCO DEL HAMBRE

Hace años, cuando el presidente Carter quiso ver a «la chiquilla», un mercado ocupaba la Piața Socialismului. Viejas con un pañuelo en la cabeza y unas faldas largas y grandes, sucias de barro, vendían manzanas ácidas deformes recogidas en el campo. «¡El centro de la ciudad no puede parecer una aldea gitana!», retronó el Camarada.

Hoy, la Piața Socialismului está situada en el centro de una nueva avenida que el Camarada exigió que fuera «más ancha que los Campos Elíseos», aunque fuera por unos centímetros. Los edificios que la flanquean, con fachadas de alabastro, están reservados a los altos dignatarios del Partido y sus aceras pueden acoger a miles de niños cantando y agitando banderas. Los arquitectos dispusieron un espacio para un mercado cubierto. Un espejismo repleto de frutas y verduras, carnes, embutidos y especialidades regionales, quesos de Transilvania y de Maramureș, pues los escasos turistas no deben ver escaparates vacíos. Cada mañana, a las cuatro de la madrugada, la gente hace cola para comprar el excedente, esos pocos alimentos que se ponen a la venta sin que se vea alterado el escaparate. Un lugar donde uno contempla lo que con toda probabilidad no comerá, lo llaman el museo, el circo del hambre.

El país, me explica Radu P., periodista, se había convertido en una ficción en la que no creía nadie, absolutamente nadie... Había que seguir simulando. Los años ochenta fueron una pesadilla del absurdo. En 1983 todo propietario de una máquina de escribir estaba obligado a declararla al comisariado, y a todos los que representaban «un peligro para la seguridad del Estado» o tenían antecedentes penales ¡se les prohibía tenerla! Y la censura... Unos equipos especiales de la Securitate habían confeccionado una lista de palabras prohibidas en novelas, películas y canciones. En concreto, palabras que hablaban del hambre o el frío y que se consideraban una alusión directa a los decretos de Ceaușescu. Por ejemplo, no se podía escribir: «Se puso un jersey porque tiritaba de frío.» Todo lo leían y releían, hasta censuraban las etiquetas de los botes de conserva. En esa época inventaron una nueva categoría de personas a las que vigilar: los «individuos sin antecedentes»...

Fue muy duro para nosotros, sobre todo teniendo en cuenta que, a principios de los años setenta, hubo un periodo relativamente abierto en el que quisimos creer en un país nuevo. Luego... Si nos hubieran invadido los soviéticos, pues aún, pero no, el virus estaba dentro de nosotros, teníamos que combatirnos a nosotros mismos.

Le confieso, añade Radu con apuro, que me cuesta perdonaros a los occidentales vuestro continuo apoyo a Ceaușescu. Además, resulta curioso, o mejor dicho interesante, que fuera la derecha quien lo apoyaba con ardor, Le Figaro, por ejemplo. Sin duda porque Hersant –como Georges Marchais, por otro lado– era un distinguido invitado en las lujosas monterías que Ceaușescu organizaba en los

Cárpatos.

En cuanto a Nadia, cuando le pregunto por esos últimos años escurre el bulto, sus respuestas están llenas de rodeos.

–Me ha venido una cosa a la cabeza al leer su expresión «plató de rodaje»: ¡los teatros! Estaban llenos, ¡apuesto a que he visto más clásicos que usted! En la sala te congelabas, pero en casa también, y queríamos ver y escuchar textos bonitos... Casi no se oían los aplausos porque no nos quitábamos los guantes. Por supuesto, siempre había miembros de la Securitate. Y qué me dice de Hamlet, ya sabe: «Algo huele a podrido en el reino de Dinamarca.» Nunca olvidaré ese momento: el actor hizo una pequeña pausa después de «reino»; oh, lo comprendimos, lo ovacionamos, todos en pie, estábamos maravillados, expresaba algo que ya no podíamos decir. A partir de la siguiente representación ¡se prohibió aquella frase! Ah, también recuerdo haber asistido con mi madre a una representación de Romeo y Julieta. Los actores habían modificado un poco el final –ríe–: en la versión rumana, Romeo y Julieta no conseguían suicidarse... ¡porque había carestía de veneno en el país!

»En casa vivíamos y dormíamos con mantas, hacía un frío terrible. Sólo teníamos derecho a bombillas de quince vatios, esa luz amarillenta y tenue que ocupaba todos los rincones de la ciudad... Tenía mucho miedo de que mi madre se pusiera enferma, los hospitales también estaban helados y no tenían con qué esterilizar adecuadamente los instrumentos.

–¿Lo ve? ¡No soy yo quien dibuja el retrato, tan temido por usted, de una Rumanía trágica!

Ríe discretamente al otro lado del teléfono, como fondo de pantalla de mi ordenador una foto de Montreal, la pequeña comunista que no sonreía nunca, luego añade:

–Odio tener frío, es una obsesión que aún conservo. Aun así, en sus descripciones faltan cosas... que ya no existen.

–¿Como qué?

–No quiero que parezca que minimizo lo que ocurrió, en absoluto, pero... cómo decirlo... Estábamos unidos. Contra un enemigo común. No nos dejábamos pisotear. Teníamos que ayudarnos, organizarnos, imagínese que nos prestábamos los niños los unos a los otros para ir a comprar, ya que un niño te daba derecho a una ración adicional de leche y carne. Y... sé que esto le parecerá superficial, pero te pasabas tanto tiempo haciendo cola que era un buen sitio para ligar, nos maquillábamos y nos perfumábamos antes de ir. Para los viejos era su punto de encuentro, desplegaban una sillita plegable y jugaban a las cartas. Son detalles, lo sé. En fin..., detalles, sí, ¿o una manera de sobrevivir? Y hay otra cosa que nadie le contará porque no tiene nada de espectacular, pero si conseguías ver una película extranjera, a menudo francesa, por cierto, era una especie de obligación moral contarla con todo detalle a todos tus amigos, memorizabas las frases buenas, el vestuario, todo,

para poder compartir esa suerte.

¿Me podría enviar una lista de sus recuerdos de los años ochenta, de su vida cotidiana?, le pido a Nadia. Suspira, es usted increíble, hemos hablado mil veces de eso, luego, dada mi insistencia, susurra, ácida:

–No voy a incluir los buenos recuerdos. ¡Sé que no le interesan nada!

Al cabo de una semana y media recibo esto:

«Lo siento, están desordenados: las colecciones que hacíamos de papel de regalo y embalajes occidentales, cuanto más brillantes más buscados. Cocinar por la noche porque era el único momento en que había gas. El año en que los canadienses hicieron un casting para encontrar a la actriz que me interpretaría en la película dedicada a mi biografía. No me dieron autorización para salir de Rumanía y asistir al rodaje. Las conservas chinas de mandarina con sirope (a principios de los ochenta todo venía de China); ver la televisión búlgara, aunque no entendíamos nada, porque no soportábamos nuestros programas patrióticos; ¡la presentadora del telediario guiñaba el ojo a la cámara y decía buenos días en rumano! Chernóbil... Nos dijeron que todo iría bien, que bastaba con lavar bien las frutas y verduras (aunque creo que en su país ocurrió lo mismo). Y una cosa que a lo mejor no viene a cuento, pero da igual: ¿no puedo entender que hoy a la gente le pueda gustar estar siempre localizable a través del iPhone!?

CRIADOR DE ASESINAS

1984

No volvemos a hablar de El-Hijo-de, que la acompaña a todos lados, como ese verano en que, contra toda expectativa, después de haberse visto privada de competir durante cuatro años, la autorizan a ir a los Juegos de Los Ángeles. El reyezuelo lidera la delegación rumana, de la que ella será la imagen de marca. El objetivo de Ceaușescu es presentar a su hijo como un aliado de Occidente en un momento en que la Unión Soviética y la mayoría de los países del bloque del Este boicotean el acontecimiento como revancha por los Juegos de Moscú. A Nadia la autorizan a saludar a Béla desde lejos, pero no a hablar con él.

No le cuento que los periodistas rumanos con quien hablo están convencidos de que, en la actualidad, intenta hacer olvidar su embarazosa proximidad con el poder presentándose como una víctima del reyezuelo (es falso, no se hace pasar por víctima, no dice nada). Me escribo con un profesor universitario, una periodista e incluso con un ex pope que vivía en Bucarest por esa época; están de acuerdo en que Nadia sigue siendo un símbolo, sin duda, pero ¿de qué? ¡Demasiado estúpida para huir cuando debería haberlo hecho! Demasiado lista, aprovechó las ventajas que le ofrecía el régimen. ¡Imagínese que pronunció el famoso discurso por la paz en 1982! Demasiado opaca. En cambio, todos coinciden en que Béla K. se las arregló «la mar de bien, qué tipo más espabilado».

Un espabilado que, durante su primer año en Estados Unidos, trabaja como empleado de la limpieza y como estibador. Que aprende inglés viendo *Sesame Street*, y también con su patrón, que lo trata de rojo hijo de puta. Un espabilado que todos los fines de semana recorre los centros de gimnasia de los estados cercanos con una fotografía de Nadia en el bolsillo, un salvoconducto infalible. Asiste a los entrenamientos, toma notas y censura a los entrenadores, que no salen de su asombro: *no good*.

Al cabo de dos años, Béla posee varios coches y su propia escuela.

Están dispuestos a todo, esos padres norteamericanos que piden varios préstamos para someter a su hija al juicio del hombre que sabe de disciplina: un «rojo». Se mudan de casa, dejan el trabajo. «No dejo ninguna piedra sin levantar para ver qué hay debajo», les asegura él mientras da golpecitos en la cabeza a las niñas. A su deliciosa hijita –da pesados saltitos simulando boxear con un enemigo invisible– la convertiré en una bomba anticomunista, *we will wiiiiin!*

Por un instante tiene miedo de los sindicatos y las leyes del país: aquí hace falta una licencia para ser fontanero, refunfuña Béla, todo está reglamentado, vigilado: la ley contra el trabajo infantil ¿se aplicará a las cuarenta horas semanales necesarias de entrenamiento? Y en cuanto a la prohibición de que los menores compren alcohol o

tabaco, pregunta a los patrocinadores, muy animados por la aventura, ¿acaso las «ayudas» que aconseja Béla entran en esa categoría? Lo tranquilizan: los analgésicos con codeína o las inyecciones de cortisona pueden considerarse un tratamiento médico. Por lo que respecta a las botellas enteras de laxante que las niñas beben antes de ser pesadas en público, es una elección suya, hay que concederles el derecho a querer triunfar, faltaría más, esas chiquillas tienen potencial, ¡son milagrosas!

El Estado norteamericano se queda educadamente al margen del milagro que ha de llegar, en el umbral del gimnasio en el que Béla entrena a Mary Lou Retton, una joven gimnasta que el entrenador describe en la prensa como «más potente que Nadia, una asesina», y que gana el oro olímpico en 1984.

¿QUIÉN SABE?

Eso es, ¿quién? ¿Quién sabe por qué su nombre es sistemáticamente tachado de las listas? ¿Quién sabe por qué ya no tiene autorización para salir del país? Todas esas invitaciones occidentales a las que responden que Nadia, por desgracia muy muy ocupada, no podrá acudir. Seguro que creen que quiere unirse a Béla. Y eso que ya habría podido hacerlo y volvió.

Ahí está, tiesa como una muñeca reseca, en camisola y calcetín corto inmaculados, aparece en la cima del estadio, al lado de la llama empotrada en el rectángulo de falso mármol que pretende simbolizar la columnata de un templo de la Grecia antigua, ahí está, vestida de blanco, como los centenares de atletas que entran al paso durante la ceremonia de los Juegos Universitarios en Bucarest, tiende la antorcha hacia el cielo, quinientos niños entonan a coro: ¡BRA-VO, NA-DIA!

«Pero ¿cuántos años tiene?», pregunta el juez francés a los miembros del jurado mientras ella evoluciona en el suelo con un popurrí de las músicas de sus competiciones pasadas. «Los rumanos han perdido la cabeza, ¿qué significa esta mascarada? Por poco cae tras el doble mortal, es absolutamente patético, ¡esa pose de finalización que hemos visto hasta la extenuación desde Montreal! ¿Y quiénes son sus entrenadores, a quién pertenece ahora Comaneci?»

En la zona reservada, Maria Filatova alza los ojos al cielo, exasperada por los vítores, mientras Nadia se quita las protecciones de las muñecas sin lanzar ni una mirada al marcador, que proclama, laboriosamente, uno/cero/coma/cero/cero, igual que un viejo chocho recompensaría a su hija, ya demasiado mayor, con anticuadas piruletas. ¡Otro diez más! La gente aplaude –aplausos cerrados, cuatro minutos–, tal como se especifica en las instrucciones oficiales, aunque en estos últimos meses, como medida de seguridad, los aplausos se graban de antemano y todas las ceremonias se desarrollan en playback.

Los medios internacionales se reúnen en la gran sala, Nadia se dispone a hacer una breve declaración, aunque no responderá a ninguna pregunta, Nadia está muy muy cansada y también muy muy ocupada, por lo que no participará en ninguna competición durante un tiempo: «Trato. De sacar felicidad de esos títulos. Que me llenen de fuerzas renovadas. Que necesito. Para las... próximas competiciones internacionales. En las que participaré. A lo mejor. Quién sabe.» Se vuelve hacia El-Hijo-de, sentado a su espalda, vestido a la última moda occidental, con unos vaqueros Levi's y un jersey shetland beige de cuello alto. Fuma Lucky Strike.

Ella lleva una chaqueta de chándal clara y un pantalón de deporte demasiado corto, ha terminado su intervención, la sala se ilumina de flashes, pálidos hipos, pero de pronto Nadia cambia de opinión y se inclina sobre el micrófono, los periodistas alzan la grabadora hacia ella, ¡no había terminado! Quién sabe, murmura Nadia, quién, quién.

LA POLICÍA DE LAS MENSTRUACIONES

¿Quién sabe? ¿Sabía Béla que Nadia estaría «muy muy ocupada» sin él para protegerla? Ocupada, sitiada y tomada casi todas las noches. El-Hijo-de la sienta en su regazo durante las cenas y cócteles, gime de manera ostensible delante de los miembros del Partido y los representantes de diversas embajadas, mudos de vergüenza ajena, insinúa un movimiento de vaivén contra su cuerpo, inmóvil, mmmmm, Nadia es tan confortable, uno tiene ganas de hundirse hasta el corazón de la reina, ya ven, un confort absoluto, señores, y ligereza de materiales, ¡bebamos a la salud de la Deportista del Año, que huele menos a sudor desde que ya no hace prácticamente nada de deporte!

«Nadiiiiiaa», dice retorciéndose de forma grotesca y parodiando el acento norteamericano, «cuéntales a los televidentes, si tienes una hija, Nadiiiiia, ¿querrás que sea gimnasta, como tú?»

Esa noche ha soñado que le implantaban un bebé por la fuerza mientras ella cerraba los muslos enérgicamente para impedirlo, y se ha despertado enferma, mareada; ahora sonríe sin responder, qué migraña, el sol se desborda del cielo, abraza la atmósfera, y también sus ojos, cuántos años hace que quieren que tenga una hija, todos, le duele tanto la cabeza, no beberá nunca más, nunca más, a partir de noviembre, cuando cumpla veinticinco años, pagará el impuesto de soltera sin hijos.

Todos los meses, los médicos de la policía de las menstruaciones le separan las rodillas. Le introducen tres dedos enguantados de látex. Tres dedos que escudriñan, que pinzan. ¿No tienes novio? ¿Tienes problemas sexuales? ¿Cuál es la fecha de tu última regla? ¿Cuándo vas a decidirte? ¿Has pensado en lo que debes al país? ¿Has pensado que tienes obligaciones para con nosotros? Pues sí, las tienes. El Camarada te ha permitido tener una vida fabulosa durante todos estos años. Así es que haz algo, Nadia: contribuye al futuro del país.

LA ENFERMEDAD ES UN ASUNTO DE ESTADO

Como a cualquier otro jefe de Estado, a Ceaușescu le redactaban los discursos una serie de escritores. Componían odas ditirámicas a su gloria y daban forma a sus decretos más violentos. En 1989 se les preguntó cómo podían escribir esos textos al mismo tiempo que sus propias obras, que esperaban así publicar más fácilmente, y uno de ellos respondió: «Es un poco como en Occidente, los que trabajan en revistas o en publicidad, por ejemplo, ensalzan productos sin creer en ellos; para nosotros era lo mismo.»

PREÁMBULO AL DECRETO:

LOS MÉTODOS DE CONTRACEPCIÓN QUÍMICA PROVOCAN ENFERMEDADES GRAVES QUE PUEDEN ACARREAR LA MUERTE. ESTÁN PROHIBIDOS. PRACTICAR EL *COITUS INTERRUPTUS* PROVOCA IMPOTENCIA. SER SOLTERO ES SOSPECHOSO. TENER RELACIONES SEXUALES TRES O CUATRO VECES POR SEMANA PONE DE MANIFIESTO UNA VIDA NORMAL. TASA OBLIGATORIA DE NIÑOS POR MUJER: CINCO.

DECRETO:

TODAS LAS MUJERES DE 18 A 40 AÑOS DEBERÁN SOMETERSE A EXÁMENES GINECOLÓGICOS MENSUALES EN SU PUESTO DE TRABAJO A FIN DE DETECTAR POSIBLES EMBARAZOS. AQUELLAS QUE PRESENTEN SEÑALES DE INTENTOS DE ABORTO SERÁN CASTIGADAS CON PENAS DE CÁRCEL. LAS MUJERES QUE SE NIEGUEN A DAR A LUZ SERÁN MERECEDORAS DE PENAS DE CÁRCEL. LAS MUJERES QUE HAYAN CONTRAÍDO ENFERMEDADES A CONSECUENCIA DE UN ABORTO NO ESTARÁN AUTORIZADAS A SER TRATADAS EN UN HOSPITAL. TODO EL QUE SOSPECHE QUE SU VECINA HA ABORTADO O HA AYUDADO A PRACTICAR UN ABORTO TIENE EL DEBER DE INFORMARNOS. ¡TENER HIJOS Y EDUCARLOS ES EL DEBER PATRIÓTICO MÁS NOBLE!

DESPEDIDA

6 de mayo de 1984

La ceremonia es televisada. La cuenta atrás del reportaje consagrado a la despedida de la gran gimnasta desfila por la esquina izquierda de la pantalla. En total no debería llevar más de diez minutos. Unas redonditas tenues y doradas parpadean suavemente en el marcador formando las letras: N A D I A. Las niñas han terminado su baile y se alinean a ambos lados de la que se dispone a pronunciar un discurso. Ha vuelto a ponerse su chaqueta de chándal blanca por primera vez desde su último paso por la barra de equilibrio.

Coge la hoja de papel que alguien le alcanza. Conoce perfectamente el estilo del escritor que le prepara los textos oficiales. Suele poner muchos puntos y aparte para que pueda tomar aliento.

A partir de hoy, empieza. Pero no hay ninguna coma. ¿Cómo se supone que tiene que respirar? Echa un vistazo al resto. A partir de hoy. Y ahí otro «a partir de hoy», ese texto es una letanía sin comas, un poema sin espacios, escrito a máquina sobre un papel débil y transparente. Quedan cinco segundos. No había previsto estar callada tanto tiempo, sólo busca la coma, cree haberla visto, pero no, alguien escoge las palabras por ella por última vez, la coma salta de una palabra a la otra, una coma cero cero, levanta la cabeza hacia ellos, desprovistos de palabras, que se han puesto en pie, parece que retenga la respiración de las quince mil personas presentes en el enorme gimnasio.

A partir de hoy no competiré más A partir de hoy no sufriré más A partir de hoy ninguna de las emociones tan especiales que

Vuelve a levantar la cabeza, su conmovedora mirada se te clava hasta el segundo cero, 00,00, los ojos rodeados por un trazo de lápiz, el aire le sale poco a poco a través de la garganta; un ligero suspiro, se calla, y se acabó.

El único modo de evitar los malentendidos, las interpretaciones, me dice, es no pronunciar ninguna palabra que se pueda deformar. Así que me callaba. Muy a menudo.

Érase una vez una historia, esta historia, cuyos capítulos envió concienzudamente a la mujer que es su actriz y su espectadora. Ella comenta, juzga, exige revisar algunos pasajes o aplaude. Sostiene mi mano, que escribe su historia, animándome a creer y escribir cosas que a veces son inexactas, y sin duda lo sabe.

Nuestros diálogos se vuelven difíciles, temo sus reacciones, le oculto fragmentos de texto, como este testimonio de una periodista rumana, por otro lado anodino: «En esos años, hacia 1986, iba como alma en pena, había caído un poco en desgracia, Ceaușescu ya no la necesitaba, estaba furioso por no haber conseguido el Nobel de la Paz. Para nosotros ella formaba parte de otra época, la época de oro... Todo eso quedaba muy lejos, ahora las pasábamos canutas. A veces venía a la redacción y tomábamos un café, salían muy pocos artículos sobre ella; nos interesaban Aurelia Dobre y Ecaterina Szabó. No le daban permiso para salir del país, la explicación oficial era que tenía “los nervios fatigados”. Había engordado y se decía que bebía.»

Y nuestra conversación nocturna, un anochecer en que acabo de leer páginas y más páginas horripilantes sobre los métodos de la Securitate, en que las respuestas evasivas de Nadia no me sirven y no alcanzo a creer que no fuera testimonio de nada. Insisto, seguramente demasiado, como si le hablara a un niño terco. Hasta que me cuelga el teléfono. Al momento vuelve a llamarme y el niño soy yo. Lo siento. Perdón, Nadia.

—Cómo quiere que yo... ¡Yo no sé nada de eso! A ver, ¿usted me puede explicar las prácticas de los servicios secretos de su país? ¿Acaso son mejores? ¿O más limpios? Pero si sabe más usted que yo sobre Rumanía, con toda esa documentación... ¿Sabía que, tras la Revolución, la mayoría de los altos cargos de la Securitate publicaron libros repletos de pseudorrevelaciones con tal de quedar exculpados y encontrar un sitio en el nuevo poder? ¡Pues eso es lo que lee usted!

Rechaza párrafos sin que yo entienda el porqué, como éste:

*Ha quedado con Dorina en Piața Universității. Siempre que se ven intercambian sólo frases tranquilas, del tiempo lineal. Se trata de construir un paréntesis de normalidad, de extraerse de esas calles vaciadas de transeúntes al paso de los coches negros y brillantes que recorren la calle Victoriei a cien kilómetros por hora: el Camarada y su séquito. No hacer como los demás, que no paran de recordar todo lo bueno que ha desaparecido: trombones y almendras, gomas del pelo y café, qué olor tenían las salchichas al cilantro, la col de los *sarmale*s, que se preparaban antes de Pascua, ¿te acuerdas? Y los pepinillos al eneldo en los grandes toneles de las tiendas de comestibles, y los pasteles de queso blanco espolvoreados con azúcar glas, para, para, no quiero pensar en el azúcar glas, eso sí que no.*

Estamos en septiembre, el calor se ha vuelto cobrizo e indulgente, nada que ver

con la cánicula agresiva de los días anteriores. Nadia está sentada cerca de la fuente, unos grupos de estudiantes charlan frente a la entrada del metro. Algunos la escrutan, no están seguros de si es ella, la gimnasta. Un cuarto de hora, media hora. Dorina no llega. La cabina de teléfonos está ocupada. En el banco charlan tres mujeres mayores, una de ellas alisa con la palma de la mano una bolsa de plástico vacía y la dobla como un tapete que terminará en un cajón, pues al final no servirá para nada. Una mujer joven señala a Nadia con el dedo a la niña de uniforme azul que lleva de la mano, la pequeña se vuelve con indolencia, sin detenerse. Otros estudiantes que salen de la universidad se reúnen en la fuente, losorros se multiplican en la plaza. Seguramente se dedican a no hablar de nada, conscientemente.

Nada en presencia de personas que uno no conozca bien, nada tampoco entre los más cercanos. Pero nada no es nunca completamente nada, y siempre surgen atisbos de ironía de las palabras que uno se permite. Como esas sonrisas furtivas que intercambian a propósito de una novela censurada e hilarante sobre los dos horribles Viejos Camaradas, de la que corren fragmentos copiados a mano (desde hace unos meses, las fotocopadoras de la facultad están demasiado vigiladas). Algunos se arremolinan alrededor de Dan, que cuenta con todo detalle a los que no estaban esa película norteamericana, *Buscando a Susan desesperadamente*, que se proyectó la vigilia, al amanecer, en un viejo aparcamiento en obras.

Nadia los observa, una chica inclina el rostro sobre el resplandor del cigarrillo de otra, su blusa vaporosa deja entrever el sujetador, tiene la piel nueva y trémula, ella, ella espera a Dorina, que no vendrá, luego volverá al piso que comparte con su madre y su hermano, cuántos días horizontales sin que ocurra nada, habitar la edad adulta.

De pronto se fija en él, solo como ella, parece sopesar a quién le conviene acercarse. A lo mejor conoce a esos de ahí. Se queda un rato a su lado, intenta integrarse, incluirse, pero lo rechazan con un gesto sin siquiera mirarlo y él se aleja, atemorizado, hacia otros que le dan la espalda, con esa conciencia avergonzada de su soledad minúscula, se diría que es su primer día en una escuela nueva; el perro beige no se decide a admitir que, en realidad, no conoce a nadie, de unos a otros anda buscando, Nadia se levanta del banco y va a llorar un poco más lejos, como si estuviera mareada.

Cómo puedo inventarme tantas cosas... ¡con todo el margen que me deja!

–Además, esa anécdota no tiene ningún interés –se irrita–, sólo le conté que tengo debilidad por los perros vagabundos, la chica que pinta es realmente lamentable.

–No, su anécdota es bonita –le digo, insistiendo para que acepte dejar ese instante de vida cotidiana que me contó hace semanas en el que se había sentido conmovida por la soledad de un perro.

Paso.

–He leído que, en 1987, la gente colgaba discretamente pancartas contra

Ceaușescu del cuello de los perros vagabundos, y también que al actor que interpretaba el papel de Ceaușescu en una comedia musical a veces lo insultaban y escupían por la calle. En ese momento, ¿vio y comprendió usted esos signos de que algo iba a ocurrir o podía llegar a ocurrir?

Nada más pronunciar la pregunta, me arrepiento: Nadia huyó de Rumanía quince días antes de la caída del Camarada. Así pues, probablemente no vio venir nada, por mucho que, al publicarse su desertión en la prensa occidental, un periodista francés afirmara, perentorio, que sin duda Nadia había «notado cómo cambiaba el viento, ¡estaba tan integrada en el régimen! Previó que llegaba la democracia y prefirió irse para evitar que la raparan». (29 de noviembre de 1989.)

¿Acaso hay que detener este relato en el momento en que Nadia C. abandona el decorado y se arrastra durante una noche entera por el barro y el hielo de un bosque situado al oeste de Rumanía, camino de la frontera húngara? La huida del símbolo, de la heroína, que perpetúa sin quererlo la película del que dirige el comunismo como le place.

¿Hay que detener este relato en el momento en que las diferentes versiones de los hechos nos separan sin cesar? ¿Acaso tiene razón Nadia, quien en diversas ocasiones a lo largo de nuestras conversaciones me ha echado en cara que me he «documentado demasiado», que desconozco Rumanía, que no me he atrevido a ir contra esa visión establecida y occidental que pinta una era comunista de pesadilla?

–Si ha querido escribir mi historia será porque admira mi trayectoria. Y yo soy el producto de ese sistema. Nunca hubiera sido campeona en su país, mis padres no habrían tenido los medios necesarios, para mí todo fue gratuito, ¡el equipo, el entrenamiento, los médicos! ¿Sabía usted que en 1988 Rumanía contaba con más de un cincuenta por ciento de mujeres en su equipo olímpico, el doble que Francia? En los años noventa quedaba bien odiar nuestro pasado como si no hubiera habido nada bueno bajo el régimen comunista, ¡como si no tuviéramos pasado! ¡Existíamos! ¡Incluso reíamos! ¡Y amábamos! ¿Que no había harina? Es cierto. ¿Que íbamos todos con uniforme? ¡Cierto! ¡Cierto! No nos reíamos de los niños que no llevaban la camiseta «de marca», la ropa era ro-pa, ¡no un símbolo! Y hoy en día personas de la edad de mis padres huyen del país para ir a mendigar al suyo, y ya sabemos cómo los acogen, usted misma me lo dijo un día, en su país ser del Este significa.

Colqué antes que ella. Y dejé reposar el relato.

«Si pasa un día por aquí podemos hablar, si no, también podemos hacerlo por correo electrónico», me respondió amablemente en inglés, hace unas semanas, una antigua compañera de equipo de Nadia, la única que se quedó en Onești, ciudad que hoy alberga un gimnasio y un instituto con el nombre de Nadia.

¿Qué tiene que decir esa mujer que no se convirtió en Nadia C. y con quien al fin me encontré? ¿Cuál es su versión de los hechos? Le escribí a Iuliana V. y a las demás personas con quien me comunicaba desde hacía meses para avisarles de mi llegada a Bucarest para una estancia de duración indeterminada. Me encontraba ya en Rumanía cuando recibí un correo electrónico de Nadia con esta única pregunta: «¿Por qué ha querido escribir este libro?»

INTERLUDIO

Octubre de 1989, Bucarest

Un instante de ensoñación, la frente pegada al cristal del autobús, que se detiene para que suban unos revisores. No tiene billete, pero repite con actitud confiada, sin duda ese revisor tan joven no ha oído bien su respuesta: «Comaneci Nadia. ¡Soy Nadia!» Pero él no levanta la cabeza, continúa anotando diligentemente el nombre y el apellido de esa mujer morena, sentada sola al fondo del autobús húmedo, encima del importe que debe. Es su colega quien se acerca, le arrebató el papel gris de las manos y lo rompe en pedazos.

Esta anécdota es citada por diversos biógrafos como el incidente que desencadena su decisión de huir del país.

*Diciembre de 1989, Viena,
embajada de los Estados Unidos*

«Era una locura. Inimaginable. Hacía unos días que sabíamos que había huido, se había informado de su desaparición. Entra en la embajada, bueno, entra una chica en vaqueros y el pelo corto, primero pensé que se trataba de un chico. Yo estaba en la recepción, ella vino hacia mí... No lo olvidaré jamás, en serio, tengo escalofríos sólo de contarlo, yo la admiraba mucho, mi hija la adoraba, jugaba a ser Nadia en el jardín tras los Juegos Olímpicos de Montreal.

»“Soy Nadia C. Solicito asilo político.”»

*24 de enero de 1990, Los Ángeles,
Beverly Hills Hotel*

Primer plano de las piernas, con medias negro brillante, los tacones de los zapatos destrozados, Nadia toca unas notas de *Para Elisa* al piano. Un trazo tembloroso de contorno le rodea los ojos, el pintalabios fucsia le desborda el labio superior. Le habría gustado estar presente para matar personalmente a Ceaușescu, suelta de pronto, simulando zafiamente un revólver con los dedos de uñas esmaltadas: «¡Pum! ¡Bang, bang!», la frente fruncida.

El periodista le hace un gesto para que se una a él en la cama grande de hotel e introduce una cinta en el vídeo. Nadia se estremece. Se queda sentada, muy tiesa, hipnotizada por ella misma en Montreal, esa chiquilla pálida que, en la pantalla, pía ante los adultos maravillados: «¡Soy Nadia!»

Segunda parte

ONEȘTI-BUCUREȘTI

Caía el atardecer, había viajado todo el día en autobús desde Bucarest, el hotel de Onești en el que había hecho una reserva estaba vacío, todas las habitaciones eran amplias como suites. Iuliana me había citado en el vestíbulo, vivía ahí al lado. Me había imaginado una mujer amargada, pero era enérgica, apasionada y pragmática: todo estaba preparado, como si el tiempo estuviera calculado. Sobre la mesa de la cocina había dejado un libro de colores retocados de la época comunista y un álbum de fotos repleto de recortes de prensa que seguían la trayectoria del equipo de oro.

—¿Sobre qué trata el libro exactamente, sobre la gimnasia rumana en general o sobre ella? Conozco a Nadia desde el parvulario —dijo, señalando una fotografía de ellas dos a la edad de seis años—. Y yo fui la primera a quien llamó tras huir del país.

El álbum de fotos era la ilustración de la película que yo trataba de reconstruir desde hacía casi un año, el inicio de mi relato.

Béla y Márta de jóvenes, apenas treinta años, inclinados sobre un grupo de niñas de aire serio y vestidas con pichis en los pupitres de la clase. Béla y las niñas en París, frente a la Torre Eiffel.

—¿Cómo fue lo del torneo de París? ¿Es cierto que Béla entró por la fuerza en el Palacio de Deportes?

Iuliana se encogió de hombros antes de ofrecerme un plato de pastel de manzana:

—El equipo se dividió en dos. Yo estaba en Roma, no puedo decirle nada de eso.

Las niñas practicando deportes de invierno, Iuliana rodeando con las manos la cintura de una risueña Nadia sobre un trineo. En la playa, cada una con una pelota en las manos, pálidas y flacuchas.

—Mire, anote esto... Tenga, un bolígrafo, el suyo no funciona... Béla me enseñó a esquiar, Béla me enseñó a nadar, y en el extranjero, si había cosas por visitar, él nos acompañaba, quería que nos educáramos. ¡Hacía de guía turístico! Era mucho más que un simple entrenador, era un...

—¿Un mentor?

—Un padre. Es una lástima que lo compraran los americanos... Hoy en día aquí ya no tenemos los medios para hacer campeonas, los fondos privados no quieren invertir en ello. Ya no tenemos entrenadores ni material médico que permita diagnosticar y curar rápidamente a las lesionadas, como antes. Y además..., ahora mismo, ¿quién haría tantos sacrificios a cambio de tan poco? Nuestra campeona de Europa de 2004 se vio obligada a vender sus medallas en un programa de televisión para poderse pagar un estudio minúsculo, otras han posado en *Playboy*... Hoy las niñas sueñan con ser supermodelos. Nosotras queríamos ser invencibles. Todo cambió con la caída del Muro, también para las gimnastas... Actualmente tienen que maquillarse para competir, incluso a los diez años. Lentejuelas, pintalabios, y llevan unos maillots escotados más... sexies. ¿Se acuerda de los nuestros? Nada que ver en el estilo, ¿verdad? ¿Le da tiempo a anotarlo todo? ¡Tome un poco más de pastel! No me ha

preguntado nada sobre Nadia. ¿Le interesa algo en concreto?

—Sí —respondí al ver una oportunidad para colar una palabra.

Luego le recité lo que había preparado durante el viaje, preguntas cansadas y mal formuladas a las que replicó con respuestas breves que me parecieron elaboradas de antemano. Daba la impresión de que no había nada por aprender ni por descubrir.

—Otra cosa —añadí antes de plantearle una pregunta ingenua que me atormentaba desde hacía meses: ¿tenía Nadia alguna amiga, o varias, muy íntimas, con quien pudiera compartir algo que no fuera la gimnasia? Nunca me lo ha mencionado.

Iuliana me sonrió, hizo una pausa y dijo:

—A lo mejor cuando tenía siete años. Luego, ¿cómo quiere que...?

—¿Quiere decir que no tenía tiempo? ¿O que suscitaba demasiados celos?

Me interrumpió agitando las manos como para disipar mis palabras:

—No podíamos estar celosas de ella, lo que ella hacía estaba demasiado... alejado de lo posible. Nosotras éramos un borrador de Nadia. He leído un montón de retratos suyos que se centran en los resultados, ¡pero todas las deportistas quieren ganar! A ella, cómo decirlo..., le encantaba ganar... ganar terreno sobre... Todas nosotras somos borradores a su lado, y no hablo de las medallas... También por eso le interesa a usted, ¿no? —Y añadió, sin esperar mi respuesta—: Lo que más me sorprendía era que sus padres no venían a hablar con Béla al final del trimestre. Era Nadia, sola, frente a él. Se enfrentaba a Béla. Él la adoraba. A veces teníamos la impresión de que era él quien seguía lo que ella proponía, ¡y no al revés! A Nadia le daba igual gustar. Cuando era una chiquilla se lo reprochaban, ¡y ella decía que estaba demasiado ocupada para combatir monstruos! No sé qué significaba exactamente la palabra para ella... Pero... usted ha estado en contacto con ella, me imagino, así que todo eso ya lo sabe.

Nos miramos sin decir nada, aturcidas por la falta de luz en la habitación. Ella me sonrió.

—Tiene que ir a ver el gimnasio y la estatua —me aconsejó cuando me levanté—. Me habría gustado enseñarle el pabellón en persona, pero desgraciadamente es sábado y hoy en día las niñas ya no trabajan en fin de semana. ¡Nosotras nos entrenábamos siete días a la semana!

Nos despedimos. Me prometió que me enviaría la receta del pastel de manzana por correo electrónico.

A la mañana siguiente seguí el camino que me había indicado, el río pedregoso, la parada del autobús. «Estábamos tan cansadas después del entrenamiento que, aunque Nadia vivía a trescientos metros, ¡nos era imposible volver a pie!» Una estatua sucia de bronce anunciaba la entrada al parque, las manos de una niña tendidas hacia atrás, entre el césped y el cielo, y debajo, grabados, sus siete nombres, un monumento de homenaje a las niñas soldado desvanecidas en la edad adulta.

El gimnasio recordaba a una gran tortuga adormecida, unos rombos de cristal hendían el azul celeste agrietado de las fachadas, paseé hasta que se me acercó un

jardinero y me pidió que me fuera.

Luego pasé una semana en Bucarest. Hablé con tres periodistas, dos de ellos comentaristas en Montreal. También con un escritor. Cada uno de ellos me proponía nuevos encuentros, «Oiga, conozco a alguien que...». Fui a fiestas, a coloquios, a picnics y a bares, la gente estaba encantada con el tiempo espléndido que hacía en ese principio de abril, con la temperatura suave, mis huéspedes hablaban de mi tema con respeto, qué tema más bonito, la mayoría de ellos me contaba anécdotas que ya conocía. No tenía ninguna pregunta por hacer. Porque no investigaba. Tenía ganas de escribir a Nadia C., echaba de menos nuestras conversaciones, pero mis intentos de carta parecían excusas de una amante contrita y ambigua: Nadia, no la engaño, no descubro nada que usted no quiera que sepa. No se trataba, al contrario de lo que ella había insinuado, de descubrir las facetas ocultas de su relato, sino sencillamente de escuchar su recorrido sin que nadie lo reescribiera, ni siquiera ella misma.

Recorrí Bucarest, con sus calles suavizadas por el trazado de los tranvías, la noche caía entre las casas, una masa dulce y oscura apenas traicionada por las escasas farolas de luz anaranjada que no permitían descifrar las aceras irregulares. Tomé avenidas enormes, los bloques de pisos construidos en los años setenta, de fachadas insípidas, terminaban en una amplia plaza invadida por un H&M gigantesco y casi vacío; sentado en el suelo, un pope tendía a los transeúntes una copela adornada con falsas piedras preciosas rojas, azules y verdes, con un cartel a sus pies: «Ayuda». La imagen era tan simbólica que parecía escenificada adrede para mí. Me apresuré a tomar unas notas para luego atravesar la avenida y quedar desengañada: una sucesión de callejuelas tranquilas se cruzaban y desmentían la certeza del liberalismo central. Uno se sentía protegido. Las casas, muy juntas, eran todas distintas, se revelaban pequeños patios tras empalizadas a veces reforzadas con chapa, se percibía el olor a hojas secas quemadas, un chico golpeaba una alfombra colgada en un hilo de tender, resonaba el canto de un gallo. Tiendas de letreros incomprensibles para mí, cuya utilidad quedaba revelada por el escaparate, relojerías, reparadores de aspiradoras o de muñecas, barberos, costureras, mercerías. Durante el día, los perros vagabundos dormían a las puertas de las tiendas o junto a los montones de tierra de los parterres; al anochecer, se reunían a lo largo de los grandes ejes por donde circulaban los coches y miraban a derecha y a izquierda antes de atravesar con precaución.

No me ha hablado nunca de los árboles de Bucarest, así habría podido empezar mi carta a Nadia, de una forma concreta y anodina; aquí los árboles surgen a través de los tejados de las casas abandonadas y la hierba atraviesa las heridas de las aceras despanzurradas, aquí los árboles se abren por encima de su sombra, los follajes se instalan, se instauran. Olmos, lilas, robles, sauces, fresnos, chopos y arces, tilos y carpes arrebatan el espacio, concluyen el tiempo.

Nunca me ha dicho que aquí nada está escondido, en Occidente enterramos los cables, revocamos las fachadas, hay que cuidar la presentación, las calzadas son lisas

y recién asfaltadas; aquí, al pasar un tranvía, unos misteriosos montones de cables embrollados se estremecen suavemente cerca del cielo.

Caminaba al azar, acudía a mis citas a pie, todo lo anotaba con fervor. El puente sobre el Dâmbovița y su barandilla desmoronada a lo largo de dos metros sin señalización alguna, aquí no se daba por sentada la fragilidad de los ciudadanos: en Bucarest, ni uno solo de esos paneles parpadeantes que anuncian que mañana hará calor y será conveniente beber agua, los agujeros abiertos de asfalto desmenuzado formaban cráteres que los peatones evitaban sin dejar de hablar por teléfono. Me fijé en una joven pareja que me precedía en la cola del supermercado, él con barba, camiseta Paul Smith, ella con el pelo teñido de negro y recogido en una cola de caballo alta, un bello rostro gráfico, consciente de sus pestañas desmesuradas y su tez perfecta, con las cejas redibujadas a lápiz; con los dedos imprimía caricias aladas a la pantalla de su smartphone. Ella y el barbudo cruzaban ya la puerta cuando los llamó la cajera, en la mano la moneda que no se habían molestado en coger. Su moneda despreocupada de nuevos ricos en la mano de la cajera estupefacta y contrariada, como si no supiera a quién pertenecía ese dinero ahora que había sido abandonado.

Me citaba en cafés de moda situados en bellos edificios victorianos con el porche de hierro forjado, los jardines, adornados con bombillas multicolores, estaban repletos de jóvenes vestidos como en cualquier otra parte de Europa, uno de esos cafés estaba decorado «a la antigua», había que imaginarse que bajo el régimen comunista, y se trataba del lugar más concurrido de la ciudad, ahí no se oían sino viejas canciones de pioneros. Entre un Zara y un Bershka, los altavoces de una iglesia encorsetada difundían la voz modal del pope, la melodía abría los brazos a la calle, asolada por ruidosos motores, en el interior del templo las luces rojas suavizaban el oro de los iconos, que todos besaban por riguroso turno, una mujer mayor, con un paño y un producto limpiacristales en la mano, limpiaba el rostro de cristal de la virgen. Sobre la mesa, unas mujeres con el pelo cubierto depositaban algunas ofrendas, un bollo llamado *cozonac*, huevos duros y botellas de aceite, todo protegido con bolsas de plástico, una bolsa de Mickey contenía tantos regalos que sus asas rasgadas colgaban sobre la frente del Cristo.

Unos hombres mayores, vestidos como para una velada importante, extrañamente sobrios, permanecían inmóviles, solos, frente a lo que vendían en la acera, una antología de Verlaine en francés, una báscula de baño de los años setenta y algunas pilas. Otros, de pie junto al maletero de un coche, abierto como un tenderete, ofrecían cajas de fruta perfectamente alineada, botes de eneldo, pares de calcetines nuevos, berenjenas, pimientos rojos y redondos, papel higiénico y clavos. Me dirigía a lo que fue el palacio de Ceaușescu, me parecía cerca pero, cuanto más andaba, más se alejaba, se lo contaba a las personas que iba conociendo, bastante satisfecha de mi comentario, ellas se encogían de hombros, todas habían experimentado ese fenómeno, la envergadura de ese edificio era incalculable, por qué no demolerlo, preguntaba yo, me miraban con enfado, ya no tenemos pasado por culpa de acallarlo

todo, decían los que, de niños, habían sido testimonios de su construcción, ¡ya tenemos suficiente con que los viejos no soporten que contemos nuestros buenos recuerdos!

Un atardecer me perdí y erré por calles evasivas y sin placa, por zonas de inquietud, los árboles atravesaban las empalizadas y el hormigón agujereado, los niños me observaban como enanos fisgones. Si me detenía para consultar un mapa, me abordaban para ayudarme en francés, en inglés, y con frecuencia terminábamos hablando un buen rato sin conocernos. Empezaba a acostumbrarme, a saber que iba a escuchar que antes, a pesar de «lo otro», todos tenían trabajo y un piso, que no había nadie en el paro. Antes no había nada en las tiendas, hoy hay de todo pero no tenemos con qué comprarlo, así que qué sistema es mejor, y hacían la pregunta como si fuera una ecuación amarga. Me mostraron un cartelito que anunciaba una concentración de homenaje a la revolución de 1989.

«¿En 1989 para qué dio la gente su vida, para que nosotros tuviéramos más Coca-Cola y más McDonald's? ¿Para que nos convirtiéramos en esclavos del FMI? ¿Murieron para que cada vez más personas nos vayamos de esta Rumanía que no puede ofrecernos una vida decente? ¿Muertos para que miles de personas mayores duerman en la calle y sucumban al frío? ¿Para que la Iglesia ortodoxa fuera un negocio próspero que no paga ni un solo impuesto al Estado? En 1989 dieron su vida por nuestra libertad. Fue su regalo de Navidad. ¿Dónde está ese regalo? ¿Qué hemos hecho con esa libertad? ¿Acaso está guardada en un sótano, o es que la observamos con mirada distraída, como si fuera un viejo programa de televisión?»

En una fiesta de cumpleaños pronuncié su nombre y todos se levantaron como si acabara usted de aparecer enfundada en su maillot blanco, mostrando respeto hacia ese diez no olvidado. Entrada la noche, unas cuantas mujeres borrachas de unos treinta años se levantaron para entonar una canción de pioneros aprendida en la escuela, desconcertadas por lo mucho que les había gustado cantar a la gloria del Camarada, un hombre joven de pelo suelto les espetó *comuniști* y se santiguó con gesto rápido.

Admirar a la mujer que tonteó con el hijo de Ceaușescu, una oportunista, y cómo huyó gracias a los servicios secretos y lo dejó todo atrás, francamente, por qué dedicarle un libro, soltó el hombre sin mirarme, furioso, mientras una mujer negaba con la cabeza tapándose los oídos, ya está bien, cállese, malditos todos, malditos todos los que os atrevéis a burlaros de la infancia, de lo maravilloso, ¡a hablar así de nuestra Nadia, que tanta gloria nos dio!

Al amanecer pregunté por enésima vez: «¿Cómo era todo en los últimos años?», esos años ochenta en los que todos ellos eran unos niños, y de pronto empezaron a interrumpirse unos a otros, tan deseosos estaban de darme su versión de los hechos.

Una chica torcía el gesto, contrariada, mientras yo recitaba mi documentación, esa retahíla de decretos atroces:

«Todo eso es verdad, pero... Estábamos tan seguros de que las cosas no cambiarían nunca que nos organizábamos para resistir, teníamos una especie de vigilancia interior, ni por un momento olvidábamos que lo que nos obligaban a recitar era falso. De modo que nos salvaguardábamos una vida fuera del Estado. ¿El comunismo? Pero si nadie creía en él, ¡ni siquiera los de la Securitate! En cambio, ahora... ¡Ahora sí creen! ¡Ahora sí lo quieren! Están dispuestos a todo con tal de entrar en vuestra Unión Europea, de rodillas ante san Liberal, salen del trabajo a las once de la noche ¿y todo eso para qué? ¡Hace seis años que no voy de vacaciones! Mis padres, con Ceaușescu, ¡iban al mar y a la montaña, a restaurantes, a conciertos, al circo, al cine, al teatro! Todo el mundo ganaba más o menos lo mismo ¡y los precios apenas subían! Vivían siempre con miedo, eso sí, miedo de que les oyeran decir cosas prohibidas, hoy en día podemos decir cualquier cosa, felicidades, sólo que nadie nos escucha... Antes no nos dejaban salir de Rumanía, pero hoy nadie tiene medios para irse... De acuerdo, se ha terminado la censura política, pero que nadie se preocupe, ¡ha sido reemplazada por la censura económica! Nos tragamos este régimen pseudoliberal, que finge mimarnos cuando en realidad nos envenena, porque no tiene sabor de enemigo, terminas creyendo en él, y, al final, ¿en qué estado te deja? ¡Vacío! ¿Que el comunismo destruyó el país? Pues hoy día, empresas canadienses echan a la gente de su pueblo y vuelan nuestras montañas para explorar los yacimientos de gas de esquisto con la bendición del gobierno ¡por un maldito contrato! ¿Que Ceaușescu echó abajo la ciudad, dicen nuestros padres? Pues esta noche, a las cuatro de la madrugada por temor a las protestas, unos promotores han demolido un antiguo mercado, un sitio histórico de Bucarest... ¿Y para sustituirlo por qué? Por un supermercado o por oficinas. ¿En qué consiste vuestro modelo? ¿En morir de hambre en la calle o morir de soledad en tu piso? ¿En el aburrimiento a crédito? ¿En aparecer-triunfar-llegar? ¿¿Llegar adónde?? ¡Estoy harta de sentirme obligada a desear vuestro sueño occidental! Oh, esos pobres roñosos del Este a quienes no paráis de echar el sermón sobre vuestra maravillosa democracia ideal... ¡Vale, ya lo hemos pillado!»

«Escriba esto, por favor, antes a nadie le apetecía ver esos programas de televisión idiotas y patrióticos, así que salíamos, vivíamos en la calle, no agazapados en casa, íbamos todos juntos al campo, escríbalo, sí, es cierto, teníamos pocos productos, pero... ¿quince clases de café? ¿En serio? ¿Para qué? Aprendíamos música y baile gratis, ¿lo ha anotado?», se inquietaban. Conservar el rastro de esos aspectos y no sólo los amargos testimonios de sus padres, su terrible versión, las cartillas de racionamiento, la vigilancia, el frío, el miedo. Yo lo anotaba para levantar acta, anotaba la ciudad, la gente, el país, las palabras, como si hubiera habido algo ahí dentro, indicios, yo anotaba, todos los dependientes de las tiendas me saludaban con un «*spuneți?*» (¿dígame?), que yo traducía por confíese, diga lo que tenga que decir, y yo pensaba en eso sin cesar, ¿acaso había dicho ella todo lo que tenía que decir, acaso yo la había escuchado? Tomaba nota de ese país que la fabricó, que la enarboló,

y que usted abandonó el 28 de noviembre de 1989.

LLENAR LA SOMBRA

A menos que sea la noche del 26 al 27.

Sabía usted que desapareció como por arte de magia de la circulación el 29 y el 30 de noviembre, entre Hungría y Austria, me pregunta, orgulloso de ofrecirme las primicias de una bonita versión oficiosa de la historia, un antiguo amigo de P., ese hombre que designaremos con una inicial porque «ya no quiere hablar más de toda esa historia». Ese P. que se presenta en todas partes como el instigador de la fuga, el cerebro, el que convence a Nadia de abandonar al fin su país, en el que ya no tiene ningún futuro.

Hacía dos años que lo conocía. No, un año. En las numerosas entrevistas que concede a su llegada a los Estados Unidos, Nadia afirma haberlo conocido unos meses antes de la epopeya.

Para qué hacer un personaje de ese individuo de origen rumano, instalado en Florida desde hace unos diez años y que, durante una visita a Bucarest, conoce a la ex gimnasta en una fiesta y le dice que puede ayudarla. Por regla general, a nadie le interesan los «intermediarios» de las deserciones famosas. ¿Es que siempre tiene que haber un mánager de ese cuerpo mecánico, siempre alguien que le diga a Nadia C. por dónde y cómo desplazarse, qué gestos efectuar? ¿Acaso somos incapaces de imaginarnos a Nadia tomando una decisión? P. se adueña de la plaza vacante, la de nuevo titiritero de la ex chiquilla, llena la sombra y termina por hacerle tanta que la evasión de Nadia C. se convierte, en los medios de todo el mundo, en la historia de lo que la une –o no– a P.

*

Cuando nos encontramos en Onești, Iuliana me cuenta la llamada que recibió de su antigua compañera de equipo, entonces desaparecida.

–Al principio no decía nada, yo sólo oía una respiración. Luego susurró: «Hola, soy yo.»

–¿Qué quería?

–Nada... Creo que sencillamente quería oír mi voz, una voz amiga. Yo lloraba, no podía parar de llorar... Los periódicos acababan de anunciar que había huido. Me aterrorizaba que la detuviera la Securitate, que la mataran, no paraba de repetir ¿dónde estás?, ¿dónde estás, Nadia?, ella me prometió que volvería a llamar y colgó.

En 1989, un periodista francés concluye así un artículo sobre la deserción de Nadia: «Nadia tuvo que llamar a su antigua compañera de equipo para que la animara en su elección, Nadia, como sabemos, cambia de opinión como de maillot.»

SÚPER SÚPER E

—¡No me diga, como hace todo el mundo, lo que tendría que haber dicho o hecho en ese momento! —se irrita Nadia un día en que, mientras recordamos su deserción, la interrumpo con torpeza para preguntarle cuál fue el verdadero papel de P.—. En ese momento creía que si seguía las instrucciones, si me ponía en manos del... del responsable, tenía más posibilidades de sobrevivir.

Vacila un momento antes de pronunciar la palabra «responsable», y cuando le pregunto si se refiere a los entrenadores «responsables» del equipo, precisa:

—No, es un término general para referirme al hombre, la persona.

Esa conversación termina en un tono más ligero cuando recordamos un vídeo suyo:

—¡Son figuras súper E! Ultraarriesgadas. Figuras que nadie podía hacer, bueno, que nadie se atrevía a hacer.

—¿Ninguna mujer en ese momento?

—Ninguna. Ni ningún hombre.

EL COLOR DE LA VOZ

ESE 29 DE NOVIEMBRE EN QUE HUYÓ NADIA

¿Cuántas personas en todo el país han convertido sus noches en un ritual secreto? Lavar los platos, acostar a los niños, luego preparar el té y colocar las sillas en la cocina para los amigos que vendrán, los amigos que no tienen aparato de radio. Darles la bienvenida entre susurros, sentarse, únicamente gestos de la mano para pasarse el azúcar, el oído pegado al transistor para encontrar la frecuencia adecuada, la de Radio Free Europe, la radio clandestina. A veces se oye también desde casa de los vecinos, ese carraspeo entrecortado de palabras, entonces, al día siguiente, unos y otros se saludarán en la escalera con frases anodinas que se querrían entusiastas, nosotros, los que escuchamos la voz. Nosotros, los que seguimos a la voz, esa cinta que señala un último signo de vida, nosotros, los que estamos sepultados, que nos hemos dejado sepultar bajo la rudeza trágica del texto nacional del Camarada, de esos himnos, esas odas «unánimes» al «más grande dirigente mundial».

Nos quedan la noche y la voz para recuperar la razón, resentidos por no atrevernos siquiera a alzar el volumen, por no atrevernos a salir de las plazas que nos han asignado en esa ronda de silencio paranoide. Todos y todas juntos sin poder unirnos, todos espectadores nocturnos y mudos de un mundo completamente exterior que se resquebraja y protesta desde hace meses. Asistiremos a la Historia desde nuestra cocina, sobreexcitados y contrariados, como si todas las noticias que agitan a los vecinos, la participación de Solidarność en el gobierno polaco, las primeras elecciones libres en la Unión Soviética y en Hungría hace unas semanas, como si todo eso reforzara la certeza de que aquí nada cambiará jamás. Nos quedaremos en primera fila, congelados, en una butaca de plomo. Acogeremos con respeto los avances de los demás, esos maravillosos alborotos, esos gritos, sus lágrimas de felicidad cuando, dos semanas antes, cae el Muro de Berlín.

Nos miramos sin pronunciar palabra en la cocina, con los ojos abiertos de par en par, intentamos imaginarnos el Muro literalmente «caído». Nos exasperamos, ¡la voz omite demasiados detalles! ¿Qué hacen los soldados? ¿Han depuesto las armas? Al señor Rostropóvich ¿le han facilitado una silla, un taburete...? ¿Hay viento? ¿Nieve? Escuchamos con la cabeza gacha, los ojos clavados en el suelo glacial de baldosas de la cocina, destrozados de soledad, asolados también por el heroísmo de esas personas anónimas, escuchamos cómo la voz lee cartas de opositores rumanos llegadas a la emisora a trancas y barrancas, escondidas dentro de una muñeca, un jarrón, en el fondo de una caja de bombones, unas palabras urgentes que, en esos últimos tiempos, se multiplican y se responden.

Así que, en comparación con todo eso, en comparación con ese invierno de 1989, ¿qué valor tiene la historia de una última pirueta?

Y sin embargo, muchos se acuerdan del 29 de noviembre de 1989, ya que, por primera vez, la voz cometió un error. No dijo la fecha, no dijo la hora, no anunció el

título del programa, se precipitó hacia ellos y, sin añadir nada más, la célebre voz de Radio Free Europe anunció: «*A fugit Nadia. Nadia s'est enfuie. Nadia is gone.*»

A fugit Nadia. Los que la adoraban, la lloran. Se habla de un cuerpo cosido a balas encontrado en el bosque húngaro. De un cadáver de mujer que un campesino ha rescatado en un lago helado. Y El-Hijo-de, que se ha presentado al amanecer en el puesto fronterizo por donde supuestamente Nadia cruzó en secreto, ha dejado un rastro de sangre en las paredes, no se sabe nada de lo que les ha podido ocurrir a los soldados.

La niña se ha ido. Con un nudo en la garganta, sacamos viejos recortes de periódico con fotos suyas, nos acordamos de aquella melodía, un charlestón, con la que desarrollaba su ejercicio, una pequeña invencible que provocaba escalofríos y lágrimas, la chiquilla.

Alias «Corina» para la Securitate, que empieza a buscarla incluso en Hungría mientras sus padres y amigos, con quienes podría tratar de contactar, se someten a vigilancia especial. ¡No tenía ninguna razón para irse, seguro que la han influenciado agentes venidos del extranjero, a ella, esa «deportista popular cuyos resultados son consecuencia de las condiciones creadas por nuestro país para valorar los talentos de la juventud»!

Los que la tenían por una vendida al poder están atónitos, de pronto Nadia recupera puntos en su estima. Imaginaos. Si ella, que a pesar de todo era una privilegiada, ha abandonado el país... En fin. Ahora estamos encerrados, solos. El último en irse que apague la luz, se dice en esa época, con un orgullo amargo por las risas que seguirán al exabrupto.

LA GRAN PERSECUCIÓN: BUSCANDO A NADIA DESESPERADAMENTE (*L'ÉQUIPE*) PERO ¿DÓNDE ESTÁ NADIA? (*LE MONDE*)

1 de diciembre de 1989

En el centro de su desaparición, se eclipsa. Ahonda el misterio. Igual que durante esos dos extraños días de 1978 en que, aunque se encuentra bajo vigilancia continua en Bucarest, permanece inencontrable y nadie es capaz de dar con ella hasta que ella misma decide reaparecer. Tráfico de tiempo, tráfico de cifras, ordenadores a toda máquina, cursores estropeados. Todos los documentos lo subrayan: algo falla en el relato de la huida de Nadia C. Imprecisiones, inexactitudes, incoherencias. Le envió una versión de la fuga a Mihaela G., que abandonó el país en 1985 por la misma ruta. Me devuelve el texto con palabras subrayadas, frases alteradas y preguntas.

Nadia sale de Bucarest la noche del domingo 26 al lunes 27 en un coche de alquiler en compañía de seis personas. P. los deja cerca de un puesto fronterizo y les cita en Hungría. Pero el grupo se pierde y cruza la frontera en otro punto, Mezşgyan, el 28 a las seis de la madrugada. La fuga se conoce el miércoles 29 a las 08.36 a través de un comunicado. Nadia dice que ha caminado seis horas a través de los bosques helados y salió el domingo por la noche, por lo que habría llegado a Hungría el lunes al amanecer. ¿Qué es ese vacío de treinta y seis horas? ¿Cómo pudieron alquilar un coche el domingo por la noche en Bucarest? ¿Cómo pudo P., que había huido hacía diez años, volver a su país sin despertar sospechas? ¿Cómo pudo Nadia pasar desapercibida siendo famosa y estando sometida a vigilancia permanente? Hay unos cuatrocientos kilómetros de Bucarest a Timişoara, es imposible que no los controlaran a lo largo de la ruta, y todavía más por la noche y en un coche de alquiler. ¿Con qué dinero pagó a P., que exigía cinco mil dólares por persona para sacarlos del país, si apenas ganaba ciento cincuenta dólares al mes?

El 29 se da la alerta a Bucarest y la Securitate sale en su búsqueda. Al mediodía, la televisión húngara anuncia que Nadia ha desaparecido del hotel en el que la policía los alojaba a la espera de que les concedieran o les denegaran el asilo. Corre el rumor de que la ha cogido la Securitate. Los empleados del hotel, sin embargo, declaran a los periodistas que se ha marchado la vigilia en un coche austríaco. Una fuente sin identificar la reconoce formalmente en el baño de un restaurante, en Austria. Por su parte, un periodista inglés, que se presenta como su «amante secreto», está convencido de que se la ha llevado la CIA.

Béla se encuentra en Montreux en compañía del equipo de gimnasia estadounidense, y naturalmente se sospecha que es el instigador de la huida; su presencia en Europa es casual, protesta él. Sus declaraciones a la prensa: «Nadia sabe que lo mejor es que se presente en la embajada estadounidense de Berna», ¿son acaso

un mensaje para ella? ¿Y por qué, en Berna, el embajador guardó silencio durante veinticuatro horas antes de asegurar al fin a la prensa que Nadia no se encontraba ahí? ¿Para darle tiempo a huir del país?

Llega a Nueva York con la única ropa que posee, con la que dice haber atravesado «kilómetros de nieve». ¿Qué nieve? El parte meteorológico del 27 de noviembre de 1989 indica temperaturas comprendidas entre los tres y los siete grados bajo cero y viento del oeste, pero nada de nieve.

Igual que cuando Nadia era mi única interlocutora, los hechos se encabalgan hasta formar una masa opaca; me hablan de un funcionario que habría recibido la orden de prohibir a los soldados que patrullaran precisamente a la hora y en el lugar en que el grupo atravesó la frontera. Luego un ex soldado, Valeriu C., afirma que el 26 de noviembre de 1989 un suboficial lo había avisado de que «muy pronto» vería en carne y hueso a la gran gimnasta.

LA ÚLTIMA PALABRA DE LA HISTORIA

No hay duda, me dicen, es un golpe de los servicios secretos húngaros. Lo organizaron todo a partir de informaciones facilitadas por Béla K. Un equipo de agentes la guió a través del bosque hasta la frontera.

¿Los húngaros? ¡Ni hablar, fueron los americanos! No puede ignorar que su fuga era una bendición para los servicios secretos de Occidente, que pretendían derrocar a Ceaușescu unos días después de su reelección programada y «triunfal», durante el XIV Congreso del Partido. Además, el hecho de que los medios estadounidenses relataran todos los detalles de la evasión de Nadia al mismo tiempo que la cumbre de Malta, durante la cual Gorbachov y Bush declararon que «la guerra fría pertenece al pasado», es un buen ejemplo de cómo se instrumentalizó políticamente el acontecimiento.

Sueño con ella, me divierte imaginarme atrapada en el relato; sin su ayuda, cómo avanzar, cómo contar esa noche dedicada a caminar a través del barro del bosque helado. Ella, que se enojaba al verme acumular tanta documentación y que habría preferido ser mi única fuente, me demuestra que sin ella no puedo hacer nada: no puedo contar de qué manera Nadia C. abandonó la escena. Una preparación perfecta para una salida ejecutada sin vacilación, un gancho de derecha, un escupitajo en la cara del Camarada. Nadia acaba de hurtar la última palabra de la historia.

La buena ejecución de un ejercicio de suelo comprende cinco puntos: en primer lugar, la gimnasta tiene que realizar una buena recepción en sus diagonales acrobáticas. Además, tiene que ganar altura en las piruetas, tanto para obtener una buena puntuación como por seguridad. Debe tener mucha resistencia, ya que si pierde fuelle antes de la última carrera se enfrenta a un serio problema. Tiene que estar en muy buena forma para evitar las lesiones. Y, por último, tiene que ser capaz de «vender» su ejercicio a los jueces y al público.

Nadia C.

ENFOQUE AL INFINITO

*Viernes 1 de diciembre,
16.40, aeropuerto John F. Kennedy*

La pantalla del televisor está dividida en dos. A la derecha, repetido en bucle, el apretón de manos entre Gorbachov y Bush en Malta. A la izquierda, el vuelo número 29 de la Pan Am inmóvil sobre la pista de aterrizaje, el aire gris dibuja olas, un espejismo del frío. Los periodistas se han agolpado contra la barrera de seguridad, ¿dónde está?, un punto al final de la pista rodeado de uniformes, es ella, gritan su nombre, ella responde agitando la mano, Dios mío, qué calor hacía ese verano de 1976, esa noche en que, en el hotel reservado para la prensa, esperaban con impaciencia que amaneciera el 18 de julio, el día en el que verían la luz las pruebas en papel de lo que acababan de presenciar, las fotografías al fin reveladas de la pequeña que no sonreía nunca. Electrizados por su cuerpecito compacto y meticuloso, se quedaron hasta tarde viendo en televisión las repeticiones de su ejercicio en la barra de equilibrio y se levantaron, tras unas horas de reposo, como lavados de sus amores anteriores, renovados por su maillot, bajo el que le sobresalía el cóccix cuando se inclinaba para embadurnarse las adorables manitas con el magnesio.

Ahora la tienen en el objetivo, pero todavía está demasiado lejos, oculta por los agentes de la Port Authority y la policía fronteriza. Respiran con cuidado para no temblar y provocar que la imagen salga borrosa, es un momento histórico, un enfoque al infinito. Ahí está. Entre el vaho escarchado, sostiene una rosa roja en la mano. Sonríe. Tiene un poco del azul irisado de los párpados en las oscuras ojeras. Esa risa que le ensancha las mejillas jaspeadas de rojo resulta muy medianamente fotogénica. Se recompone el pelo, unas mechas rubias como pequeñas alas irisadas de ceniza, desaparece bajo un enjambre de luces y cámaras, un embotellamiento de combinaciones repetidas, ¡más a la izquierda, vuélvete! Ríe. Nunca han oído su risa. Tiene los labios pálidos y nacarados. Un periodista entrega un papel al hombre que le sujeta el codo, un poli sin duda, él lo abre en medio del tumulto y murmura algo a Nadia. Ella asiente con la cabeza y se inclina hacia un micrófono sostenido por un puño apoyado contra su pecho. Enseguida se oyen silbidos de protesta y abucheos: la revista sensacionalista inglesa *Sunday Mail* acaba de mercantilizar la exclusiva de su futuro relato.

No han podido entrar todos en la enorme sala de la terminal donde Nadia ofrece una breve rueda de prensa, en la que repite que no contará nada de su epopeya. ¿Quién es ese hombre que está a su lado? Ella dibuja gestos afectados, vacila: ¡un amigo!, antes de sobreponerse: no, un... ¡mánager! Llevan la misma cazadora vaquera gruesa y desgastada, el mismo pantalón, la misma sonrisa de dientes apagados, alrededor del cuello una cadena dorada de grandes eslabones que no para de tocarse. Una pequeña gamberra de rictus a lo rock and roll, los pechos disimulados

por la cazadora, el pelo corto y echado hacia atrás, nácar, fluorescencias y gomina. Es un niño, qué bella aventura, *ô gué*.

¿Irá a ver a Béla? Probablemente, responde antes de añadir, muy pizpireta, en inglés: «Soy muy feliz que estoy aquí, en Estados Unidos. Mucho tiempo quería venir pero nadie podía ayudar. Quiero vida tranquila, veo que no será muy posible», concluye, burlona y seductora. Abandona la rueda de prensa en un coche de policía, ennoblecida por su nuevo estatus de refugiada política, acordado sobre la base de «miedos fundados de persecución». Esa noche, en el telediario, el invitado Béla K. comenta: «Tuve miedo cuando me dijeron que la habían visto subirse a un coche extranjero en Hungría, pero tenía confianza, ella sabía que tenía que acudir a una embajada estadounidense; pero ahora estoy inquieto, ¡muy inquieto! ¿Quién es ese tal P.? ¿Es un tipo honesto que la ayuda a encontrar la libertad, o pretende dárselas de... mánager?»

¿Y ella? En la habitación del hotel, cuenta en los periódicos del día después todos los puntos suspensivos que juegan con su poder de suspense, como odas funerarias dedicadas a su rostro, torpemente maquillado, en primer plano. «La metamorfosis... Cuánto nos ha hecho soñar... Nadia ha... cambiado.»

EL FOCO DEL INCENDIO

5 de diciembre

«Lo siento, ¡demasiados periodistas en el aeropuerto de Miami!», se excusa tras hacerles esperar más de dos horas, luego: «Es mi primera rueda de prensa en el Hollywood City Hall, ¡toda una señal! ¿Sabéis una cosa? ¡Van a hacer una película sobre mi vida! ¡Y voy a interpretarla!» Un periodista desde el fondo de la sala: «Esto es Hollywood, Florida, querida, no Hollywood, California; en cuestión de signos, eso lo cambia todo», comentario acogido con risas, aplausos y silbidos, cierto alboroto. Nadia se vuelve hacia P., situado a su espalda, vestido con la misma cazadora mugrienta que unos días antes, a su llegada a Nueva York, la ropa de los dos arrastra el olor de habitaciones de motel abandonadas a toda prisa, de noches agitadas, de despertares de boca pastosa.

Bah, da igual, cuál era la pregunta, y hunde los puños en los bolsillos, como frente al espejo de la habitación de hotel, en la pantalla de la televisión Madonna repasa a los presentadores del programa con los labios prietos y reprobadores. *SO WHAT*, la masturbación no es ningún crimen si quieres mantenerte virgen, genial, si quiere usted convertirse en prostituta está en su derecho, sus labios fucsia son tan *SO WHAT*. ¡Coger la ola! ¡Aprovechar la ocasión! ¡Y ser una misma! Libre, dinámica, preparada ante todos los desafíos del mundo nuevo, pragmática y no cohibida, desempolvada del comunismo y

—Perdone, ¿cuál era la pregunta?

—Nadia, ¿sabe que P. está casado y es padre de cuatro hijos?

Inclina la cabeza hacia ellos, temblorosa y bella. Se queda callada unos segundos, se humedece los labios, nadie le ha ofrecido ni un vaso de agua.

—¿Y eso qué importa? *So what?* ¿Y qué?

Dos palabras para ellos. Ella, cuyo silencio en Montreal había desconcertado a los medios norteamericanos, ese silencio que oponía a los centenares de micrófonos que apuntaban hacia ella. Ese encerrarse de su cuerpo a lo que no le convenía. Luego recitaría, eso sí, no rechistaría a la hora de leer discursos redactados por escribientes oficiales, ella que nunca se había expresado en público sin que le prepararan el texto. No es hasta que decide poner fin al relato prefabricado del régimen rumano cuando Nadia pronuncia sus primeras palabras escogidas, una deflagración: So what.

So what... truncado: en medio del alboroto no la han oído bien, ha dicho: «So what? He's not my boyfriend, just my friend.» So what... nivel principiante de inglés: no había entendido la pregunta pero respondió de todos modos.

¿Es necesario hacer una lista de sus explicaciones, que se sucederán a lo largo de dos décadas de entrevistas?: Sabía que estaba casado y tenía hijos, pero pensaba que eso no me incumbía, eso es lo que traté de decir: so what, sólo me ha ayudado a huir. ¿O quizá es más justo que reproduzca aquí mis notas, tomadas hace meses, un día en que me cuenta las circunstancias de su fuga? Unas notas que redactó demasiado sucintamente, creyendo que volveremos al tema en otra ocasión, irritada porque Nadia no sigue la cronología de su vida durante nuestras conversaciones: prefiero, yo también, escribirle su texto tal como lo oigo.

Notas fuga Nadia

«Salida medianoche. Seis horas andando. Linterna imposible bosques. SOBRE TODO no correr (disparan a los fugitivos + los perros) caminar manos sobre hombros de persona delante para no perderse. No pensar en bala en la espalda. Concéntrate en: mantenerte con vida. Lago 1/2 helado agua rodillas gélida anestesia el frío piensa me van a matar porque voy detrás de un tipo que no tiene ningún sentido de la orientación (!). Cruza la frontera sin darse cuenta detenida por dos guardias húngaros ha aprendido algunas palabras pero la reconocen suben a bordo interrogados por separado le ofrecen asilo político ella dice: o todos o nadie (la gimnasia: ¿espíritu de equipo?). La policía húngara acepta. Pero Hungría = Securitate demasiado cerca, huir a Austria al día siguiente su foto 1.ª página de los periódicos: oficialmente «desaparecida» en Rumanía. Se separan en 2 grupos 2 coches hasta la frontera PERO: la policía austríaca detiene vehículos al azar. Cruzar a otra parte y de noche. Concéntrate en: mantenerte con vida. Seis o siete horas caminando, vallas de alambre de espino saltarlas sangre escondidos boca abajo hierbas esperar P. ha roto un faro del coche para que lo reconozcan, luego motel, duermen todos en la misma habitación en el suelo ¡qué fiesta! La embajada estadounidense. «Soy Nadia C.» Me miraban como a un fantasma viajar a Estados Unidos rápido/avión en dos horas. Estaba en una especie de lista: personas con «habilidades especiales». Llegada a Nueva York tras vuelo de diez horas, rueda de prensa. Acababa de abandonar a mi familia tropezar agua helada oscuridad barreras de alambre de espino, herida, sin dormir balas en la espalda a cada momento. Supliqué que no me devolvieran a Hungría en Austria acompañada de un hombre que no conocía mucho, la sala llena de periodistas sobreexcitados que gritaban mi nombre me hacían fotos muy cerca. Estaba en estado de choque. Creía que encontraría un trabajo formidable, que nadie me había olvidado, que me admirarían.»

CERO CERO COMA CERO CERO

¿Cómo habría sido nuestra conversación si le hubiera enviado el capítulo siguiente a Nadia C.? ¿Habríamos culpado al puritanismo de los Estados Unidos de 1989? Pero entonces ¿qué habríamos dicho de ese retrato publicado ese mismo año en un periódico francés, el retrato de una «verdulera abotargada caída en desgracia al convertirse en mujer»?

Las niñas que la han querido con el alma miran esos programas masivos donde se ríen de todo: «Ceașescu lo ha arrasado todo ¡menos las piernas de las mujeres! Nadia se fue porque no le dejaban ser entrenadora ¡personalmente no veo ningún problema en ello!»^[3] (la marioneta Mitterrand en el Bébête Show de diciembre de 1989). Las niñas asisten al descuartizamiento público del cuerpo de Nadia C., brutal voltereta atrás, legiones de chiquillas que son testimonio de la condena de la que no ha sonreído nunca, de la que nunca ha dicho gracias a esos cuya furia se extiende en cifras y en centímetros, furia porque el objeto de su deseo ha abandonado el maillot inmaculado del verano de 1976. El hada sin otro deseo que el de colgarse alrededor del frágil cuello medallas doradas desprende hoy un perfume húmedo, su actitud resulta chocante, dicen. Ciertamente, pero «¡su aspecto todavía más!», asesta un célebre columnista estadounidense a modo de conclusión. Porque se trata de eso: de una ropa demasiado corta, barata, de nácar mal aplicado, de un rojo demasiado rojo y de la carne despreocupada. Su pecado, resume el New York Times: «Se ha vuelto como las demás.»

Así que será juzgada como las demás.

PATCHWORK

(Los Angeles Times New York Times Newsweek Sentinel Orlando Times Le Monde Libération L'Équipe L'Humanité Le Nouvel Observateur)

Érase una vez un duende virgen que, con un adorable gesto de la mano al terminar los ejercicios, nos hacía estremecer, su pelo brillaba como el de una muñeca, ni un atisbo en ella de esas adolescentes lascivas y fofas que Hollywood nos sirve por decenas: era un angelito de hierro, moralmente inflexible. La pequeña comunista que mostraba al mundo entero el equilibrio sobre la punta de sus piecitos irradiaba nuestras vidas, hasta que un día: ¡nos pisotea! Llegó la hora de que los Estados Unidos se desintoxiquen de Nadia. Naturalmente, uno no puede evitar ponerse nostálgico al contemplarla: la pequeña Nadia ya no es pequeña ni es, cómo decirlo con tacto, una bomba a la que se daría un 10 sobre 10. Es una refugiada política. Allí, se dice, no tienen café ni bistecs, de acuerdo. Pues aquí, los pobres ¡tampoco! No podemos acoger a toda la miseria de este mundo (y además eso no es realmente miseria, ya que... ¿una refugiada, ésa de quien Newsweek afirma que vivía como una

estrella del rock en una mansión de ocho habitaciones con servicio?). Se afilió al Partido Comunista rumano por oportunismo, la consideran incapaz de adoptar un compromiso ideológico reflexionado. Que devuelvan a la princesa consentida y estropeada a su país, aquí ya tenemos suficientes niñas bonitas ávidas y amorales. La virgen vestal de las Olimpiadas se ha convertido en una zorra de revista sensacionalista con el deseo de libertad como explicación para todo y, encima, ni un solo remordimiento – tenemos la impresión de ver a Cenicienta en una película porno – puta – desvergonzada – guarra – vaca rolliza – la ramera de la cama elástica – la concubina roja – gorda de pelo teñido – Barbie caída en las garras de una esteticista barata – todo ese maquillaje, la elasticidad nerviosa de su juventud se ha transformado en una flácida madurez de piernas gruesas. La puta del año ¡tres semanas antes de Navidad! ¡Gracias por el regalo! El *perfect 10* se ha convertido en una tonelada perfecta, dejas a un elfo y cuando vuelves encuentras a una mujer gorda y atontada de pelo descolorido que no sabe nada del arte y el modo de construirse una buena imagen en nuestra economía liberal. Está ajada, es grosera y maleducada, no dice ni gracias ni por favor. Las plantas de su habitación de motel están muertas y la televisión permanece encendida todo el día, sus talentos culinarios se limitan a preparar un café instantáneo. No parece que tenga cerebro. Ha exigido dinero por la entrevista, se dice que *Life* ha pagado veinte mil dólares, o a lo mejor son dos mil. Alguien me ha contado que ha conocido a su hermano en Rumanía, un skinhead que le sirvió una mezcla repugnante de vino blanco y falsa Pepsi, y que le enseñó un vídeo del último cumpleaños de Nadia. Se la ve bailando con militares obesos de tez cadavérica. Fuma y bebe muchísimo. ¡Desde que ha llegado no hace más que comer, beber y comprar! Se nos caía la baba con esa niña de la calle, graciosa y flexible, pero ahora nos encontramos ante una mujer de cierta edad, veintiocho años, con una buena delantera; todo en ella recuerda el desdichado destino biológico femenino, ese instante en que las mujeres empiezan a preferir los zapatos cómodos y se visten con la talla L. En resumen: Nadia, tus notas son muy bajas, ¡los jueces estadounidenses son inflexibles!

Por tu gran evasión, con carrera de obstáculos a través del hielo y el fango, buen nivel de dificultad: 8,5. ¡Bien reptado!

Por tu pose «Estatua de la Libertad»: pongamos un 6,5.

Por tu baile «Me encantan los McDonald's y los coches grandes y me gustaría, por favor, Dios mío, un buen contrato para podérmelos permitir»: 9,5.

Por haber aterrizado en los Estados Unidos montando al marido de otra: te has pasado de la raya, querida. Cero.

En cuanto al equipo de competición, sabemos que vienes de los suburbios del mundo, pero aun así, ¡esa cazadora roñosa y esa camiseta con los sobacos emblanquecidos de desodorante, tú, el hada que no sudaba nunca!

Donde sí te mantienes perfecta, como siempre, es en el suelo... Vamos, querida, abre un poco más las piernas y piensa en América y en lo que vas a poder sacar de los

patrocinadores (aunque ahora mismo parezca que se hayan guardado el talonario).
Vamos: 10.

SEGÚN LAS REGLAS VIGENTES

Por un instante creemos haber perdido a la altanera a la que tanto hemos querido, a ella, que siempre se escapa, aunque sea in extremis, a ella, que se lanza al vacío sin olvidar saludarnos antes. En un programa de la televisión estadounidense, unos meses después de su llegada, suplica, balbuceante: «Me gustaría poderlo reescribir todo. Lo que dije, lo que hice, cómo iba vestida... Que nadie se acordara de las medias de rejilla, del maquillaje, de ese azul en los párpados... Y mis minifaldas, bueno, creía que estaban bien. Me habría gustado que alguien me enseñara cómo vestirme en los Estados Unidos...»

Que le enseñen. Que la reescriban. Que la absuelvan. La pequeña comunista plagada de notas y de cifras y de palabras.

CÓDIGO DE PUNTOS, GIMNASIA.

SEGÚN LAS REGLAS VIGENTES, LOS JUECES PUEDEN CONSIDERAR CINCUENTA Y CINCO POSIBLES FALTAS EN LA EJECUCIÓN DE UN EJERCICIO EN LA BARRA DE EQUILIBRIO O EN LAS BARRAS ASIMÉTRICAS. EXISTEN CINCUENTA Y CINCO MANERAS DE REBAJAR CENTÉSIMAS A PARTIR DE UN 10, CINCUENTA Y CINCO ERRORES A EVITAR EN MENOS DE UN MINUTO Y TREINTA SEGUNDOS: UNA PÉRDIDA DE EQUILIBRIO, UNA PAUSA DEMASIADO LARGA, UNA VACILACIÓN, UN PIE EN PUNTA MAL ESTIRADO, UN GESTO IMPREVISTO, LAS RODILLAS UN POCO DEMASIADO FLEXIONADAS, OLVIDARSE DE SALUDAR A LOS JUECES ANTES DE EMPEZAR Y AL CONCLUIR.

COMERCIABILIDAD

El alcalde de Hollywood (Florida) quería ofrecerle las llaves simbólicas de la ciudad a su llegada, pero: «Con ese *so what*, me dije: Nadia, acabas de cagarla.»

Para Pat R., responsable de telefilmes de la NBC, Nadia tiene dos hándicaps: a los telespectadores más jóvenes no les suena su nombre, y la historia del triángulo amoroso ahuyentará a los anunciantes. Jay O., vicepresidente del International Management Group, que busca patrocinadores a las gimnastas: «Ya nadie quiere acercarse a ella. Se le puede perdonar el hecho de no ser, al fin y al cabo, sino una mujer que sueña con vivir el *american way of life*, pero desgraciadamente, el *american way of life* no es benévolo con las rompemrimonios que no muestran ningún remordimiento...» Para Leigh S., un mánager deportivo, Nadia todavía es comercializable (¡con esa fuga tan novelesca!), continúa siendo una figura vendible y atractiva; en cambio, Barbara B., de NY Grey Advertising, se muestra escéptica: «Para Kellogg's o Reebok, no hay nada que hacer.» Y Vangie H., de J. Walter Thompson Agency, explica: «Preferimos que nuestros clientes estén lo más limpios posible, lo siento.» Dennis B., vicepresidente de Dave Bell Associates Inc., una productora californiana que pretende rodar una teleserie sobre su vida, continúa creyendo en ella, Nadia podría ganar cincuenta mil o cien mil dólares por capítulo. Don M., cuya compañía, Picture Perfect Inc., de Nueva York, contempla también la posibilidad de rodar una película, considera que sería bueno que Nadia grabara primero anuncios de productos familiares, pero sexies; un coche, quizá: «De Este a Oeste, ¡Ford!» O un desodorante: «¡Destierra el sudor para estar impecable en cualquier situación!» Una famosa marca de detergente le propondrá un contrato publicitario tras la entrevista en la que Nadia reconoce que su intento de suicidio con lejía, cuando el poder rumano la separó de Béla, fue completamente real. En primer lugar, tiene que poner fin públicamente a los rumores de adulterio. Podrían organizar una especie de confesión televisada, invitarían a una autoridad religiosa de su país, ¿qué son, ahí, musulmanes u ortodoxos? Tampoco estaría mal que evitara las bromas dudosas, como el otro día, cuando un periodista de *Rolling Stone* le preguntó si era alcohólica. «¿Alcohólica, yo? Pero... ¡si en Rumanía ya no hay alcohol suficiente para ser alcohólico!»

A pesar de su imagen manchada, el Servicio de Inmigración y Naturalización asegura que el estatus de refugiada de Nadia de momento no peligrará.

NO HAS SIDO EL PRIMERO

El experto en hadas, jefe del laboratorio de niñas estadounidenses, es convocado a programas de variedades y entrevistas. Béla, ha perdido usted el control, ¿verdad?

Béla: «Bueno, siempre ha sido ambiciosa, quería escalar a los más altos escalafones del país, siempre ha tenido ese lado... hambriento.»

¿Y qué opina de la réplica de Nadia, con las revistas como intermediario?: «Béla miente. Querría añadir algo: él fue mi segundo entrenador, no el primero, como va contando por todos lados.»

Béla: «¿Que qué opino? Nada. Lo que sí me inquieta es que hoy, con su imagen, embrutece la gimnasia. ¡Cómo me gustaría que continuara siendo la que fue...! Frágil, inocente y pura. Hoy su imagen está por los suelos y eso me duele, ¡Dios mío, cómo me rompe el corazón!»

INTERNATIONAL SOAP OPERA

Bobby C., ex humorista convertido en abogado de estrellas (Michael Douglas, Burt Reynolds, Dustin Hoffman), percibió enseguida el potencial de Maria, la esposa burlada de P. De hecho, fue él quien se puso en contacto con ella. Y hoy ¡todos la quieren! Larry King, *People Magazine*...

«La he introducido en el mercado de las entrevistas pagadas para garantizarle un sueldo. Entiéndanme: trato de hacer de Maria un producto porque puede ganar el premio gordo, ¡casi es Navidad y tiene una muy buena historia que contar!»

*

CARA A

La cámara recorre la pequeña sala de estar de la casa, situada a las afueras de Hollywood, Florida. No hay ningún juguete por el suelo, unas flores amarillas de plástico destacan dentro de un jarrón de vidrio soplado color malva, el cenicero vacío descansa sobre un tapete bordado en rojo y negro. El entrevistador, un hombre que ronda la treintena, pronuncia lentamente cada palabra cuando se dirige a Maria P., una mujer joven de pelo rubio y rostro cansado, sentada al borde de un sillón de color apagado, a su alrededor y sobre su regazo cuatro niños de entre dos y cinco años. De vez en cuando se alisa el pelo con una mano mientras con la otra comprueba los botones de su camisa. Responde sin vacilar, en tono monótono. No, no sabía nada de su marido desde el 2 de noviembre, cuando se fue a Rumanía a visitar a su madre enferma. «Muy bien, Maria. Y volvió a verlo y se enteró de todo... ¡en directo! ¡Viéndolo como invitado estrella de un *talk-show*! ¡Increíble! Y en compañía de... ¡Nadia, la famosa gimnasta de su país!»

«Mi marido, el artífice de la fuga de Nadia... Me sentía tan orgullosa al principio, antes de... antes...» El entrevistador se inclina hacia Maria y le coge la mano, una comunión. «Enseguida preparé la habitación de invitados para... ella. En la televisión, él dijo que también era su... *mánager*.» Plano de las uñas atormentadas de Maria, de sus manos reseca, que se lleva a los ojos cuando estalla en lágrimas, mientras el entrevistador exclama: «¡Oh, Dios mío, Dios mío!» Se vuelve hacia la cámara: «La señora P. llora (se oyen sollozos) porque durante la rueda de prensa Nadia llevaba... Ánimo, Maria, cuéntenoslo, ¡todas las mujeres del país están con usted!»

Maria P., con su bebé acurrucado al cuello, gime con un marcado acento rumano: «¡Llevaba la cadena y el anillo de mi marido!» Solloza rítmicamente en primer plano: «*Come home come home come home!*», los títulos de crédito que anuncian el final del programa se deslizan sobre la imagen muda de una Nadia C. extática, la cabeza hacia atrás, saluda. ¡Corten!

CARA B

Primeros de diciembre de 1989, un periodista de *Los Angeles Times* habla con Maria P. Su artículo dubitativo aparece en la última página, sección rosa, reducido a unas pocas líneas: «Maria pasa la aspiradora por un viejo Buick aparcado frente a su casa, fuma un cigarrillo mientras canturrea *Personal Jesus*, parece aliviada por haber encontrado una buena fuente de ingresos gracias al escándalo. Según sus vecinos, su marido le prohibía fumar y salir, la mantenía permanentemente embarazada.»

MALETA

Un día en que repasamos con Nadia los capítulos terminados, me sorprende de que no haya en la historia ningún impulso, hombres que fueran «lo contrario de todos los que se las dieron de managers, como ese P.»... Su cólera repentina, su exasperación, me cogen desprevenida:

–¡No querrá que vuelva a pedir perdón! Por supuesto, el objetivo de P. era convertirse en mi manager, me lo dijo en el avión a Nueva York. Yo acepté, es cierto, porque mi libertad lo valía, ¿entiende?

Por qué no me da su versión de todo el asunto, ese retorno digno de telefilme, desvelado en otoño de 1990, un año después de su llegada, durante otra rueda de prensa. En la que Nadia revela que, en realidad, P. la retuvo prisionera en territorio estadounidense y le robó ciento cincuenta mil dólares ganados en entrevistas. Y también que lo conoció apenas una semana antes de que la ayudara a huir:

–Dije que lo conocía bien porque él me aseguró que quedaría mejor a la hora de conseguir un visado. También me aconsejó que dijera que no quería volver a la gimnasia ni volver a ver a Béla. No me dejaba nunca sola. No tenía a quién acudir. P. y su mujer hablaban cada noche por teléfono. El escándalo les dio mucho dinero. Él me amenazaba con meterme en una maleta y enviarme de vuelta a Rumanía para entregarme a la Securitate.

SEGURIDADES

Diciembre de 1989

El 5 de diciembre los identifican a bordo de un descapotable negro. «Lo compraron el sábado y pagaron en efectivo, veinte mil trescientos dólares», cuenta Ken P., del concesionario Chevrolet.

El 6 dejan el Diplomat Hotel de Hollywood Beach, donde se alojan con el nombre de señor y señora Salders, seguramente por una puerta lateral, ya que consiguen burlar a los periodistas, que los siguen desde hace dos días. El 12 de diciembre, la recepcionista del Beachcomber Lodge and Villas avisa a la prensa tan pronto como reconoce a la ex gimnasta, pero ya es demasiado tarde: cuando llegan los paparazzis, la habitación del señor y la señora Fonnors está vacía.

El 13 de diciembre, desde su habitación del hotel Pompano Beach, en Florida, P. concede algunas entrevistas telefónicas: «Soy su mánager y la voy a ayudar a hacer películas y anuncios.» Viven del dinero de las entrevistas que él negocia, todos los cheques van a su nombre.

Cathy C., camarera de un *diner*, explica en un telediario de ámbito nacional que Nadia «es como una niña en una tienda de caramelos. Come cinco veces al día, pide un filete a las siete de la mañana y un cóctel de gambas a las once; bueno, se divierte como nunca ha podido hacerlo en su país... ¿El tipo que la acompaña? Ella depende de él para pagar, para hablar. Hemos charlado un rato mientras él estaba en el baño».

Perez D., barman del hotel Great Western: «Me pidió un daiquiri de fresa mientras veía *Batman* por televisión. Luego, durante el telediario, su imagen apareció en pantalla y susurró: “No es lo que esperaba estoy decepcionada muy decepcionada”.»

Camareras, barmans, mecánicos, curiosos, recepcionistas de hotel, cajeras, transeúntes, cuántos testimonios no remunerados, por todos lados y siempre dispuestos, felices de poder serlo, de ese rocambolesco juicio televisado. Que observan con esmero qué come y en qué orden desde el momento en que la reconocen en el restaurante. Que anotan en un pedazo de papel la matrícula de su coche. Que están seguros de haberla visto tropezarse, borracha, en una sala de juegos, o la han identificado en un autobús, un supermercado, un parque, les ha parecido gorda y sola.

Todo sucedió ante las cámaras, pero después de que los agentes de la Securitate me siguieran durante años sin que jamás llegara a descubrirlos, ver a quienes me seguían resultaba reconfortante.

Nadia C.

FAST FORWARD

RENDIR CUENTAS

1999

El pelo corto y alisado hacia atrás, unos discretos pendientes, la ex gimnasta, invitada estrella del programa *Stade 2*, lleva un traje de *executive woman* negro y blanco de raya fina, los ojos maquillados de sombra marrón grisáceo.

El periodista: «Se puede decir que estaba usted mimada por el poder, ¿no?» Ella, contrariada, en francés: «Si era una privilegiada, ¿por qué me... fui y abandoné mis medallas y a mi familia?» La interrumpe de pronto un rumano entre el público, que toma la palabra. Sin micrófono no se le entiende, la señala con un dedo tembloroso y parece pedirle cuentas, se distingue el nombre de Ceaușescu. Ella balbucea. El periodista invita al testimonio imprevisto a la mesa, pero él se niega y vuelve a sentarse, muy pálido, parece muy alterado. La entrevista prosigue.

«En 1989, al cabo de unas semanas de su llegada a los Estados Unidos, quisimos negociar... ejem... bueno, pedimos una entrevista con usted a P., él exigió diez mil dólares y lo rechazamos; P. se fue a comer con otro... ejem... cliente, una revista japonesa; entonces la llamé a su habitación. Si realmente estaba prisionera, ¿por qué no bajó entonces, estando como estaba sola?»

En la pantalla, por un instante, una caricatura ilustra el embarazoso juicio improvisado celebrado contra Nadia C.: «Supongo que no irán a torturarla, ¿no?» La imagen vuelve a ella, nerviosa, que prosigue sin dejar el francés: «Llegas a un país, no conoces nada. P. me dice: “Si haces algo ¡te devuelvo a Rumanía!” Tenía miedo de... de... ¡muerte! Por eso no me muevo y... ejem... ya he dicho el dinero que P. ganaba. Hace de todo para venderme. Yo estaba prisionera en un país... ¡libre! (Susurra.) Siempre hay alguien que... me ayuda. Alguien que me AYUDA.» (Ese último «ayuda», pronunciado más alto, resuena por un instante en el plató.)

El periodista asiente con la cabeza, sonríe, luego se hunde en el sillón y recuerda su anterior encuentro, en 1983 en Bucarest: «Se acuerda ¿verdad, Nadia? ¿No? Me pidió usted chocolate y cigarrillos americanos. ¿Ahora? ¿Sí? Ejem... Bueno, pues ¡puede pasar a buscarlos por mi casa cuando quiera! Aquí tenemos todo lo que necesita, ¡todo!» (Risas de los periodistas que lo rodean.)

MISSING IN ACTION

Diciembre de 1989

Entonces, una vez más, Nadia impone el silencio para recuperar el aliento: el 16 de diciembre de 1989, desaparece.

«Cuando te hayas reencontrado, ¡da señales de vida!», ironiza Béla en un reportaje televisivo. «Creo que pronto me encontraré a Nadia en algún torneo de gimnasia, bueno, eso si puede permitirse comprar la entrada», añade en tono profético el presidente de la Federación Estadounidense de Gimnasia. El director de una famosa agencia de artistas, a quien le preguntan qué vale Nadia en ese momento, responde: «Su desaparición merma su comerciabilidad. ¡Hay que pagar un poco con la propia presencia!»

El antiguo icono comunista se eclipsa mientras, en el exterior, su juicio sigue su curso. A menos que, en realidad, se trate más bien de un funeral. El funeral por un mundo que se llamó bloque, protegido por un telón de acero oxidado. Porque al fin y al cabo aquí, si no lo quisimos, al menos sí lo valoramos, a ese malo de serie B. A ese mundo más allá del nuestro. Implacablemente mejor y más severo. Un internado de la excelencia, con su disciplina, la belleza de esos músculos rápidos, ese estallido del rojo y el oro de la estrella, la inmensidad del sueño, un combate de igual a igual, cuerpo a cuerpo, de casi un siglo, entre pioneros.

Obreras de antebrazos dorados, campesinas sonrientes bajo pañuelos floreados, sabias químicas superdotadas de moño estricto, poetisas encarceladas y perseguidas, deportistas, oh, gimnastas elásticas, límpidas niñas maliciosas e hiperpotentes. Todo eso ha terminado, pues ha llegado la transparencia, la perestroika, que anuncia, como escapadas de un espejo de pesadilla, a todas aquellas que se han vuelto como las demás, como nosotras. Putas hambrientas, madres miserables y desorientadas, deslucidas adolescentes convertidas al sonsonete de un pop liberal, topchanchulleras-businesswomen-models, torpemente ávidas de dejar atrás un mundo fracasado que, ese 19 de diciembre de 1989, se hunde en bucles televisivos, interrumpidos cada diez minutos por promesas de un aire más fresco.

EJECUTAR

He aquí el capítulo que no habría tenido necesidad de enviarle. El capítulo que nos pone en igualdad de condiciones, a merced de lo que hayamos leído al respecto, ya que ni usted ni yo estábamos presentes.

Sonreí un día en que me dijo, muy seria, que en Rumanía la gente pensaba que usted había contribuido al levantamiento popular que condujo a la caída de Ceaușescu, un catalizador, con su huida como prueba de que ya nadie podía soportar ese régimen. «En resumen, ha hecho saltar por los aires el sistema informático supuestamente infalible de unos Juegos Olímpicos y ha hecho caer a un dictador. ¡No está nada mal!», y usted asintió a mis palabras con alborozo al otro lado del teléfono, orgullosa hasta rayar lo infantil.

En Bucarest hablé con algunas y algunos de los que estaban en Piața Universității cuando retumbaron los primeros disparos en diciembre de 1989. Gente que tuvo que pasarse dos días andando a gatas dentro de casa porque las balas atravesaban los edificios y nadie sabía quién disparaba a quién. Hablé con personas que habían perdido a una hermana de quince años aplastada por los tanques.

Otros acudieron a la cita cargados de múltiples versiones; para contar la Revolución sería imposible escoger una, protestaban, habría que recomponer todo el cuadro. También hubo citas anuladas. Rechazos cansados a comentar una vez más las célebres imágenes y el debate: ¿Hubo realmente una revolución, o fue un golpe de Estado? ¿Qué gesto llevó a la caída? Y usted, Nadia, metida en la discusión. Acusada de haberse ido demasiado tarde, ¿acaso no era eso un indicio de una fuga orquestada por personas próximas a Ceaușescu que querían derrocarlo y que la habrían ayudado a huir como emblema del poder? No haga ni caso, se ofendían sus partidarios. Piense en todo lo que tuvo que soportar con el reyezuelo, ¿se lo ha contado?

Sentada en un café de Bucarest, escucho el testimonio de una mujer joven cuyo padre se opuso a los decretos con constancia y valentía. El hijo de Cristina sorbe una gaseosa, tiene unos diez años y se aburre, hasta que mencionamos las imágenes de la ejecución de Ceaușescu. Cuando ve «la película», dice, siente compasión. Su madre sonríe, molesta: «¿Pero qué dices?» El niño insiste: «Que sí, que siento compasión, en la película Ceaușescu es mayor como un abuelo, y Elena también, tiemblan y se dan la mano antes de morir como dos enamorados.»

«Estoy aquí, Lenutza», murmura el Camarada durante el proceso para tranquilizar con un diminutivo a su mujer, que lleva el pelo cubierto con el típico pañuelo de las campesinas, esas campesinas que trataron de erradicar del país. Un detalle íntimo

banal de dos viejos perplejos que despiertan de su largo sueño, imágenes que dan la vuelta al mundo. Esos viejos miserables han repetido tantas veces su propia propaganda que creen en ella hasta el final, convencidos de que todo lo que ocurre es obra de «terroristas extranjeros, ¡de los libios, los sirios!», y de que el apretón de manos de Malta ha marcado la suerte del país, dos jefes de empresa ejemplares Este-Oeste que se ponen de acuerdo para eliminar a un mafioso viejo y anticuado.

«Chicos, debería daros vergüenza, vergüenza», gruñe la Camarada a los soldados que la atan antes de fusilarla, a ella, la «Heroína, madre, científica, prueba de la ética, el saber hacer y la dignidad de la mujer socialista, de la mujer rumana», términos escogidos por el escribiente oficial tan sólo unas semanas antes. La Vieja sostiene entre las manos una pequeña bolsa de plástico. ¿Secretos nucleares? ¿Listas de opositores a eliminar? No, la receta de los medicamentos del Viejo para su diabetes. Y sus acusadores invisibles, los mismos que fueron celosos subalternos, se apresuran a zanjar el asunto, que los fusilen para que se rindan los últimos miembros de la Securitate que siguen disparando contra la población en las calles de Bucarest.

Ya está. Hecho. Sus cadáveres son trasladados a un depósito por fornidos voluntarios, un militar campeón de piragüismo, otro de rugby, un campeón de fútbol y otro de hockey, pero el 25 de diciembre de 1989, los cuerpos no se encuentran por ningún lado, por mucho que registran el estadio donde creían haberlos dejado, han desaparecido. Hasta la mañana del 26, cuando los encuentran en otro estadio. ¿Quién los ha trasladado? ¿Por qué? Inexactitudes, aproximaciones, cosas raras: una vez pronunciada la pena de muerte, los periodistas creen que la ejecución tendrá lugar más tarde, al anochecer o al día siguiente. El cámara interrumpe la grabación en el preciso instante en que estalla la ráfaga en el patio, no conseguirá filmar más que los dos cuerpos dislocados, en el suelo. Ha transcurrido apenas un cuarto de hora entre la sentencia y la ejecución.

¿HOLA? ¿QUIÉN ES?

Jueves 21 de diciembre de 1989

Lo saben. Unos y otros, los que desde hace años ordenan y los que los obedecen. Todos pendientes cada noche, desde el viernes 15, de la voz de Radio Free Europe: no, las siluetas reunidas en el vacío de la noche de Timișoara, heladas, que reclaman la liberación del pastor luterano que Ceaușescu acaba de condenar a arresto domiciliario acusado de pronunciar sermones «subversivos», no ceden.

Más de mil en esa gran plaza, la mayoría nacidos del decreto 770, nacidos de abortos frustrados; disponen de tres fusiles en total, quizá cuatro, pero avanzan hacia los soldados que les apuntan. Disparad sin previo aviso, ordena el reyezuelo tras ser informado: ¡estado de guerra! ¿Qué guerra? Ya están muertos, abatidos a quemarropa. Pues a la huelga, deciden los supervivientes.

En Bucarest también lo saben, los miembros de la Securitate empujan a los obreros designados, rápido, hay que llenar el autobús que sale de la fábrica para ir a aplaudir el discurso de aquel al que llaman el Odioso, un discurso preparado a toda prisa para afirmar su autoridad ante los acontecimientos.

Y resuena el eco de los cadáveres con los que la gente se tropieza en las calles de Timișoara, y ellos, los mismos que han hecho entrar en el autobús, lo perciben. Hay que hacer algo. Durante el trayecto que los conduce al centro de Bucarest, con la máxima discreción, susurran, ¿qué pueden hacer, saltar en marcha, convencer al conductor de que se detenga? Imposible, están rodeados por camionetas repletas de los accesorios habituales, banderas azul-amarillo-rojo, banderolas a la gloria del Viejo. Bueno, pues si hay que asistir una vez más al espectáculo, lo abuchearán, arañarán el silencio construido a fuerza de terror, el terror que les meten en el cuerpo y hasta el cerebro desde hace años.

Son una veintena los que se ponen de acuerdo. Gritarán: Timișoara. Sorprendidos por su propia decisión, retorciéndoseles las entrañas, guardan silencio y observan las calles desiertas de la capital a través del cristal. Todos los obreros de las fábricas de Bucarest se encuentran ya en la plaza del Palacio. Los pioneros en primera fila, rodeados por miembros importantes del Partido. La tribuna está protegida por hileras de policías. Los guardias vigilan las calles circundantes. Miembros de la Securitate se diseminan entre la multitud.

¿Cómo lo hacen? ¿Inspiran hondo antes de lanzarse o, al contrario, lo bloquean todo, el miedo, la respiración, todo aquello en lo que no hay que pensar? Una súper súper E. Dejar que el aire se infiltre en la garganta relajada, endurecer el abdomen, convertir la caja torácica en un espacio de resonancia y, casi inaudible entre los obligatorios «¡viva CEAU-ȘES-CU!», dejar escapar un minúsculo: ti-mi-șo-a-ra ti-mi-șo-a-ra.

Se escapan algunos gemidos de los cuerpos estupefactos que los rodean. Un temblor, seguido de nada. Interrupción del relato. Sobre el estrado, el Camarada, una silueta envejecida con abrigo negro y *ushanka* de astracán, se ha callado. Petrificado. Se vuelve hacia la Camarada, hacia sus ministros, paralizados.

Y no son más que dos de los veinte obreros que, en el autobús, habían hecho el juramento de hacer algo. Dos que todavía sostienen en la mano la pequeña bandera azul-amarillo-rojo que les ordenan agitar, y se desplazan, caminan, adónde van, ni idea, avanzan entre los Aturdidos, ti-mi-șo-a-ra ti-mi-șo-a-ra. El Viejo se aclara la voz, da golpecitos al micrófono, como si fuera un viejo auricular de teléfono estropeado, debe de ser un problema técnico – restablecer el hilo de – qué estaba diciendo, ah, sí, la amenaza terrorista que azota el país, esos agentes extranjeros que han ido a sembrar la discordia a Timișoara – Rumanía condena la a-gre-sión – restableceremos el orden y el – sobre todo, no pensar en – el Muro – Rostropóvich – los búlgaros Polonia Alemania – un apretón de manos la transparencia, como dice el otro ruso, mánager de – se siente mareado. Se humedece los labios secos.

¿HO-LA? Inquieta al viento de diciembre, sembrado de gritos lejanos, ti-mi-șo-a-ra ti-mi-șo-a-ra. ¿Ho-la? ¿Ho-la? ¿Pero quién es? ¿Quiénes sois vosotros? Quién es. Quién sabe. Al fondo le parece distinguir una ondulación, el cielo brilla, violento y helado, ¿es una nueva coreografía de los niños, esos maravillosos chiquillos, o de qué se trata? La Científica Más Reputada del Mundo lo coge del brazo, le sopla un texto que él no conoce, pero qué dice de prometerles un aumento, ella lo repite, una vieja maestra de escuela que ya no consigue dominar a la multitud HO-LA, grita, pero como está lejos del micrófono su voz irrisoria grazna, silencio callaos eh silencio eh callaos basta quién hay ahí, y él, el Viejo, se raya, se encasquilla, tiene hipo, hola hola hola ho l a hola hola *So what*. Qué más da. Se acabó. La imagen se congela, la retransmisión se interrumpe, ponen una canción patriótica con la temblorosa carta de ajuste de fondo.

Al rato retoman la retransmisión especial: bajo un cielo tierno y azul, una muchedumbre con ropa ligera se agolpa ante la tribuna; han tenido que darse prisa para encontrar imágenes y poder proseguir el relato cueste lo que cueste: son imágenes de un mitin del verano pasado.

*

¿En qué momento se subvierte todo? ¿Cuál es el acontecimiento que transforma los eternos espectadores en actores? Algunos valientes gritan «Timișoara» y, casi de inmediato, una explosión provoca un movimiento de la masa y todos huyen de la gran plaza, se dispersan, vuelven la espalda al Camarada sin haber recibido autorización para ello, lo nunca visto. Pero esa explosión ¿qué es? ¿Un modesto petardo lanzado por los obreros, decididos a terminar con todo eso? ¿Una distracción lanzada por el poder, destinada a tapar las consignas hostiles a Ceaușescu? ¿El ruido de los tanques

que invaden las avenidas circundantes para contener a los primeros oponentes, un pequeño grupo de manifestantes que ya trata de acceder al palacio? Y al día siguiente ¿quién dispara a la multitud compacta que, por primera vez, se reúne por voluntad propia? Casi mil muertos en unos pocos días para una revolución sin terciopelos. Imposible imaginar que la culpa sea de las balas perdidas, me dicen en Bucarest. Entonces, ¿de dónde salen las ráfagas? ¿De esas míticas bandas de huérfanos perturbados, el último apoyo de Ceaușescu, entrenados desde su infancia para venerarlo y protegerlo? ¿De agentes soviéticos, esos turistas demasiado numerosos que entraron en el país a principios de diciembre? ¿Quién dirige a los francotiradores? ¿Quién dispara sobre quién? Todo el mundo dispara a todo el mundo, pues hace décadas que ya nadie sabe quién es quién. De quién fiarse.

Llamadas registradas entre el 25 y el 26 de diciembre al 13-9525, el contestador automático de la televisión rumana, ocupada por los revolucionarios, cuando, aunque ya se había difundido la noticia de la ejecución de los Ceaușescu, todavía no se había emitido ninguna imagen.

«¿Hola? Soy la madre de un soldado de veintiún años (sollozos). No... no sé nada de él. ¿Hay alguna lista de heridos? ¿De... muertos?»

«¿Hola? ¿Hola? Al menos salid vosotros, ¡salid vosotros por televisión! ¿Quiénes sois? Queremos imágenes de la ejecución. La película. Detalles.»

«¿Hola? Quiero noticias sobre el Camar... quiero decir, sobre el ex Camarada.»

«¿Hola? Oigan: mi hermano está en la Securitate, no tiene arma, nunca ha tenido, ¿a santo de qué hablan todos como si los de la Securitate fueran el diablo? Es falso, ¡falso!»

«¿Hola? Lo quiero ver. Todo. Lo queremos ver todo.»

«¿Hola? Hace tres días que se ha abolido la censura y vosotros, vosotros (grita), ¿por qué deberíamos mantener la calma y ser pacientes? ¿Eh? (Solloza.)»

«¿Hola? Oigan: hace dos días que mi mujer ha desaparecido. Búsquenla, por favor. ¡En los hospitales, en todas partes! Seguro que es una... ¡una cómplice! De esos terroristas, los de la Securitate, ¡faciliten su descripción a todo el mundo! ¡Detenganla!»

«(Furiosa, grita, declama.) Pero bueno, ¿es que continúan estafándonos? Al final... al final pondremos una bomba, nosotras, las mujeres, siempre bajo el yugo de otros, ¡la Rumanía de los cuerpos obedientes ha muerto, señor!»

«¿Hola? ¿Hola? ¿Me oyen? Ah, es un contestador... Desde el fondo del corazón, desde el fondo del alma, se lo suplicamos, queremos ver al criminal, queremos juzgarlo, no lo...»

Mensajes registrados en el mismo contestador al día siguiente, tras la difusión de las imágenes del matrimonio Ceaușescu sin vida.

«¿Hola? Tengo una pregunta: ¿por qué el cadáver tiene los ojos claros si él los tenía negros? ¿Eh? ¿Eh?»

«(Agotada.) Escuchen... Tenemos... tenemos directores. Tenemos... tenemos actores... Tenemos... campeones... una campeona. Podríamos... rodar una... película de todo este periodo, nuestra... la vida de ese animal.»

*

Corren en desorden hacia el edificio que alberga la televisión rumana. Son miles

de personas, heladas, en mitad de la noche, que gritan eslóganes y exigen sin descanso hasta el amanecer:

A DE VĂ RUL A DE VĂ RUL A DE VĂ RUL (la verdad la verdad la verdad).

En Occidente ya la conocemos, esa verdad. Oh, sí, la versión romántica fascinó durante unos días, pongamos hasta el 24 de diciembre de 1989, vigilia de Navidad. Ese pueblo que se subleva al fin, esa bandera agujereada, esas muchedumbres que cantan libertad, libertad, la caída del dictador, la alegría de quedar liberados del comunismo para caminar al fin hacia una transparencia moderna, ¡fuera los principios anticuados y liberticidas! Ebrios de audímetro, los medios occidentales no se andan con contemplaciones y multiplican los muertos de Timișoara, al fin y al cabo, qué mejor final para la Historia que esos cadáveres del marxismoleninismo, esos mártires ejemplares de un jefe de Estado que Francia había condecorado poco afortunadamente unos años antes con la Gran Cruz de la Legión de Honor...

Luego, muy rápidamente, molestos por no haber estado demasiado atentos a los detalles de la última actuación comunista, los jueces de Occidente sentencian: menuda mascarada de proceso, qué brutalidad de ejecución, la verdad, los rumanos entran con muy mal pie en nuestro baile democrático. La historia queda desmerecida por sus mentiras, por esos trucos tan burdos, ¡esas falsas fosas comunes repletas de cadáveres!

Veredicto: «La pseudorrevolución es un cuento. Una puesta en escena escrupulosamente preparada por los servicios secretos rusos en connivencia con los Estados Unidos. ¡Los rumanos no hicieron casi nada! Gorbachov había viajado a Bucarest dos años antes para insistir en una liberalización del régimen, y Ceaușescu, naturalmente, se había opuesto. Con la caída del Muro de Berlín y de los regímenes comunistas de la zona, resultaba impensable que el Viejo se mantuviera en su puesto. La cuestión no era si caería, sino cómo.»

Mientras tomo nota de esas pruebas «incontestables», me viene ella a la cabeza, la rabia de Nadia, a veces su pena, cuando tenía la impresión de que no la escuchaba, lo que ella llamaba mi «arrogancia occidental», mi forma de describir el Bloque del Este de una forma caricaturescamente gris. Mi estupefacción abochornada cuando, en Bucarest, adonde había ido dispuesta a recoger las pesadillas de la gente, me topé con los diferentes recuerdos de unos y otros. Los suspiros cansados de Nadia ante mi reticencia a aceptar que el laboratorio de las niñas, ese sistema tan desacreditado de adiestramiento de gimnastas comunistas, había sido magníficamente reproducido por Occidente una vez que había tenido acceso a sus secretos de fabricación.

Los medios occidentales dirigen el relato de la revolución rumana, una historia muy parecida a la de Nadia C.: cifras, jueces y el directo. La revolución de ese invierno de 1989 fue un show mundial fascinante, el espectáculo jadeante de una caída que destronó al hombre de las chiquillas implacables que no caían nunca.

Pero y ella, ¿qué pensó del fin de esa obediencia colectiva, al que asistió banalmente, frente al televisor, desde una habitación de uno de esos moteles norteamericanos que tenía que abandonar a diario perseguida por la prensa? No recordamos juntas las huelgas de 1977 y 1987, en Brașov, con esos opositores,

estudiantes, obreros, que retenían como rehenes a los delegados del Camarada que les enviaban, y esos enormes retratos del Viejo que se encontraban carbonizados en las alcantarillas sin que nada, o casi nada, llegara a filtrarse al país, todos esos sobresaltos, pequeños gestos, siempre enmascarados por los triunfos de Nadia. ¿Qué podía hacer ella, si era una superpotencia de niña, una imposibilidad biomecánica? ¿Y qué sintió cuando vio por primera vez ese agujero abierto entre el azul, el amarillo y el rojo, ese escudo dorado con la estrella roja que convertía su maillot blanco en una diana, «estoy aquí, acercaos si os atrevéis»? ¿Qué pensó de esos días de diciembre en que Rumanía conquistó al fin su ración de libertad?

Yo soñaba con la libertad. Llegué a los Estados Unidos y me dije: ¿y esto es la libertad? Estoy en un país libre ¿y no soy libre? Pero entonces, ¿dónde podré ser libre?

Nadia C., 1989

El 18 de julio de 2006, a las 12.01, el vídeo de su ejecución perfecta en Montreal fue emitido por el Deep Space Communication Program, un grupo de ingenieros deseosos de comunicarse con posibles habitantes del espacio. Afirmaron que esas imágenes, que representaban «la belleza absoluta», recorrerían trillones de kilómetros más allá del sistema solar, un montón de años luz.

Treinta años antes, el 18 de julio de 1976, en la sala de prensa de Montreal, a los adultos que reclamaban un gracias y una sonrisa les respondió que podía hacer todo eso, pero sólo cuando hubiera terminado su «misión». Misión cumplida. Ni gracias ni perdón, las chiquillas se lanzan al vacío a la velocidad de una bala disparada con pistola, la piel desnuda, usted vino a enseñarnos el espacio, usted es epidémica, qué bella aventura.

Señora:

Durante nuestras conversaciones me pidió una lista de recuerdos. Si no es demasiado tarde, querría añadir esto: en 1988, un puñado de valientes estudiantes hizo circular unas octavillas que firmaban con esta frase: no me busquéis, no estoy en ninguna parte.

Nadia C.

FUENTES Y REFERENCIAS

Además de los numerosísimos artículos, reportajes y documentales dedicados a los años Comaneci, al lector que desee documentarse más ampliamente puede resultarle útil consultar los siguientes títulos:

Roxana Bobulescu, *Les Années Ceaușescu: récit d'une adolescence en Roumanie*, L'Harmattan, París, 2009.

Ioan Chirilă, *Nadia*, Gazeta Sporeturilor, Bucarest, 2009.

Nadia Comaneci, *Letters to a Young Gymnast*, Basic Books, Perseus Books Group, Nueva York, 2011.

Béla Károlyi y Nancy Ann Richardson, *Feel no Fear: The Power, Passion, and Politics of a Life in Gymnastics*, Hyperion, 1996.

Adrian Neculau, *La Vie quotidienne en Roumanie sous le communisme*, L'Harmattan, París, 2008.

Joan Ryan, *Little Girls in Pretty Boxes*, Grand Central Publishing, Hachette Book Group, 1996.

Mihaela Wood, *Superpower: Romanian Women's Gymnastics during the Cold War*, University of Illinois, ponencia y tesis, 2010.

*

Asimismo, la autora se declara deudora de los artículos de: Sorj Chalandon, Frank Deford, Jean Hatzfeld, Jean-Paul Mari, Richard Maignac y Marc Semo.

*

El capítulo «Cifras: 13-95-25» (pp. 267-268) está parcialmente inspirado en el documental de Cornel Mihalache *De Crăciun ne-am luat rația de libertate*.

La narración de los hechos descritos en los capítulos mencionados a continuación

se basa, en parte, en el relato que hace de ellos Nadia Comaneci en *Letters to a Young Gymnast* (Basic Books, Perseus Books Group, Nueva York, 2011):

«Los tejemanejes o el plan de Béla» (p. 85), «Pero ¿cuántos años tiene?» (p. 45), «Contrato de insumisión» (p. 49), «Monstruos» (p. 138), «Testimonio de Rodica D.» (la respuesta de Nadia C.) (p. 158), «*Please welcome the incredible Nadia*» (p. 153), «Desmenuzar lo imposible» (p. 178), «Notas fuga Nadia» (p. 241).

*

Las siguientes frases, entrecomilladas y atribuidas a Nadia C. en la novela, han sido parcialmente extraídas de la autobiografía de Nadia Comaneci, *Letters to a Young Gymnast*:

p. 161: «Béla era duro conmigo, pero yo había establecido una estrategia de defensa. Por ejemplo: si sabía que podía hacer quince largos de piscina, a él le decía que me veía capaz de hacer diez; así ¡me quedaban cinco de reserva! No me pudo destrozar porque nunca supo dónde estaban mis VERDADEROS límites, nunca los desvelé.» (*Letters to a Young Gymnast*, p. 91.)

p. 139: «No voy a huir de lo que me da miedo. Voy a afrontarlo, porque la única manera de evitar el miedo es pisotearlo.» (*Letters to a Young Gymnast*, p. 69.)

p. 235: «La buena ejecución de un ejercicio de suelo comprende cinco puntos: en primer lugar, la gimnasta tiene que realizar una buena recepción en sus diagonales acrobáticas. Además, tiene que ganar altura en las piruetas, tanto para obtener una buena puntuación como por seguridad. Debe tener mucha resistencia, ya que si pierde fuelle antes de la última carrera se enfrenta a un serio problema. Tiene que estar en muy buena forma para evitar las lesiones. Y, por último, tiene que ser capaz de “vender” su ejercicio a los jueces y al público.» (*Letters to a Young Gymnast*, p. 115.)

p. 155: «Le dije a Nadia: ¿Te has parado a pensar que tienes obligaciones para con el equipo? Pues sí, las tienes. Porque esas chiquillas no han recibido ningún reconocimiento por todos sus esfuerzos. Y a Márta y a mí, ¿te has preguntado si nos debías algo? Todos estos años... Si es así, hoy, Nadia, haz algo extraordinario...» (*Letters to a Young Gymnast*, p. 88.)

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Corina Oprea, que me presentó a Iulia Popovici. Este libro fue escrito mayoritariamente en su casa de Bucarest. Gracias, Iulia.

Gracias: Alina Popescu, Andrei Nourescu, Bertille Détrie, Cristina David, Florence Illouz, Lidia Bucur, Luca Niculescu, Luminița Raileanu-Milea y su familia, Marc Semo, Mihai Laurentiu Fuiorea, Miruna Mitranescu, Olivia Spătaru, Radu Paraschivescu, Sidonie Mezaize, la librería Kyralina, las personas del taller de escritura de Bucarest en abril de 2013.

Nueva York, noviembre de 2012: gracias a Lise Esdaile y Ron Ottaviano.

Montreal, noviembre de 2012: gracias a Perrine Leblanc y Claude Lapointe.

A Olivier L., gracias. Porque sí.

Gracias a Henri Lafon y Jeanne Lafon por haberme criado en Rumanía.

A Luis P., primer lector, naturalmente.

A Jeanne Lafon, otra vez.

A Isabelle Lafon, siempre.

Al equipo de oro: Nadia Comaneci, Mariana Constantin, Georgeta Gabor, Anca Grigoras, Luminița Milea, Gabriela Trusca, Teodora Ungureanu (Dorina).

A las niñas del verano de 1976.



LOLA LAFON (1972) vive en todas partes y en ninguna en particular. Es escritora y música del grupo Leva. Es autora de las novelas *De ça je me console* y *Nous sommes les oiseaux de la tempête qui s'annonce*. En Anagrama publicó *Una fiebre ingobernable*, su primera novela: «Landra escapa del que ha sido hasta entonces su entorno y se introduce en grupos okupas y antiglobalización que llevan a cabo una constante lucha contra el sistema, convocando manifestaciones, boicoteando multinacionales y destrozando locales de McDonald's, además de realizar otros actos sociales y culturales en las casas ocupadas, convertidas en centros sociales. Esta inmersión sirve al lector para conocer de primera mano esa forma de vida, para saber a qué aspiran esos grupos de jóvenes, cómo se organizan, cómo se arman y cómo libran su particular guerra antisistema, con una prosa en la que Lafon consigue mezclar con acierto el intimismo de su drama personal con el desencanto de su generación» (Sònia Hernández, *La Vanguardia*); «Consigue un sabio equilibrio entre lo testimonial y lo doctrinario (a la doctrina de la subversión me refiero), entre el manual de la rebelión urbana y sus motivos, entre lo íntimo y la vida callejera. Una excelente novela» (Miguel Sánchez-Ostiz, *ABC*). *La pequeña comunista que no sonreía nunca* ha sido galardonada con el Premio de la Closerie des Lilas, el Ouest-France Étonnants Voyageurs, el Gran Premio de l'héroïne Madame Figaro, el Premio Literario d'Arcachon, el de los lectores de Levallois, el Jules Rimet y el Version Femina / FNAC.

Notas

[1] Dulce rumano. <<

[2] Señora. <<

[3] Juegos de palabras: *raser* es «arrasar», pero también «afeitar»; *entraîneuse* es «entrenadora», pero también «chica de alterne». (N. DEL T.) <<